

UNIVERSIDAD EL ROSARIO



PILAR BARACALDO SILVA

Ser mujer en el barrio: análisis de significados de ser mujer para las adultas mayores de los
barrios Pañuelito, Delicias del Carmen y Unicerros, barrios populares de la localidad de
Usaquén

MONOGRAFÍA DE INVESTIGACIÓN

BOGOTÁ, JUNIO 2017

UNIVERSIDAD EL ROSARIO



PILAR BARACALDO SILVA

SER MUJER EN EL BARRIO: ANÁLISIS DE SIGNIFICADOS DE SER MUJER PARA
LAS ADULTAS MAYORES DE LOS BARRIOS PAÑUELITO, DELICIAS DEL
CARMEN Y UNICERROS; BARRIOS POPULARES DE LA LOCALIDAD DE
USAQUÉN

DOCENTE JOHANNA PARRA BAUTISTA

MAESTRÍA EN ESTUDIOS SOCIALES

MONOGRAFÍA DE INVESTIGACIÓN

BOGOTÁ, JUNIO 2017

Agradecimientos

Muchas personas estuvieron involucradas en este proceso de mi tesis de maestría, pero este espacio es particularmente para quienes hacen parte de ella.

Isabel, Belén, Aurora, Georgina ... Gracias por abrirme las puertas de sus apreciadas casas y de esta forma las de sus bondadosos corazones. Gracias por los cafés, jugos, aromáticas y cervezas compartidas, pero sobre todo gracias por las enseñanzas detrás de sus relatos y las ganas que le pusieron a este trabajo, a sus “ojalá le sirva para su tarea lo que yo le cuento”. En especial a Isabel, quien en cada saludo, despedida y abrazo me hace sentir tan familiar. Lo que más admiro de sus relatos y de los de Grace, es la sabiduría con la que responden y esa sensación de estar más allá de lo urgente y de lo importante... la tranquilidad y la seguridad de sus palabras. Gracias porque sin ustedes este trabajo no sería lo que hoy es. Al grupo adulto mayor por su acogida, su compromiso y por sacarme de la monotonía de la cotidianidad.

A Johanna. Gracias por creer desde el primer día en este trabajo y por entender los discursos y los puntos de vista desde donde fueron planteados. Gracias por permitirme ser tu alumna. Es para mí más que un honor. Gracias por tantas enseñanzas no solo de la sociología sino de ser mujer, sobre todo una mujer admirable.

Gracias a las mujeres de mi vida: En primer lugar, a mi abuela, Tatis... no solo inspiras las preguntas de esta investigación, sino logras inspirar mi trabajo y mi día a día. A ti te debo más que la primera entrevista de esta tesis, te debo los sufrimientos y luchas de tu juventud para lograr la familia que somos ahora... las mujeres que somos ahora. A mi madre que aparece en cada dilema, cada pregunta, cada tensión y cada emoción con las que están escritas estas páginas. Gracias por el amor que le pones a tu proyecto de ser madre, incluso ahora que soy adulta, siento ese amor todos los días. Gracias porque además sé que leerás cada hoja y me seguirás acompañando en este camino que he escogido, que es muy nuestro. A mi hermana por ser la primera persona que despertó mi feminidad más extrema, mi instinto de protección y mi amor por el otro. Gracias por ser mi amiga de la vida y porque aparte de ser mi hermana siempre estás a mi lado para ser mi mejor regalo de cumpleaños y recordarme que ser mujer, son más cosas de las que yo considero en mi día a día. A

mi sobrina Gabriela que siendo tan pequeñita lograste aparecer en cada dilema y en cada cuestionamiento como protagonista. Pensar en ti, es pensar en los retos que tiene el mundo para ti. Gracias porque iluminaste mi vida dándome el rol de ser tu tía.

A mis amigas, las pijas (en el buen sentido) Ana, Mafe, Natalia, Claudia, Sandra. Ellas resaltan el lado racional de la mujer, el científico y el psicológico. Gracias por estar siempre pendientes de esto, presionarme, retarme y hacerme reír. Gracias a Natalia Lesser, Juliana Arenas y a mi gran amiga y parte racional de mi vida Carolina Rodríguez, porque sin tener idea de esto, se preocuparon por cada día que no aparecía y me alentaban para terminar. Gracias por los mensajes de ánimo que sirvieron de polo a tierra.

En especial quiero agradecer a Sandra Pulido, mi profesora, mi colega, mi compañera y mi amiga. Gracias por llevarme a este mundo maravilloso de lo social, por tu solidaridad, por compartir conmigo el espacio maravilloso que son los barrios. Gracias por las aterrizadas, los autores, las propuestas y por ser tan generosa conmigo, porque siempre has creído en mi como profesional y esto hace que haya crecido mucho más como persona a tu lado. Mil, mil gracias.

Gracias al resto de mi familia, a mi padre quien sin tener idea de lo que hago, siempre me alienta, me reta y me hace sentir que voy por el buen camino. A mi hermano por permitirme ser una hermana mayor insoportable y tener ciertos ensayos de mamá. Gracias porque siempre estás pendiente de mi salud. A mi abuelo por ser el artífice de tantas identidades familiares y aterrizarnos siempre a la realidad. A Julián por ser parte de las grandes alegrías que me ha dado la vida en los últimos años. Gracias a Juan Carlos por ser un hermano más que me dio la vida y porque siempre de alguna forma estás ahí, en lo profesional, en la amistad y en lo familiar. Gracias a Consuelito, me has enseñado que ser mujer no solo se construye, sino que se reconstruye innumerables veces con valentía, fortaleza y muchas sonrisas.

Quiero agradecer a la persona más importante de mi vida... Esposo gracias por aguantar mis crisis feministas, pilaristas, psicológicas, tesis y mis pies helados en la madrugada. Gracias porque tú me permites ser mujer en todas las versiones posibles y me acompañas a construir los mejores significados. Gracias porque contigo he aprendido que puedo ver la vida desde diferentes perspectivas y eso me lleva siempre a soñar a tu lado. Gracias porque haces mis proyectos tuyos, aun sin saber nada de estos temas. Gracias porque siempre has creído en mí y me alientas todos los días para seguir escribiendo y trabajando en lo que me propongo. Gracias porque ser mujer a tu

lado es la experiencia más maravillosa que la vida me ha podido dar y me reafirma todos los días. Gracias por ser mi persona favorita en el mundo.

Gracias a todos los de la UEB que andan por ahí siempre preguntando por este trabajo y por el Facebook. A Catalina y Janeth de la UR, por compartir conmigo los buenos y los locos tiempos de vivir una maestría.

Gracias a los barrios y a su gente, a sus colores exóticos, sus historias y su apertura para que podamos profesionales como yo, trabajar allí. El compromiso es inmenso.

Dedicado a Elvia, Rosa, Araceli y Lola.

En ellas, a Tatis.

Para mi Emma,

Juntas, en complicidad de tu padre

construiremos nuestro mundo

y nuestras diversas formas de ser mujer.

Tabla de contenido

	Pág.
Introducción	13
Mi rol en campo	16
Problema de investigación	17
Las protagonistas	21
Cómo está escrito este texto	24
Capítulo 1	26
Memorias de los barrios de la montaña. Historias de los barrios populares de Usaquéen contado por las mujeres mayores	
Mi entrada a campo	28
Los barrios de la montaña	30
Migración del campo a los cerros de Bogotá	39
La llegada a la gran ciudad	41
<i>Isabel la más citadina</i>	41
<i>Belén de Usaquéen</i>	42
<i>Aurora la hermana cuidadora</i>	43
<i>Georgina la habitante de Uniceros</i>	43
Historias entre potreros, juegos y Campamentos.	44
<i>El sueño de tener casa propia.</i>	48
<i>Delicias y su virgen del Carmen</i>	52
<i>Uniceros el barrio fino</i>	55
<i>Los barrios de la montaña en la actualidad</i>	57
Capítulo 2.	59
Mujeres, familia y matrimonio. ser mujer es construir una familia	
Entre vecinos más me arrimo	61
El matrimonio como sacramento	67
<i>Los hombres de las volquetas</i>	72
<i>La mujer de él, siempre fui yo</i>	77

<i>¿A dónde me voy a ir con estos muchachitos?</i>	81
El espacio de los hombres ocupado por las mujeres	84
<i>Historias de mujeres constructoras</i>	84
<i>Tener una casa limpia y decorada</i>	89
<i>Ser mujer es ser una súper mamá</i>	93
Capítulo 3.	99
Ser mujer es: ser alguien en la vida	
<i>Ser mujer esposa y madre que también trabaja</i>	102
<i>Tener casa es lo único seguro</i>	103
<i>Estudiar para que no lave platos, como yo.</i>	106
Entre la liberación y la tradición: contradicciones entre el ser y el deber ser	108
<i>La planificación es para las mujeres de vida alegre</i>	109
<i>Divorcio como opción de liberación</i>	111
<i>La herencia de lo femenino para las futuras generaciones</i>	114
La reivindicación con la vida propia en la vejez	119
Sintiendo la vejez	123
<i>De la súper mamá a la súper abuela</i>	129
<i>La libertad en la vejez</i>	131
<i>El esposo invisible</i>	134
<i>Ser mujer vieja en el barrio</i>	136
Discusión	139
Referencias	142

Índice de figuras	Pág.
Figura 1. Imagen del sector de Usaquén.	31
Figura 2. Imagen del sector Delicias del Carmen.	32
Figura 3. Imagen satelital de los barrios.	32
Figura 4. Panorámica Delicias del Carmen y norte de la ciudad.	34
Figura 5. Cuadra del Pañuelito, diseño original.	35
Figura 6. Casas de Unicerros.	36
Figura 7. Cuadra Delicias del Carmen, montaña y volquetas.	37
Figura 8. Campamento Delicias del Carmen.	45
Figura 9. Volquetas en la montaña.	74
Figura 10. Integrantes del grupo adulto mayor.	127
Figura 11. Celebración del día de la madre.	128

Abstract

Este estudio de tipo etnográfico busca reflexionar a partir de las historias de vida de un grupo de mujeres mayores, sobre la construcción de significados de ser mujer en el contexto de los barrios populares de la localidad de Usaquén. Sus narrativas se tejen alrededor de las tensiones de lo que implica el progreso en la ciudad en situación de migración y marginalidad, y a su vez en lo que esta búsqueda de salir adelante, o ser alguien en la vida. Confronta los significados de ser una mujer bajo la visión tradicional y la necesidad de desarrollar habilidades de agencia de su propia vida que impliquen ocupar espacios masculinos y crear nuevas relaciones sociales. Es un ejercicio que está atravesado por la categoría de género como un elemento relacional en el escenario urbano y que se analiza desde la búsqueda del progreso, la individualidad y la reivindicación en los significados de ser mujer mayor en la vejez y ser mujer en diferentes generaciones en el barrio.

Palabras claves: ser mujer, significados, representaciones, vejez, barrios populares, etnografía, historias de vida.

Introducción

Para efectos de esta investigación, trabajé el concepto de mujer como una categoría de análisis dinámica, que se construye en un espacio temporal y espacial. Obedece a unas condiciones biológicas que definen un sexo determinado, pero sobretodo, de una construcción conceptual dada por la sociedad. Ser mujer significa pertenecer al género femenino, pero más allá de esto, significa asumir unos roles establecidos que son evaluados y transformados en el tiempo. Esto implica que ser mujer no es una categoría estática ni única, sino que existen diferentes formas de ser mujer y estas no son fijas. Esta diversidad estará marcada por la interacción del género, con otras categorías construidas socialmente como la clase, la individualización, el barrio, la ciudad, la migración y la generación. En este documento se evidencia el significado construido por un grupo de mujeres mayores (mujeres viejas), para lograr analizar las diferencias existentes en la forma como se definen, a partir del transcurso del tiempo y de los acontecimientos de la vida cotidiana reflejado en sus historias de vida.

Estas mujeres habitan los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen, Uniceros ubicados en la localidad de Usaquén, barrios populares al nororiente de la ciudad de Bogotá. Ellas fueron fundamentales en la fundación de los barrios mencionados y en la actualidad continúan siendo líderes de los procesos comunitarios.

Quiero partir de la base que los significados de sí mismo, se construyen socialmente, basado en procesos generacionales y culturales, que corresponden a contextos espaciales y temporales. Los estudios de las historias de vida de estas mujeres, permiten identificar las fricciones en sus discursos, los legados que se pretenden dejar a la descendencia, y los elementos que generan las transformaciones y permanencias en el discurso alrededor de darle un significado a “ser mujer”.

Este texto no se basará en los debates de lo femenino ni lo masculino, ni trabajará sobre visión ontológica del ser, pues como mencionan (Páez & Díaz, 2013, pág. 12) *“es imposible construir una definición de mujer en términos esencialistas o totalizantes. La búsqueda de definiciones parciales, cambiantes e incompletas resulta en extremo enriquecedora porque pone a la luz una multiplicidad de voces y posibilita la elaboración de una categoría más fiel a las articulaciones entre género y otros anclajes identitarios”* Este texto va puntualmente a analizar las categorías: “significados” o definición de ser mujer misma, trabajándolo desde una visión etnográfica.

El tema de significado de ser mujer ha tenido cabida en diferentes espacios de discusión, filosófico, antropológico, sociológico, psicológico, pero sobre todo desde el enfoque de género. Para hablar de mujer, es indispensable y casi que inseparable hablar de género. Partiendo de la base que hablar de hombres o de mujeres, no es hablar de las diferencias biológicas que se presentan, sino de la construcción alrededor del concepto y de las vivencias que ellas requieren. Hablar de género no implica solo, hablar de hombre o mujer como entidades separadas y diferentes, implica hablar de la construcción de identidades alrededor de cada uno, e incluso de identidades intermedias como géneros nuevos que se han planteado en la modernidad. Sin embargo, para el caso de la presente investigación, hablaremos de un enfoque de género guiado hacia lo femenino, pues nuevamente aterrizamos el análisis a nuestras mujeres de interés.

El enfoque de género, ve el sexo y edad como variables diferenciadoras en un proceso de desarrollo específico que se construye socialmente. Para hablar del tema de género es necesario definir algunos términos básicos que nos ayuden a comprender la mirada. El primero es diferenciar la posición biológica de sexo con la elaboración sociocultural de género.

“La diferencia sexual es la primera evidencia incontrovertible de la diferenciación humana. Este hecho biológico con toda la carga libidinal que conlleva es materia básica de la cultura. Al momento de nacer se despliega la lógica de género: en función de la apariencia externa, a la criatura se le habla de una cierta manera, se le trata distinto, se le alimenta diferente y se depositan sobre ella ciertas expectativas y deseos. Así arranca el proceso de atribución de características “femeninas” y masculinas” a cada sexo, a sus actividades y conductas, y a las esferas de la vida” (Lamas, 1995, pág. 92)

Alrededor de estas expectativas mencionadas por la construcción sociocultural para Lamas, (1995) existen una serie de creencias y de roles que deben articularse a cada género. Pero es en la interacción de la subjetividad y la vida social que el hombre o la mujer define su rol en la sociedad y su discurso sobre género, y este va a estar mediado por el tipo de cultura en el que se nace y se vive. (Rocha & Loving, (2005) afirman que el ser mujer, si bien tiene un componente biológico, su significado es el resultado de procesos psicológicos, sociológicos y culturales, desde donde el ser humano hace parte de un género construido a nivel cultural. Esto implica la incorporación de normas y expectativas impuestas por una sociedad alrededor del sexo.

Es así como cada grupo social define desde sus procesos culturales las creencias y los sentidos que tiene el ser mujer, dando origen a modelos de comportamientos, pensamientos y emociones que deberían ser adecuados para cada género; igualmente cuales de estos deberían ser aceptados o censurados por la sociedad. (Rocha Sanchez & Díaz Loving, 2005)

Dentro de las definiciones que se le ha dado a la mujer por su naturaleza, pero también por su condición social, se le atribuye el concepto de mujer madre. Castellanos, (1995) hace en su texto ¿existe la mujer?, hace un análisis sobre el desarrollo que ha tenido este concepto, entorno al uso que se le ha dado en la literatura de las ciencias, y como se ha transformado desde los discursos feministas, a lo largo del desarrollo de la misma postura.

Dicho desarrollo lleva a que ser mujer se convierta no solo en un concepto ligado a lo social, a modo de estructura incambiable. (Castellanos, 1995) propone un concepto relacional, en donde la mujer se convierte en un sujeto activo para decidir cómo definirse a partir de sus propias experiencias. En este sentido estaría mediando la subjetividad de cada una, en donde el significado se permea de unos sistemas ideales construidos, y que surge desde la interacción que tiene la mujer con ese mundo externo, sus símbolos y su lenguaje, para ser adoptado en la definición de sí mismas, (Voloshinov, Lauretis, 1984, citado por Castellanos, 1995); y de las mujeres que hacen parte de su vida social.

Bajo estos conceptos, vale la pena aclarar que este texto está construido desde diferentes visiones de las Ciencias Sociales: en primer lugar, la antropología, que me ha permitido acercarme a las mujeres y a los datos de una manera analítica, profunda y fenomenológica. El segundo la sociología, en donde intentaré analizar dichos eventos cotidianos e históricos desde las categorías estructurales para llegar a entender el fenómeno como producto de un contexto social. Y la psicología, que es mi abordaje de base, que me permite hacer análisis desde lo colectivo hasta lo personal, desde lo social hasta lo individualizante para acercarme desde el escenario de la subjetividad en un contexto investigativo.

Mi rol en campo

En la actualidad mi rol es de “profesora” alrededor de unas actividades dirigidas a estudiantes de Psicología de la Universidad el Bosque, me ha permitido acercarme a las historias de algunas mujeres mayores de los barrios populares de Usaquén, en el ejercicio etnográfico, y desde estas labores, plantear una relación de confianza con las participantes. Este tiempo de relación con los participantes, me llevó a plantear la etnografía como método de investigación ya que permite acercar a la población haciendo parte de ella, e involucrándome con algún rol determinado, mediante la observación participante; e indagar a profundidad a partir de diferentes técnicas cualitativas de recolección y análisis de información. Para efectos de definir técnicas de investigación como la observación participante del grupo mujeres, enfocándome en los relatos dados por conversaciones informales, entrevistas semiestructuradas y a profundidad con algunas de ellas para lograr un enfoque biográfico y reflexivo (Guber, 2001) La entrevista como técnica de investigación etnográfica, me ayudó a identificar información sobre una población determinada (Restrepo, 2016) es por esto que se realizaron diferentes entrevistas formales, aparte de las conversaciones informales que surgieron durante la etnografía. Pero también, se realizaron entrevistas a profundidad, que permitieron andar en las historias de vida en de estas mujeres, e identificar las experiencias de vida que las han definido como mujeres mayores. Esto, debido al uso de la historia oral que permitió la aplicación de este tipo de técnicas y que se alimenta del ejercicio etnográfico (Restrepo, 2016)

Para esto tenido la oportunidad de construir relación de confianza con ellas, que me permitió, ingresar a sus vidas, a sus casas y a sus historias de manera muy respetuosa y con su consentimiento para lograr lo que me he propuesto. Desde este tipo de relación muy cercana, escogí un grupo de ellas para la implementación de y construcción constante de material de investigación, bajo una visión de corresponsabilidad con mi población. El tiempo que he trabajado en este lugar me ha llevado a hacer parte incluso de sus actividades sociales, de esparcimiento y de las reuniones de juntas de acción comunal, en donde se discuten temas de la organización comunitaria.

Para efectos de lograr objetividad en el análisis de la información fue muy importante tener en cuenta los riesgos que implica estar involucrada con la comunidad que voy a estudiar. En primer lugar, reconocer que, bajo mi condición de mujer, me estuve preguntando por constantemente los datos que recogía, a la luz de mis concepciones y vivencias. También intenté poner atención sobre

la posibilidad de ideologizar esta investigación, dándole otro sentido a la información que recoja, y buscando la exaltación del discurso de las mujeres, en vez de analizarlo de forma crítica y académica.

Para ello, utilicé el mecanismo de escritura de diarios de campo, lo más cercano al tiempo de trabajo de campo posible. De la misma manera intenté socializar mis análisis teniendo en cuenta los riesgos como investigadora y solicitando objetividad.

Problema de investigación

Desde hace varios años y con el desarrollo que he tenido en mi profesión de psicología, he venido encontrando un gusto e interés por el tema de las mujeres y sus formas de significarse en la vida cotidiana. He tenido un interés particular por la forma en que las mujeres defendemos nuestros derechos, luchamos por nuestra igualdad y nos acobijamos bajo la palabra mujer, para justificar acciones o sacar a relucir deseos, inquietudes, inconformidades y reflexiones.

La historia de las abuelas, viejas o adultas mayores, me parece fascinante porque son ellas quienes han vivido procesos de cambio social: procesos migratorios, ingreso a vida laboral, instauración del derecho al voto y la aparición y transformación de nuevos roles en una sociedad tradicionalmente patriarcal. Estas mujeres como veremos en el primer capítulo, llegaron a Bogotá, la mayoría provenientes del campo, a buscar nuevas oportunidades laborales y a formar sus hogares en la ciudad. Son mujeres que fueron niñas y jóvenes en los años 50's y 60s, época caracterizada por alto flujo migratorio del campo a la ciudad. Sus historias y sus experiencias de vida son analizadas en este documento a partir de los métodos biográficos, que busca centrarse en un sujeto, o un pequeño grupo de sujetos particulares para analizar las narraciones que estos hacen sobre el significado que les dan a sus experiencias de vida. (Mallimaci & Giménez, 2006, pág. 176). Este tipo de técnica no busca dar una generalización o una explicación determinante al fenómeno que he denominado ser mujer en el barrio para las mujeres mayores, tampoco busca rastrear las meras percepciones y representaciones, sino que busca dar cuenta de las explicaciones que asignan las mujeres a sus vidas y a sus trayectorias como formas de análisis de diferentes episodios históricos, sociales, económicos del momento en que ellas comenzaron a construir su vida social. De esta forma las historias individuales dan cuenta de las realidades de las mujeres de

sectores populares de Bogotá hacia los años 50's y sus construcciones de vida obedecen a dichas categorías sociales que atravesaron sus realidades y sus intimidades familiares.

Este proyecto de investigación surge en el marco del proyecto “Reconstrucción de memoria colectiva de la creación de los barrios Unicerros, Delicias del Carmen, La Esperanza y el Pañuelito, de la localidad de Usaquén” de la Universidad el Bosque. El proyecto existe desde hace cuatro años y se ha servido como escenario de prácticas investigativas y procesos de análisis de la Psicología social con los estudiantes de pregrado.

A partir de las visitas realizadas desde la coordinación del proyecto, me he ido interesando por los procesos que ocurren alrededor de las mujeres de dicho sector. En un inicio, he tenido la oportunidad de compartir con el Grupo Adulto Mayor de los barrios, conformado en su mayoría por mujeres, que se reúnen a pasar sus tardes, alrededor de charlas, juegos, dinámicas, oraciones y talleres que les preparan los estudiantes de las universidades y de los colegios de sectores aledaños.

Existen otros procesos contextuales que definen sus prácticas dentro de los barrios y que hacen parte de lo que son y hacen en la actualidad. Pero al igual que las mujeres mayores, lideran procesos de construcción social y de participación femenina dentro de diferentes espacios en los barrios. Al mismo tiempo, estas mujeres son madres, algunas abuelas, trabajadoras, vecinas, esposas y amas de casa.

En este contexto, que se ha convertido en cercano, no solo por el trabajo académico, sino por la similitud con mi historia familiar, me surgen preguntas como las siguientes: ¿Cuál es el significado de mujer que han construido el grupo de mujeres mayores?, ¿es cuestión de identidad femenina o de significados de mujer? ¿Qué elementos de ser mujer han permanecido y qué elementos permiten dicha permanencia?, ¿Cómo se ha transformado los significados de ser mujer durante su historia como grupo social?, ¿Qué impacto ha generado los cambios generacionales de la mujer dentro de la transformación familiar? ¿qué tensiones se generan en los significados de ser mujer a partir de las transformaciones del contexto?

Estas preguntas surgieron al analizar su posición actual en la comunidad, pero sobretodo en el acercamiento que he tenido a la historia de vida de barrio, en donde estas mujeres han tenido papeles fundamentales para sus familias y para su sociedad, enfatizada en un principio a ser mujeres que migraron de sus lugares campesinos de origen, para formar su futuro en aquel momento y lo que ahora es su presente.

Existen tres elementos históricos que hacen parte de la población fundamental a la hora de realizar el análisis y generar las preguntas de investigación que son los siguientes:

1. El proceso de migración que ocurre entre el campo y la ciudad entre los años 50 y 60, decidiendo dejar su rol de campesinas a ser trabajadoras en la gran ciudad.
2. El proceso histórico de los años 50's con respecto al cambio de la feminización y la aceptación de la mujer en espacios tradicionalmente de hombres.
3. La relación de las mujeres con su familia y su comunidad en torno a la construcción de su rol.

En este sentido me propuse analizar la forma en que el grupo de mujeres mayores de los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen y Unicerros, construyen en significado de ser mujer en sus narrativas de vida.

Para ello intentaré 1. Describir las prácticas sociales de estas mujeres en la construcción de sus significados de ser mujer en el barrio 2. Identificar las permanencias y las transformaciones que se evidencian en el significado de ser mujer desde las historias de las mujeres mayores 3. Analizar las tensiones que se generan en las transformaciones y permanencias de los significados de ser mujer para las mujeres mayores proyectado a las generaciones futuras. 4. Analizar los significados que construyen las mujeres sobre lo que implica ser mujer mayor en el barrio. Este estudio se propone desde intereses particulares sobre la forma en que las mujeres se definen e identifican en la sociedad, viendo la necesidad existente de poder crear una diferencia desde las generaciones, basada en las experiencias y contextos sociales que han vivido cada grupo de mujeres, en torno a los cambios sociales que hemos sufrido como ciudadanas colombianas.

El grupo de mujeres mayores escogida para la investigación, hacen parte del grupo de mujeres que vivieron transformación de la familia en la sociedad bogotana, y han sido las protagonistas del reconocimiento del género en los espacios sociales, laborales y en barriales. Este grupo de mujeres comparte, además, historias que se relacionan con procesos sociales fundamentales para creación de sociedades como la migración y la configuración de comunidades. Sus historias de vida se repitieron en las mujeres de su edad, y podrán mostrar procesos de reconfiguración bajo una sociedad tradicionalmente patriarcal. Son ellas quienes tienen mucho que contar sobre la forma en que la feminidad las define, y cómo esta identidad ha hecho lo que ellas son ahora. Esta investigación permitirá darles voz a las mujeres, como mujeres activas y agentes

de sus vidas, y llevará al reconocimiento del papel de estas mujeres en la sociedad, durante todas las etapas de su vida.

Es de gran interés evidenciar a partir de las experiencias de la generación en estudio, como se construyen los significados de ser mujer, como se transforman, se cuestionan y muchos otros se enfrentan para permanecer. Es fundamental desde la mirada de género, donde se lee a la mujer como un proceso de construcción social, que obedece a la existencia de una serie de creencias y de roles que deben articularse a cada género. Pero es en la interacción de la subjetividad y la vida social que el hombre o la mujer define su rol en la sociedad y su discurso sobre género, y este va a estar mediado por el tipo de cultura en el que se nace y se vive, y por la decisión que asume el individuo sobre sí mismo.

Es un ejercicio etnográfico que busca darle voz a las mujeres mayores como sujetos históricos que vivieron escenarios informales de transformación social en la intimidad de sus hogares, pero a que la vez se constituyen en un grupo de lucha y agencia en zonas marginales como son los barrios populares de Bogotá. Sus historias cuentan la vida de los años 40 a 80 encaminados a procesos de migración, crecimiento de la ciudad, transformación de estructuras tradicionales como la familia y aparición de escenarios nuevos para las mujeres en Colombia.

Desde una apuesta metodológica, el trabajo con historias de vida no busca llegar a la generalización ni a la comprensión global de los significados de ser mujer como elementos unificados. Al contrario, me ha permitido analizar realidades puntuales a modo de historias como objeto de estudio, que dan cuenta de realidades sociológicas complejas en la cotidianidad y como estas convergen para entender la construcción de significados de ser mujer. Es además un reto para mí la escritura de una vivencia de tantos años como docente e investigadora, bajo un formato narrativo y a la vez analítico. Contar las historias de estas cuatro protagonistas, es a la vez analizar las historias de muchas mujeres mayores en contextos de progreso, industrialización, luchas cotidianas para liberar espacios públicos y privados, violencia legitimada y transformación social.

Las Protagonistas

Isabel

Desde que conocí a Isabel sentí una apertura familiar y cálida. Isabel se parece a mi abuela, su color moreno de su piel de piel, su pelo corto, su estatura, su fuerza al caminar y al hablar, sus manos suaves y firmes. Su perfume me recuerda al que mi abuelita usaba cuando yo estaba pequeña. Isabel es una de las mujeres líderes del GAM y del barrio. Ella es quien apoya a Luz Dary en las actividades, está pendiente de los refrigerios, se queda hasta que nos vamos todos del salón para organizar, barrer y cerrar la puerta. No falta a ninguna actividad y siempre participa en las actividades que realizamos quienes apoyamos la programación del grupo. Su iniciativa y liderazgo es más que evidente, es también una persona muy conocida en los barrios y tiene muchas amigas en el grupo.

Es incluso la persona que se manifiesta abiertamente cuando no está de acuerdo con algo o cuando está cansada de alguna situación particular. Antes de contactarla para la entrevista, Isabel manifestó en público estar cansada de la repetición de algunas actividades que estaban realizando con uno de los equipos de apoyo que los acompañan, se enfrentó a Luz Dary e incluso se retiró de la actividad junto a Aurora, alegando incluso que estaban aburridas de contar siempre la historia de los barrios. Sin embargo, cuando le planteé la posibilidad contestar a mi entrevista, con mucho entusiasmo aceptó y me invitó a su casa para que tuviéramos el espacio y el tiempo suficiente. Lograr una cita con ella fue más complicado de lo que pensé. Isabel asiste a cursos organizados por la alcaldía en Servitá, va a la iglesia y al grupo de oración, tiene programadas las actividades con Grupo Adulto Mayor y con frecuencia asiste a reuniones de las juntas de acción comunal. Tuve que confirmar con ella y reprogramar varias veces la visita, pues es una mujer con muchas ocupaciones y compromisos.

Me recibió en su casa una mañana muy lluviosa y fría. Comenzó a contarme su historia incluso antes que le explicara lo que íbamos a hacer. Ella está acostumbrada a que la graben y no le ve inconveniente, dice que le gusta ayudar a las niñas con sus tareas de universidad y así ella también se siente importante. Este elemento es fundamental para ella, busca constantemente reconocimiento en el grupo, en su barrio e incluso en el sector. Con orgullo habla de ser la representante del “adulto mayor” ante los programas de la alcaldía y de cómo la gente la conoce por todo el sector. A pesar de estar cansada de contar mil veces la historia como construyeron los

barrios, vuelve a estas historias con fluidez y pasión, “pues Isabel nació, vivió y morirá al lado de la montaña”. Su lado más sensible lo conocí el día del entierro de su gran amiga Moñitos. Sus lágrimas duraron varias semanas y la tristeza la acompañó por varios meses, al igual que su vestimenta negra.

Belén

Con Belén no tenía mucha cercanía. Ella no asiste con frecuencia a Grupo Adulto Mayor porque ella todavía trabaja. Junto a su nuera, tienen un jardín infantil del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Belén es la abuelita de una de mis estudiantes en la Universidad. Fue ella quien me ayudó a convencerla de participar en la investigación. Cuando llegué a su casa, que queda en Delicias del Carmen, me recibió muy amable y con algo de nerviosismo. Más que la profe de los viejos, era la profesora de su nieta, así que tanto ella como su familia se esforzaron en atenderme. En su casa funciona el Jardín, los niños se ubican en el tercer piso. Las escaleras de acceso a este lugar son bastante empinadas, los escalones son altos y largos hasta el final. El día que hice la entrevista a Mariana, mi estudiante, conocí a Belén.

Ella es una mujer de 64 años que aparenta un poco más de su edad. Usa sudaderas y delantal del jardín. Está corriendo todo el tiempo del segundo al tercer piso de su casa en el día, mientras funciona en su casa el jardín. Es una mujer cariñosa, activa, fuerte, su voz se escucha en toda la casa. Tiene muy buena relación con sus nueras, en especial la madre de Mariana con quien trabaja. Su vida son los niños de su jardín, pues ella se siente útil para trabajar. La entrevista la realizamos en un espacio que pareciera ser la sala de la casa, pero por los niños hay pocos muebles y decoración.

Era un lugar abierto, pero ella se sentía cómoda en este lugar ya que podía estar pendiente de lo que ocurría. Su historia comenzó muy rápidamente, y fue una conversación profunda y sentida, a pesar que poco habíamos tratado antes. Su esposo falleció el año anterior, justo en esa semana se había cumplido el primer aniversario, así que ella estaba todavía conmovida con la situación. La narración de Rosa, quien también “nació vivió y morirá en su casa” se da alrededor de sus padres y su esposo. Hay sentimientos encontrados alrededor de estos personajes, lágrimas, risas, secretos y uno que otro chiste.

Aurora

La mujer tal vez más divertida y a la vez más brava del grupo es Aurora. A ella no le gusta que le tomen fotos porque “sale muy arrugada”. Sin embargo, la primera vez que conversé solo con ella fue después que accedió a posar para una foto sola, después de rogarle un poco. Con su tono mandón me indicó en donde quería su foto, que fuera diferente a la de las demás. Luego posó cual modelo y se divirtió mirándose en la pantalla y haciéndome repetirle la foto varias veces. Aurora no se deja ver su pelo blanco “primero muerta”. Su pelo corto y rojo encendido ocultan los 69 años que tiene. Aurora siempre está arreglada, usa ropa elegante, algunos chalecos, anillos cadenas y aretes. “los aretes son importante, si salgo sin ellos es como si saliera desnuda”.

Aurora es también una mujer líder, tiene un tono de voz alto y un acento fuerte. Junto a Isabel, manifiestan abiertamente sus inconformidades, critican abiertamente a sus compañeras y a los estudiantes que van a trabajar con ellas. Es también la primera que sale a bailar cuando se pone algo de música, y reta a los hombres y a los jóvenes a seguirles el paso. Tiene una risa sonora y frecuente. Arma la recocha con facilidad. Su participación en las actividades es casi siempre imponente y crítica. Regaña a quien no trabaje y le molesta que no se concentren en los talleres.

Aurora accedió a conversar conmigo luego de una discusión que se generó por las actividades de uno de los grupos que trabajan con ellos, pensé que podía confundirme con algunos estudiantes universitarios con quien estaba muy molesta, pero por fortuna fue la primera en recibirme en su casa. Al igual que Isabel, “cansada de hablar del barrio” me contó su versión que para ella es la versión de las mujeres, que es diferente al del resto de la gente. Para ella la diferencia radica en que la cargada de las piedras era diferente porque ellas trabajaban 24 horas sin descanso y sin pago. Aurora vive en su casa sola, es viuda hace algunos años y menciona con frecuencia la falta que le hace su esposo y como esta situación fue la que la empezó a hacer sentir vieja. Los achaques los siente cuando esta triste, ansiosa y no puede dormir. Es una mujer que participa en algunas cosas del barrio, dice con fuerte énfasis que estar en todo es malo porque hay gente lambona e interesada, y que también hay que dejar espacio para la familia.

Georgina

Conocí el barrio Unicerros de la mano de Georgina. Cuando apenas estaba iniciando mi trabajo en el sector, Georgina me invitó a su casa para hacernos amigas y pasarme una memoria

con fotos del GAM. Georgina es una de las más nuevas en el grupo y también la que lleva menos tiempo en el sector. Ella tiene 66 años y llegó siendo adolescente a vivir por la zona. Nació en Garzón Huila y llegó a los 12 años a Bogotá buscando mejores oportunidades. Casi susurrando me advirtió varias veces que no podía contarle a nadie que yo había ido a su casa. Parece que el hecho de no haber llegado cuando nada estaba construido, y vivir en el barrio más “nuevo y elegante” del sector, hace que no tenga muy buena relación con todas las personas, y que no sea tan reconocida como las otras mujeres con quien trabajé.

Georgina es prevenida en la entrevista, me pide en algunas ocasiones que no grabe algunas respuestas, pues ella dice ser franca a la hora de decir verdades sobre los adultos mayores, o sobre algunos líderes del sector. Accedió muy fácilmente a participar en la entrevista, así que me volvió a invitar a su casa, sin embargo, no fue muy sencillo realizarla. Ella vive todavía con su esposo, y el vigiló la mayoría de la conversación. Esta situación me permitió analizar sus versiones, la intención de sus palabras y la relación fracturada que hay entre ellos. Desde el primer día que la visité me aclaró que ella vive con su marido pero que no son pareja hace muchos años. Ella simplemente no se va de la casa porque ella fue quien la construyó y fue quien la luchó, incluso en contra de él. También expresa abiertamente que los problemas que han tenido en su economía han sido culpa de su esposo y por eso es el que no se va, porque depende económicamente de su pensión.

Georgina le gusta mantener ocupada, participa en talleres de diferentes grupos, no solo en Grupo Adulto Mayor. Hace parte de grupos en la iglesia, en otras juntas de acción, en Usaqué, asiste a cursos en el SENA y hace manualidades. Le encanta tomar fotografías, tiene una pequeña cámara que le regalaron sus hijos y recuerda con mucha emoción su vida laboral en un laboratorio de fotografía. Me enseñó varias cosas sobre la luz y los tipos de rollos que existían. Se maravilla con la pantalla de su pequeña cámara y con las fotos a blanco y negro que tiene en sus álbumes.

Como está escrito este texto

Desde la apuesta etnográfica tanto metodológica como de resultados de investigación (Restrepo, 2016), esta investigación está escrita desde las historias de las protagonistas en una especie de línea de tiempo que cuenta la construcción y legalización de los barrios populares de

Usaquén, Pañuelito, Delicias del Carmen y Uniceros. Las experiencias de estas mujeres se tejen con diferentes análisis encaminados a comprender los significados de “ser mujer en el barrio”. Estos análisis están dirigidos por categorías como migración, clase social, historia barrial, familia, trabajo, progreso, vejez atravesado por la categoría de género como eje relacional. Si bien no es un estudio feminista o si busca explicar desde los estudios de género las tensiones y conflictos alrededor de lo impuesto y lo individualizado en los momentos cotidianos que se presentan en las historias de 4 mujeres mayores en su relación constante con las relaciones de poder establecidas por la sociedad.

En este sentido el texto está compuesto por 3 capítulos y una discusión a modo de cierre y apertura a nuevas oportunidades de investigación. El primer capítulo es una parte de la recopilación de las historias de los barrios a partir de las historias de mujeres, fundadoras de los barrios. El objetivo es comprender el contexto social e histórico que vivieron estas mujeres como ejes fundamentales en la construcción y formalización de sus barrios populares. El segundo capítulo busca comprender y problematizar la vida familiar y de pareja de las mujeres mayores de los barrios, con el fin de profundizar en las prácticas y los significados que constituyen el ser mujer en los escenarios familiares. El tercer y último capítulo tiene dos partes. La primera entender los significados de ser mujer a partir de la paradoja ser alguien en la vida, aterrizada a las condiciones sociales de los barrios. La segunda parte busca entender las formas de reivindicación con ellas mismas que las mujeres han edificado especialmente durante su vejez. En la discusión intenté plasmar mis inquietudes que surgieron alrededor de las conclusiones generales del estudio y de las preguntas académicas que surgen alrededor de las historias de vida de las mujeres mayores. Dicho texto busca dar apertura a otras oportunidades de investigación, responde de forma concreta las preguntas planteadas y a la vez propone nuevas realidades de estudio, pensando particularmente en otras generaciones, otros espacios sociales y nuevos contextos no necesariamente barriales. Me llevó a pensar en el pasado, pero también en el presente y el futuro de las mujeres y sus formas de lucha, transformación y tensión cotidiana. Esto bajo la mirada interdisciplinaria de las ciencias sociales que permite construir múltiples discusiones antropológicas, psicológicas y sociológicas.

Capítulo I

Memorias de los barrios de la montaña. Historias de los barrios populares de Usaquén contado por las mujeres mayores

“No me voy de acá ni porque me saquen, es un privilegio vivir en estos barrios así nos quieran sacar esto lo hicimos nosotros” (Grupo Adulto Mayor)

La primera vez que escuché hablar del Pañuelito fue en casa de una de mis compañeras de universidad, cuando estudiaba mi pregrado en Psicología. Ella acababa de mudarse al conjunto residencial Miraflores, que está ubicado de la carrera séptima hacia el cerro, muy cerca a la calle 127 en el norte de Bogotá. Ella y su familia se habían mudado a uno de los apartamentos que quedan hacia la parte de atrás del conjunto, y muy orgullosa nos invitó a mí y a mi grupo de amigas, a hacer tareas en su casa ya que quedaba muy cerca de la Universidad El Bosque (lugar donde estudiaba) y tenía un espacio muy cómodo para trabajar en grupo. Este conjunto había sido construido por la marca Pedro Gómez, una constructora bastante reconocida en la ciudad por haber levantado edificios lujosos y proyectos importantes como Unicentro y el Hotel La Fontana. Yo, sin conocer mucho sobre las edificaciones importantes de Bogotá, reconocía claramente los lugares mencionados ubicados ambos en la calle 127 al norte de la ciudad. Así que al reconocer estos lugares pude entender entonces el orgullo con que mi compañera y su familia ofrecían su hogar y daban el detalle del famoso constructor.

Por una de las ventanas de aquel apartamento se veía muy de cerca los cerros orientales que se erigen en el oriente de Bogotá. Esto significaba que estábamos en una zona bastante alta y posiblemente hacía más frío. En la misma vista pude notar que había personas que caminaban por el sector, algo que no imaginé precisamente por lo alto que estábamos. Mi compañera me contó que detrás de los apartamentos había un barrio “peligroso y pobre”, en donde su mamá conseguía

mercado más barato e iba a misa de vez en cuando, por ser la iglesia más cercana. Ese barrio era el Pañuelito.

¿Cómo un barrio puede llamarse de esa manera? Para nosotros era en ese momento simplemente un dato difícil de olvidar, y un motivo de burla hacia cómo una constructora tan prestigiosa y de alto nivel social, hacía edificios en un barrio llamado “el Pañuelito”. Mi compañera ya no vivía en Miraflores, el edificio de Pedro Gómez, ella para nosotros vivía en el Pañuelito, era más fácil de evocar y además era chistoso mencionarlo al pensar en todo el lujo que caracteriza estos apartamentos.

Años después volví a escuchar del lugar. La misma Universidad, que es donde trabajo actualmente tiene convenios de prácticas en el Instituto Educativo Ana Restrepo del Corral. Este es un colegio distrital y semiprivado, amparado por el Colegio Femenino (colegio ubicado sobre la carrera séptima con calle 128, cerca de los barrios de la montaña y uno de los más reconocidos colegios para niñas), que brinda servicio de educación a personas de bajos recursos económicos de la localidad de Usaquén, pero sobre todo a los habitantes del Barrio El Pañuelito y sus alrededores. Bajo esa figura, la Facultad de Psicología, en donde ahora soy docente, tiene un convenio para que los estudiantes realicen su práctica en dicha institución, algunos de ellos bajo la asesoría de mi compañera de trabajo y amiga Sandra, quien trabaja en este sector desde unos 6 años atrás. En el año 2012 ella me invitó a hacer parte de un proyecto con la comunidad, que permitiría generar espacios de interacción con los adultos mayores del Barrio el Pañuelito, y a su vez actividades aplicadas con los estudiantes de la facultad de psicología.

Recordé los chistes con mis compañeros de estudio, y por primera vez me dirigí a conocer dicho barrio con el nombre tan llamativo y gracioso. Para llegar a este lugar hablamos generalmente de “subir” al barrio. Este es un ejercicio que realizan a diario por la calle 127 C generalmente a pie, o en algunas camionetas de transporte informal que recogen pasajeros sobre la carrera séptima y van hasta lo más arriba posible, arriba de la montaña. Ese día me di cuenta que, aunque no lo tenía muy presente, yo ya había subido y lo hice caminando. Eso fue en el año 2011, cuando estaba buscando un apartamento que fuera económico para tomar en arriendo, esta zona es conocida por los bajos precios, en contraste con los del sector. Reconocí algunos edificios que habíamos mirado. En esa época un apartamento de unos 70 metros cuadrados costaba \$700 mil pesos de arriendo, quedaba en un sector estrato tres por lo que me parecía bastante económico,

pero finalmente no lo tomé por dos razones particulares: la primera es que me asusté cuando algunas personas vecinas a la Universidad mencionaron los barrios pobres que quedaban arriba de los edificios eran peligrosos, sobre todo en las noches. Esto lleva a la segunda razón y es que el transporte no es muy fluido, menos en la noche, y yo generalmente trabajo hasta tarde, así que subir a pie la famosa loma no era una opción, ni por tiempo ni por seguridad. Para ese momento, este sector, que todavía no lo reconocía como el Pañuelito o Delicias, era solo un lugar económico, peligroso y popular

Ese primer día de trabajo me llamó la atención el contraste del verde del cerro con los edificios y la imagen de pueblo que tienen los llamados barrios populares. El contraste también que existe entre los edificios como los de Pedro Gómez, y el colorido de algunas casas que parecían contar historias del pasado o de una Bogotá antigua en algunas cuadras.

Poco a poco comencé a hacer parte del proyecto de investigación¹ propuesto por Sandra, y a la vez, a hacer parte de la comunidad de los barrios, a conocer esas historias detrás de las construcciones mezcladas de cemento, ladrillos, colores y decoraciones. En ese punto, la imagen de peligrosidad y pobreza comenzaría a cambiar muy rápidamente, gracias a la voz de los viejos que conforman el “Grupo Adulto Mayor”.

Mi entrada a campo

El primer día que subí para comenzar mi trabajo de campo, por coincidencia fue una fecha que quedó en la memoria de muchas personas y en la historia de Latinoamérica, fue el día que murió el polémico presidente de Venezuela Hugo Chávez, el 5 de marzo de 2013. Sandra me recogió en un taxi en la Universidad para dirigirnos al lugar de encuentro con la población, el taxista no le gustó mucho la idea de ir hasta este lugar porque para él, su carro tenía que hacer un esfuerzo adicional debido a la pendiente de la calle 127C. Ya había pasado por la calle, pero esta vez mi mirada no era la de una posible habitante del sector, esta vez iba a interactuar con sus habitantes y por fin iba a conocer al famoso barrio el Pañuelito. El proyecto planteado por mi amiga Sandra estaba dirigido hacia la población de adultos mayores, quienes conforman un grupo de apoyo y compañía el cual llama o reconocen como “Grupo Adulto Mayor”. La persona clave

¹ Proyecto de investigación base de este trabajo de grado: “Identidad Social a partir de la memoria colectiva de los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen, Bella Vista, Nuevo Horizonte de la localidad de Usaquén. Universidad El Bosque, Facultad Psicología. Investigadora Principal Sandra Pulido Chaparro.”

para el contacto es María, la líder del grupo. Ella ha trabajado con ellos desde hace 12 años aproximadamente. Ella junto a los adultos mayores del sector y algunos líderes de juntas de acción comunal, han logrado conformar el grupo para que sus asistentes pasen ratos entretenidos, y se acompañen en su época de vejez. María es una mujer de unos 60 años de edad, acuerpada y entradora, maneja claramente los discursos de líder y de reconocimiento institucional cuando debe hacerse. Es una mujer muy amable y cariñosa, su voz y su risa se reconocen fácilmente pues es fuerte y sonora. La conocen muchas personas en los barrios y debido a la trayectoria que ha tenido en la organización del Grupo Adulto Mayor, es una persona clave para generar espacios de trabajo. Ella busca lo que nosotras esperábamos encontrar: profesionales o estudiantes que quieran pasar un rato con los miembros del grupo y generar intercambios “educativos” para acompañarlos en su proceso de vejez. María no vive en el barrio hace un tiempo, pero cuando camina por las calles, parece una habitante más. Ella siempre está en las fiestas familiares, las comunitarias, en las reuniones con las organizaciones sociales, en la iglesia y en todos los eventos en donde pueda hablar y mostrar de su labor con las personas mayores del sector.

El grupo adulto mayor, en liderazgo de María se reúne en el salón comunal del barrio El Pañuelito tres veces a la semana, o incluso más dependiendo de las organizaciones que acompañen cada año al grupo. A este lugar asisten instituciones como universidades, colegios, grupos de oración o personas de la alcaldía como organizadores de actividades “sociales”. Todos en búsqueda de trabajar con “viejos” o población mayor que requiere algún tipo de ayuda o acompañamiento.

Ese martes subimos Sandra, yo y algunos estudiantes con quienes comenzaríamos nuestro trabajo, ligado a la recuperación de la memoria colectiva y los saberes de los adultos mayores. María nos presentó comprometiéndose públicamente con ellos a seguir asistiendo a sus actividades. Comencé a conversar con algunos de ellos y en varias ocasiones se dirigieron a mí como “niña”. Esta entrada fue muy interesante pues por algunos días mi rol de docente se mantenía solo con los estudiantes, ya que los adultos mayores estaban acostumbrados a que estudiantes de diferentes colegios y universidades los visitaran, por lo tanto, logré camuflarme. Hasta ese momento no tenía el peso de mi profesión en psicología, que en muchas ocasiones genera distancia con las personas o establece de inmediato una relación “psicóloga – paciente” en torno a preguntas sobre cómo llevar la vida, sino que podía ser una estudiante más que les enseñaba cosas nuevas,

en este caso ejercicios para mejorar la memoria. Por varias semanas fui una estudiante más que colaboraba en algunas actividades y esto favoreció la cercanía y la empatía con ellos.

Los viejos, como suelen llamarse entre ellos con la intencionalidad de reafirmar su rol en el grupo y en los barrios, favorecen la a veces tan difícil, entrada a campo. Bajo la representación de grupo social pertenecientes a una comunidad vulnerable, están acostumbrados a recibir gente que busca ayudarlos. Esto hizo que bajo el nombre de la Universidad donde trabajo, la actitud hacia nuestra llegada y hacia nuestro trabajo fuera completamente abierta. Ellos son disponibles a cualquier actividad que se les proponga, son agradecidos con el más mínimo rato que pasemos con ellos, dan bendiciones y abrazos sin límite, cuentan historias buscando ser escuchados y repiten con agradecimiento que volvamos pronto, que no los olvidemos como hacen muchos.

Este día conocí también a Isabel y a Georgina. Noté su colaboración y participación en el grupo. Isabel se queda casi siempre hasta el final. Con la vitalidad que la caracteriza organiza las sillas, las mesas, recoge la loza que se usó en las onces y barre el salón. Es también quien planea la apertura de la puerta con María para las actividades de la semana. Ella y María son amigas, casi familia y se tratan como tal. Ese mismo día pude percibir la importancia que tiene para ellos hablar de sus casas, de sus barrios y de sus calles. Sin entender muy bien a qué se referían en ese momento, noté el énfasis que hacían en diferenciar los barrios donde viven, expresiones que van a ser categorías que vienen de ellos y que trabajaré más adelante: “los barrios pobres” y “los de no tan pobres”, “los barrios auténticos” “y los nuevos” “las casas originales”, “las casas bonitas”, hay que ser alguien en la vida”, “nuestras casas son todo para nosotros”. Estas características diferencian también a estos viejos en grupos pequeños de vecinos desde la infancia, y otros que hasta ahora llegan al grupo. Desde este día noté que las mujeres son mayoría, no solo en cantidad sino también en participación. Ese día casi sin planearlo, comencé mi trabajo de campo de esta investigación.

Los barrios de la montaña

El sector no solo está compuesto por el barrio el Pañuelito, que era el que yo más había escuchado nombrar; hay cuatro barrios más que difícilmente se diferencian el uno del otro a primera vista, pero están claramente limitados por sus cuadras, tiendas y habitantes, pero sobretodo

en los límites establecidos por sus habitantes. Hacen parte también los barrios Delicias del Carmen, Bella Vista, Unicerros y La Esperanza todos pertenecientes a la localidad de Usaquén. Esto implica que ya no hablaré más de un solo barrio sino de los cinco, y haré énfasis en la historia de los tres más antiguos: Delicias, Pañuelito y Unicerros en su respectivo orden.

Los barrios tienen acceso vehicular por tres calles diferentes: Calle 127 A, Calle 127 B y calle 127 C, desde la carrera séptima hacia el oriente, hacia arriba, frente a la montaña. La calle más concurrida por vehículos y peatones es la calle 127 C, que se reconoce por una señal que la identifica sobre una pared ubicada sobre la carrera séptima, antes del puente peatonal, pero sobre todo por ser una calle empinada que pareciera terminar en la montaña, y con poca visibilidad hacia lo que se va a encontrar. Este punto, al igual que de la séptima hacia el occidente, se conoce como el barrio Bella Suiza, caracterizado por ser un sector residencial de estratos 5 y 6, con edificios exclusivos como el conjunto Miraflores, y otros cuantos que se ubican a lado y lado de las calles mencionadas. En el trayecto de “subir a la montaña” (que es como los habitantes del sector llaman a la acción de llegar a su barrio) el contraste de edificios, personas, lugares y formas es muy notorio, esta tal vez una de las características que más mencionan las personas que se acercan a conocer el sector. Contraste entre riqueza y pobreza, estratos sociales altos y bajos, edificios y casas, lujos y sencillez, novedad y antigüedad, entre ciudad y pueblo.

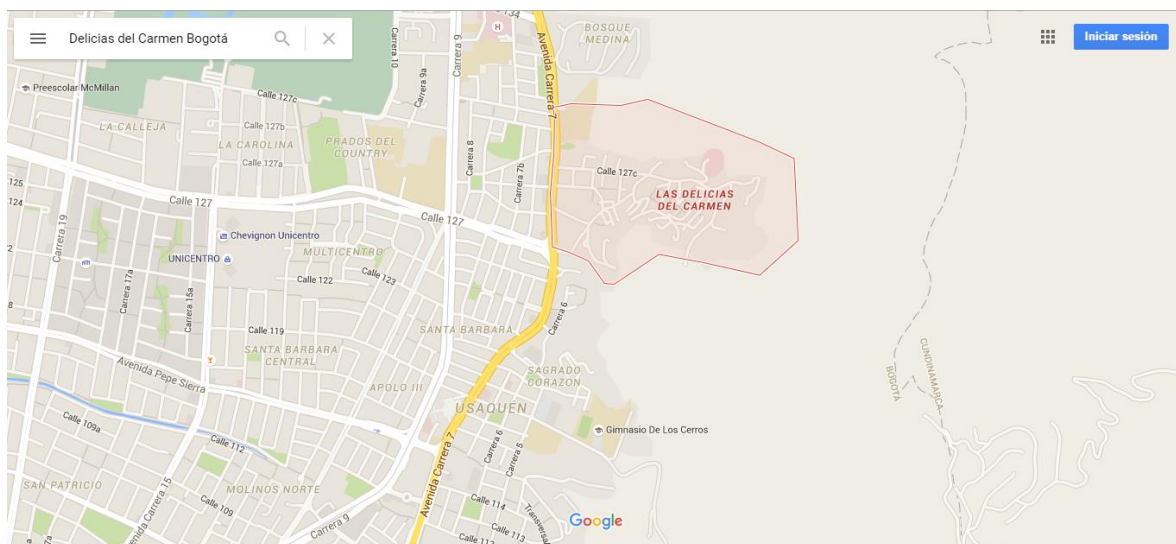


Figura 1. Imagen del sector de Usaquén Tomada de Google maps Noviembre 2015

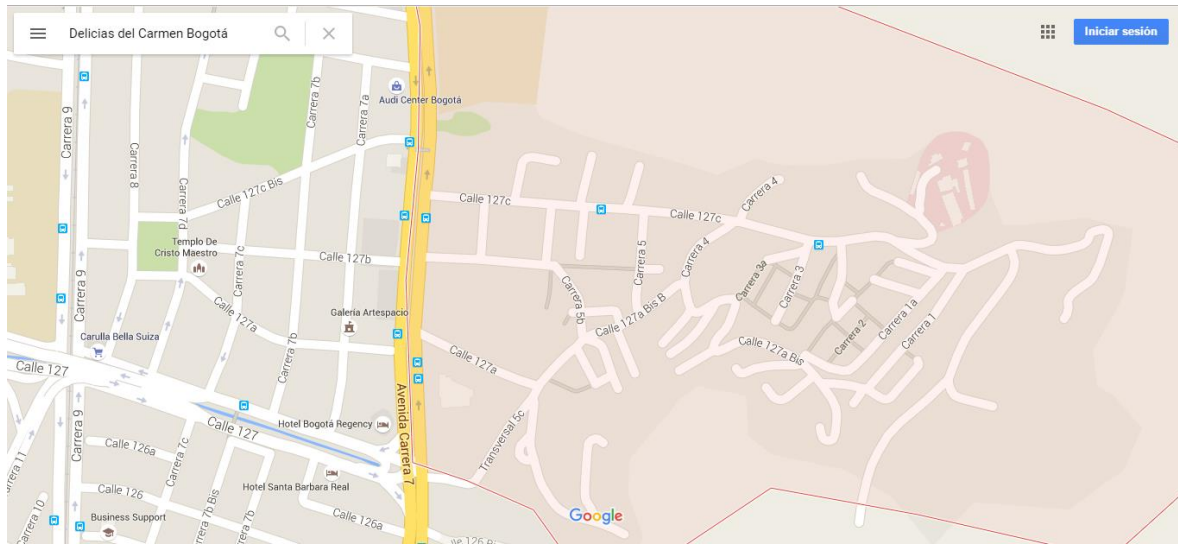


Figura 2. Imagen de Delicias del Carmen tomada de Google Maps. No diferencian los barrios. Noviembre 2015

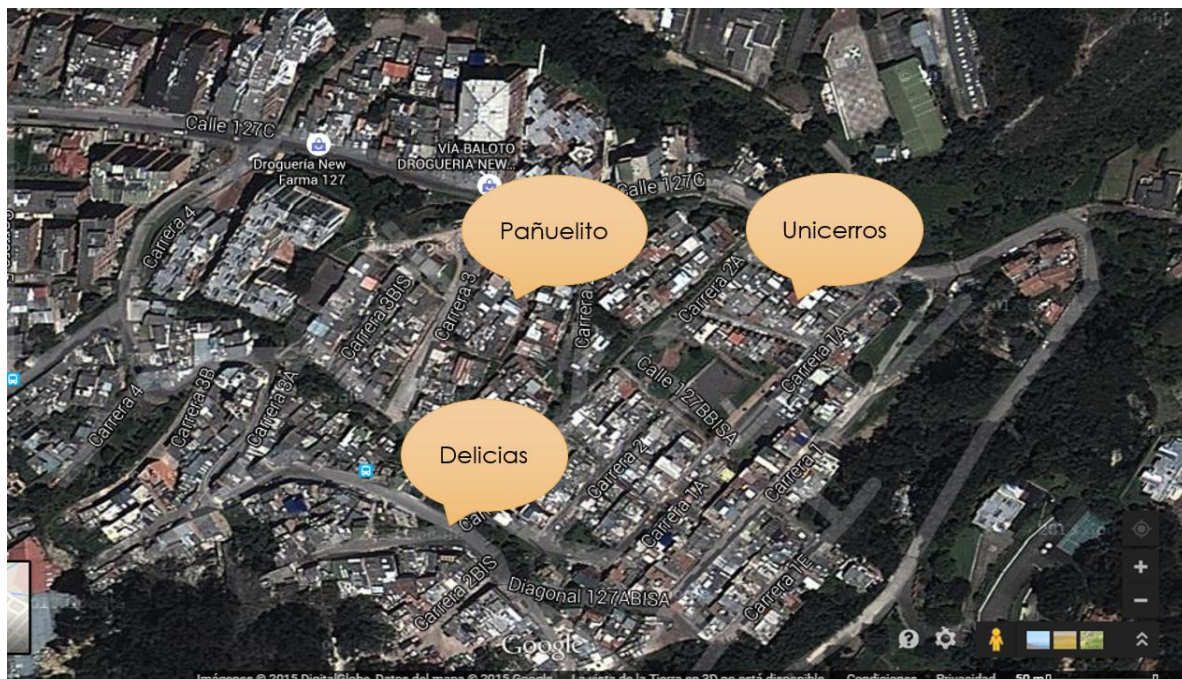


Figura 3. Imagen tomada de Google Maps imagen de satélite noviembre 2015

Al caminar por la calle 127 C, que es la de común acceso, se puede percibir cómo los estratos sociales varían del más alto al más bajo en la misma cuadra, representado en los contrastes

mencionados anteriormente, básicamente en las formas de sus edificaciones y en la configuración de sus barrios.

Para entender este fenómeno es necesario citar a (Uribe - Mallarino, 2008) quien estudió la estratificación social como la forma en que se representan las clases sociales en Bogotá. Para esta autora la política pública de finales de los 80 que estratifica la ciudad en 6 sectores busca diferenciar los pagos de los servicios públicos de los habitantes, dependiendo de la zona a la que pertenecen de acuerdo a la calidad de las viviendas. Es además una forma de apoyar económicamente los estratos sociales bajos (1 y 2) gracias al sobre costo en los servicios que deben pagar los estratos altos (5 y 6). Los estratos intermedios (3 y 4) pagan lo que realmente cuestan los servicios y se ubican en la escala de la clase media. Pero para (Uribe - Mallarino, 2008) los estratos sociales además de ser esta política y forma de subsistencia de los habitantes de la ciudad, son la manera en que los ciudadanos nos clasificamos y asignamos características a dichos grupos sociales. Esto genera mayor distancia entre los barrios, las personas y las formas de vida de cada uno de los grupos mencionados. Es tal vez por esto que existe esta percepción de contrastes de la que hablo, los habitantes de Bogotá podemos identificar fácilmente cuando un sector es de clase alta o baja, pues las características se representan en sus casas, calles, disponibilidad de recursos y en los estilos de vida de las personas que los habitan.

De esta forma voy a describir un poco lo que observo cada vez que subo a los barrios partiendo desde la carrera séptima hacia la montaña: el primer barrio que se ubica sobre la 127C es Bella Suiza, este se extiende unas 3 cuadras hacia arriba y está formada por edificios a lado y lado de la calle. Estas edificaciones de unos 10 años máximo y las nuevas que están construyendo son estrato 5 y en algunas cuadras 4. Se caracterizan por ser nuevas, generalmente edificios a la vanguardia, e incluso proyectos de construcción que ofrecen apartamentos hasta de 700 millones de pesos, con jardines verticales, seguridad privada, formas de control inteligentes, zonas de entretenimiento, modernidad y alta tecnología.



Figura 4. Delicias del Carmen y Bella Suiza. Foto tomada desde la cuadra de casa de Isabel (Foto de Pilar Baracaldo, marzo 2015).

Luego de estos proyectos en construcción, hay otros edificios de apartamentos, conjuntos más pequeños que corresponden al estrato 3, con una apariencia si bien moderna, menos lujosa que la parte de Bella Suiza. Los edificios son pequeños de unos 3 y 4 pisos en fachadas de ladrillo. Esto es el barrio La Esperanza, que es un grupo de casas y apartamentos en conjunto cerrado. Hay además otros conjuntos con características similares y que mantienen la apariencia de un barrio estrato 3. Está muy cercano a una pequeña quebrada que baja desde la montaña, pero que según los relatos de los habitantes se ha secado y ahora tiene poco flujo de agua. Este pareciera ser el barrio más nuevo de los cinco que conforman el sector, sus calles son muy pequeñas, las paredes de las edificaciones son muy similares, en ladrillo pintados de café con un brillante homogéneo. Al final de este pequeño barrio, la panorámica comienza a cambiar de nuevo. Hay tiendas de barrio, panaderías que venden todavía pan de \$200 pesos y fían a los vecinos, hay café- internet y supermercados muy pequeños. En esta cuadra comienza el barrio “El Pañuelito”. Solo hasta que comencé a hacer las entrevistas entendí cuáles eran los límites de los barrios y sobretodo la transformación que estos han tenido.

Muy cerca de este límite, está el salón comunal del Pañuelito, lugar en donde se reúne el Grupo Adulto Mayor, y en donde nos encontramos con ellos los martes para realizar las actividades del proyecto que trabajamos con los estudiantes de la universidad. La apariencia y el ambiente de este sector es completamente diferente que en el resto de la ciudad. Lo mismo ocurre con Delicias y Unicerros. La primera vez que fui pude asociar mi experiencia con la experiencia de estar en un pueblo de Cundinamarca o de Boyacá. Como me lo imaginé la primera vez que estuve cerca desde la ventana del moderno edificio de Pedro Gómez, si hace más frío que sobre la séptima o en otros sectores de la ciudad. La gente se saluda y se conoce en las calles, todos se reconocen y pueden dar razón de sus vecinos, sobretodo de quienes llevan muchos años viviendo en el sector.

Pañuelito es un barrio constituido por casas en su mayoría blancas, que son las que mantienen el diseño original desde su construcción. Las casas están pegadas y tienen techos en forma triangular. Generalmente tienen un pequeño antejardín con algunas flores y plantas pequeñas y discretas. Algunas de ellas han sido modificadas. Han construido más plantas sobre las que eran la versión original, cambiando fachadas. Sin embargo, se distingue de los otros barrios por sus tradicionales casas pequeñas que rodean el salón comunal.



Figura 5. Cuadra del Pañuelito, casas en diseño original. (Foto de Pilar Baracaldo, marzo 2015).

Detrás del Pañuelito por la misma Calle 127 C entre carreras tercera y primera, está ubicado Unicerros. Este barrio tiene varias cuadras de casas grandes, con ventanas y terrazas. Los diseños son diversos al igual que sus colores y frentes. Es el último barrio sobre la calle 127 C y es tal vez la parte más alta del sector que ha sido construida. Si bien sus casas tienen un modelo similar, han sido modificadas en su mayoría. Hay una diversidad de diseños, la mayoría de 3 pisos o más. Son casas grandes, con terrazas y patios traseros. Las calles son inclinadas y están organizadas en hileras.



Figura 6. Casas de Unicerros. Foto tomada desde la Terraza de Georgina (Foto de Pilar Baracaldo, marzo 2015).

Delicias del Carmen es la parte más grande, sus construcciones son diversas, tiene diferentes modelos de casas, unas nuevas, otras antiguas, algunas ya son edificaciones verticales donde viven diferentes familias a modo de apartamentos. Está ubicado entre las calles 127 A y 127 B y las carreras 5 y 1. Sus calles rodean parte de la montaña, por lo que algunas de ellas tienen

curvas profundas. Allí está ubicada la iglesia, lugar fundamental para la comunidad, y que al igual que los barrios, fue construida por los habitantes del sector.



Figura 7. Cuadra de Delicias del Carmen. Montañas y volquetas. (Foto tomada Pilar Baracaldo marzo 2015)

El olor de estos barrios de Usaquén es diferente, es similar al color. Se sienten oleadas de olor a bosque, no es permanente, pero huele de vez en cuando a naturaleza, huele a verde. También a rocas, piedras y a arena. En el día contrastan los colores de las casas con el amarillo de la roca grande que es señalada con frecuencia para hablar de las canteras, en la noche se ven más cerca las estrellas cuando está despejado y el frío penetra los huesos, es un clima húmedo. No hay tinto que valga. Cuando llueve huele a tierra mojada, fuerte y penetrante, igual que el frío que sale de la montaña.

La vista desde cualquier esquina es la imagen de la gran ciudad. Es un privilegio del que no cuentan todos los barrios de Bogotá. En el día el cemento que construye la ciudad es lejano, pequeño y de color opaco. En la noche, las luces son muy pequeñas, aunque se vean tantas. La imagen se pierde en el horizonte por la pesadez de la niebla bogotana y de la contaminación capitalina.

Estas son de nuevo otras razones por las que estar en “el barrio” pareciera una experiencia de pueblo, da la sensación de haber salido de la agitada ciudad, el poco ruido de las calles solo se entorpece por la subida de una que otra volqueta, o del bus urbano SITP con aviso “San Gabriel”. Algunas veces también por las risas de los adolescentes que bajan del colegio o por la acelerada de algunos carros que suben la calle con esfuerzo.

Recorrer los barrios no es una tarea sencilla. Las calles inclinadas hacen que el estado físico que se requiere sea alto, las curvas que forman las cuadras hacen que uno pueda perderse con facilidad. Pero lo habitantes del sector conocen claramente los límites de cada barrio, las cuadras amigables y las no tanto, aunque para ellos pareciera no haber mucho peligro y ser una zona muy segura. Es común que se piense que los barrios ubicados en los cerros orientales de Bogotá son zonas vulnerables y con alto índice de inseguridad. Es también común escuchar que los sectores de estratos 1, 2 e incluso 3 vive gente en condiciones sociales complejas y que esto hace que sean zonas peligrosas. Sin embargo, los habitantes del Pañuelito, Delicias y Unicerros se enorgullecen hablando de lo seguro que es vivir allí. Para ellos los problemas los generan las personas que no son locales, es decir los nuevos inquilinos o compradores, son ellos quienes tienen “malas caras” o “hacen ruido”. La ventaja para ellos es que la mayoría, o por lo menos una gran parte de personas habitantes del sector, han vivido por largos años la zona y han ido creando comunidad. Se incomodan mucho más con sus “vecinos ricos”, quienes viven en los conjuntos de apartamentos lujosos en el sector de Bella Suiza. Se han sentido discriminados e invadidos. Fueron ellos quienes llegaron a su sector, han puesto mallas para dividir las zonas y así diferenciar los grupos sociales entre los de los edificios y los de los barrios.

Detrás de esta percepción existe la historia de la construcción de estos barrios, que es narrada una y otra vez por sus habitantes, pero en especial por las personas mayores, o viejos, quienes fueron los protagonistas de la historia de los barrios obreros de Bogotá. Estas historias enmarcan procesos de migración del campo a la ciudad y de transformación de la sociedad, basadas en el desarrollo económico de los habitantes y su conformación social.

Desde el marco del trabajo que tenemos con mi amiga Sandra el Grupo Adulto Mayor, he tenido la oportunidad de conocer las historias de hombres y mujeres que fueron protagonistas de la construcción de los barrios y partícipes de la creación de la comunidad. Algunas de ellas me

permitieron entrar a sus historias de vida para conocer sus espacios familiares y escribir algunas de sus experiencias que le dan vida a este texto basado en los que significa ser mujer en el barrio.

Migración del campo a los cerros de Bogotá

Bogotá ha sido epicentro de diferentes procesos de migración a lo largo de su historia. Los barrios de los que he estado hablando fueron epicentro de la migración del campo a la ciudad vivida desde los años 1930 con motivo de la movilización de los campesinos en búsqueda de nuevas oportunidades y de progreso para sus familias (Matínez, 2001; Naranjo Botero, 2014). Personas en especial de la zona Cundi-boyacense, llegaron a ubicarse en las zonas lejanas de lo que en ese momento constituía la ciudad. Familias de campesinos llegaban a la capital con el propósito de progresar, de mejorar sus ingresos económicos y de salir de la crisis que vivía la zona rural colombiana.

Este proceso se da a nivel interno y comienza en la época de la violencia bipartidista, al disminuirse las condiciones de seguridad y de economía para los campesinos tanto liberales como conservadores. Esto llevó a una movilización en búsqueda fundamentalmente de empleo y vivienda, producto del desarrollo industrial y comercial en ciudades como Bogotá. La migración del campo a la ciudad se dio principalmente por la localización de actividades que mejorarían la economía de las familias campesinas. (Matínez, 2001) La llegada de esta población a Bogotá tenía cabida en espacios periféricos, como fue el caso de los Cerros orientales en el norte de la ciudad, en donde se ubicaban las familias en terrenos desocupados cercanos a las canteras² o zonas de explotación de material para organizar de manera informal sus viviendas y ampliar el crecimiento de la ciudad en este caso hacia la zona nororiental de Bogotá (Bohorquez Alfredo, 2008)

La explotación material de construcción proveniente de las canteras de los cerros orientales, se convirtió en una actividad económica para los campesinos migrantes, y una oportunidad para que ellos mandaran traer a sus familiares y ubicarse cerca de las zonas de trabajo. Diferentes zonas del norte Bogotá como Rosales, Lijacá y esta zona de Usaqué, entre otras, recibían a migrantes

² Para los pobladores del sector las canteras se ubican en la montaña del cerro oriental donde trabajaron cuando llegaron en su proceso de migración. Como espacio social, las canteras son lugares que van más allá de los lugares de trabajo y explotación de material de construcción, para (Bobillo & Hocsman, 2015) las canteras son desde una perspectiva social son escenarios donde se construyen prácticas sociales de habitabilidad y sociabilidad en comunidad.

generalmente de Boyacá y Cundinamarca, quienes bajo el mandato de un terrateniente propietario de lotes de explotación, trabajaban sacando piedra, arena, arcilla y cualquier tipo de material que era vendido a constructores y a empresas de materiales. Algunos estudios sobre migración en Colombia ubican como un periodo significativo para este proceso, a nivel interno entre los años 1950 y 1970, sobre todo hacia ciudades grandes como Bogotá. Los migrantes que fueron generalmente campesinos pobres, se ubicaron en zonas marginales, fomentando la fragmentación de clases sociales en la ciudad y aumentando notoriamente el crecimiento urbano. Hacia los años 50 el crecimiento de Bogotá alcanzó el 60% de la población urbana (Ruiz, 2008; Hoyos, 1999). Durante esta época el número de barrios en Bogotá se duplicó en los sectores nuevos como Usaquén, Kennedy y Rafael Uribe, gracias a la construcción de casas y de proyectos de vivienda para familias migrantes. Las décadas 70 y 80 se caracterizaron por un estancamiento en torno a la urbanización, sin embargo se presentó leve expansión territorial en zonas como Usaquén, Usme, Bosa y Suba, (Hoyos, 1999) zonas conocidas como los extremos de la ciudad. Esto ocurría ya que los campesinos buscaban generalmente ubicarse en espacios poco habitados y que conformaban la marginalidad, tales como el norte, el sur o los cerros orientales, (Parada, 2014).

Para entender estos procesos de crecimiento urbano en Bogotá (Brücher & Mertins, 1981) realizaron una investigación sobre las formas de poblamiento de los barrios de sectores económicos bajos hacia los años 70 y analizaron el caso de Delicias del Carmen y más adelante el Pañuelito, dos de los barrios que hacen parte de este estudio y afirman que su organización social se consolidó gracias a el asentamiento de las familias migrantes en forma de casas de invasión, en terrenos sobre los cerros orientales que pertenecían terrenos rurales de poco valor debido a las canteras, espacio de trabajo para los nuevos habitantes. (p.13) Para el caso de los campesinos de los cerros, tenían la oportunidad de armar sus viviendas temporales con algún material que sobraba, pedazos de madera y plástico para cubrir el frío, de tal manera que pudieran poblar la zona desocupada y esta le quedara cerca al trabajo. Los padres de algunas de las participantes de esta investigación hicieron parte de esta dinámica social y económica en Bogotá. Estos campesinos son los pobladores y fundadores de los barrios de la montaña, o como también se reconocen, los habitantes de los barrios de volqueteros.

La llegada a la gran ciudad

La historia de la construcción de los barrios se repite en las esquinas, y en las actividades que realizamos con los grupos adultos mayores. Los nietos de los viejos fundadores no hablan mucho de ello, pero saben por sus antecesores que las casas donde viven, o por lo menos de donde comparten con su familia, fueron hechas por las manos de sus abuelos o bisabuelos y que son lugares casi sagrados para ellos. Entre la mezcla de cemento y la explotación de las piedras se tejen las historias de las vidas de las mujeres de los barrios. Los recuerdos de las historias de su juventud, de sus familias, de sus esposos y de sus hijos se sienten en cada calle y cada esquina que ellas armaron con sus manos. Los lugares del presente y del pasado se confunden en sus narraciones y muestran la construcción de un espacio social que atravesó las historias vitales de sus habitantes. Hablar de lo que había y en lo que ahora se ha convertido, muestra también el desarrollo que tuvieron los habitantes como grupo social, la forma en que se organizaron, las tensiones y logros de los que se enorgullecen los fundadores del Pañuelito, Delicias del Carmen y Unicerros.

Isabel, Belén, Aurora y Georgina quienes son conocidas, amigas y algunas comadres entre ellas, llegaron al sector entre los años 1942 y 1966. Las cuatro vivieron en “ranchos temporales” o “campamentos” que hasta el día de hoy caracterizan las llamadas invasiones: Formas de vivienda temporal e ilegal, ya que se ubican en terrenos que no les pertenecen. Estas formas de vivienda fueron características de la zona y eran construidos con lata, madera, cartón, bolsas negras y una que otra piedra que ayudaba a dividir las pequeñas zonas entre los ranchos. También les llamaban campamentos, sobre todo a los grupos de ranchos en una zona cercana que les facilitaba las relaciones entre sus habitantes y los convertía en vecinos y en tejido social.

Isabel la más citadina

En el año 1942 llegó Isabel a vivir con sus padres en lo que en ese momento eran potreros del pueblo de Usaqué. Tenía solo tres meses cuando la cantera donde trabajaban sus padres en Rosales fue cerrada porque el trabajo había terminado. Isabel nació en Bogotá, pero sus padres habían llegado algunos años atrás a la ciudad provenientes de Tunja Boyacá. El trabajo en el campo dejaba de ser llamativo y la capital se estaba convirtiendo en la opción donde los jóvenes campesinos podían progresar. Los padres de Isabel migraron del campo a la ciudad y se instalaron

temporalmente cerca de las zonas de posible trabajo, los cerros orientales, que permitían el trabajo de explotación de roca y material para construcción. En los Rosales había ya un grupo de familias agrupadas que vivían en campamentos temporales, ubicados estratégicamente para que el trabajo de los hombres quedara cerca. Cuenta Isabel que cuando sus padres se fueron para Usaquén lo hicieron en compañía de otras 10 familias, quienes asentaron sus ranchos o campamentos en el sector que actualmente se conoce como Delicias del Carmen.

Ubicarse en esta zona, al igual que lo hicieron en Rosales, les permitía caminar hasta las nuevas canteras para explotar, tener un espacio para ubicar sus pertenencias y tener cerca del trabajo a los hijos pequeños. Hombres y mujeres podían trabajar, y el espacio les permitía tener incluso sus animales y plantas como si estuvieran en el campo. En este lugar creció Isabel, junto a su madre y su padre, pero sin hermanos. El común de la época de tener muchos hijos no se dio en esta familia. Isabel fue hija única, y acompañó a su padre a trabajar en la cantera y a su madre a prepararles los alimentos a los obreros del sector. Entre rocas, arena, materiales, algunos cantos y juegos con sus vecinos creció Isabel conociendo desde muy pequeña la dinámica de la explotación de materiales, y trabajando desde los 10 años formó la fuerza física y su carácter que la identifica.

Belén de Usaquén

En 1951 otra familia llega al mismo sector de campamentos en Usaquén. La familia de Belén logró acceder a un pequeñísimo lote de una de las haciendas ubicadas cerca al cerro. El padre de Belén que venía de Ventaquemada Boyacá y su esposa, de Ubaté Cundinamarca, encontraron un lugar similar a sus lugares de origen. Ellos vivirían en lo que en esta época era una de las veredas de Usaquén. En este pequeño pedazo de tierra hicieron un ranchito de lata y palos de madera, en donde vivieron durante muchos años, con sus 3 hijos que sobrevivieron, de 6 embarazos que tuvo la mamá de Belén. Ella es la hija de la mitad, Carmenza su hermana mayor fue siempre la consentida de la casa, por ser juiciosa en el estudio y Daniel, el menor por ser el hombre también contaba con varios beneficios. Belén nació en Bogotá y cuando tenía un año de edad, llegó a vivir al mismo lugar en donde más adelante construyó su tercera casa.

El rancho donde vivió con sus padres tenía una sola habitación para todos. Para ella esto mostraba la pobreza en la que vivían. Su madre tenía algunos cultivos cerca al campamento, y

cuidaba algunos animales que servían para vender o para la comida del hogar. Era ella quien trabajaba en la cantera separando materiales, pues el padre tenía un trabajo en el acueducto de Bogotá. A pesar de esto, la zona donde habitaban no tenía ningún servicio público. El baño era como en el campo, en los potreros; el agua había que recogerla en el río que bajaba desde la montaña y la cocina funcionaba con leña que los niños tenían que cortar y llevar a los campamentos.

Aurora la hermana cuidadora

La familia de Aurora tuvo una llegada al barrio similar a la de Isabel. Ella llegó a la edad de 6 años en 1953 a la zona. Sus padres quienes trabajaban en la cantera de Rosales, también se trasladaron a Usaqué por cierre de la cantera de la 85. Su familia fue bastante numerosa, ella es la cuarta de dieciocho hermanos. Aurora recuerda con bastante claridad que solamente había tres casas en todo el sector. No había calles, eran fincas pegadas y algunos de los dueños vendieron los lotes pequeños, y otros simplemente dejaron que las personas que iban llegando se apropiaran de la zona. Recuerda que existía una casa en forma de castillo llamado El Bohío, al lado había algunas tiendas, pero eran para las personas que vivían en el pueblo, no para ellos quienes no tenían dinero para comprar.

Aurora vivió en un campamento de lata, cartón, piedra y palos de madera. Era una sola habitación para todos los hijos y los dos padres, quienes trabajaban en la cantera. La mamá de Aurora preparaba también alimentos para los obreros, así que, desde muy pequeña, ella tuvo que ayudarle con el trabajo y con el cuidado de sus hermanos. Al casarse Aurora y su esposo siguieron viviendo en el mismo sector, tomaron en arriendo una parte de otra familia que tenía también un rancho, y allí comenzó a construir su propio campamento.

Georgina la habitante de Unicerros

Tiempo después de la llegada de las tres mujeres anteriores llegó Georgina. Oriunda de Garzón Huila, esta mujer se vino de su pueblo a los 13 años luego de la muerte de su padre. Tenía que ayudar a sostener su familia que se quedaba en el pueblo. Vivió un tiempo en Neiva como interna de una casa de una familia adinerada y reconocida. Fueron sus jefes quienes le propusieron irse para la capital. Le ayudaron a conseguir un trabajo también de interna en casa de unas personas

cercanas. Recuerda que le aconsejaron que fuera buena trabajadora y agradecida para conseguir buenos puestos en la ciudad. En esta historia, fue ella quien tuvo que dejar el campo para progresar en la ciudad, ya que sus padres no pudieron hacerlo. Al ser de las mayores, tenía la responsabilidad de abrirle paso a sus hermanos y apoyar a toda su familia.

En Bogotá llegó a una casa de familia que vivía por el sector de Bella Suiza. Esto fue hacia el año 1973. Ya estaba construido el Pañuelito, había algunas edificaciones nuevas y la ciudad se estaba extendiéndose hacia el norte. Usaquéen ya no era más un municipio, era parte de Bogotá. Georgina vivió en varias casas de familia hasta que conoció a su esposo. Con él se mudó en arriendo a un lote pequeño en el sector de Delicias del Carmen. Armaron su pequeño campamento, hasta que con algunos ahorros lograron comprar un lote propio en la zona de Uniceros. Poco a poco comenzaron a construir su casa, comenzaron por una choza pequeña, igual que el resto, hecho de cartón, latas y plástico. Tenía una habitación y allí nacieron y crecieron sus dos hijos varones, quienes luego estarían involucrados también en la creación de su casa, en la cual vive Georgina hasta ahora.

Historias entre potreros, juegos y Campamentos.

La vereda de Usaquéen quedaba hacia el lado de los cerros orientales y se caracterizaba por tener un bosque lleno de pinos, una quebrada que bajaba desde la montaña y por tener terrenos abiertos y deshabitados. Las familias migrantes que iban llegando al sector tenían dos opciones: Podían llegar a ubicarse en lotes administrados por terratenientes que habían comprado franjas de tierra para explotar o apropiarse poco a poco de terrenos inhabitados que no tenían ningún tipo de control.

La vida del campo se mezclaba con la urbana gracias a la naturaleza existente, los animales que traían los campesinos, los pocos caminos de piedra que formaban los habitantes, y la pobreza de las viviendas temporales que armaban para salvaguardar las pertenencias y estar cerca a sus trabajos, sin luz, agua ni servicio de baños ni alcantarillado. Las viviendas que acostumbramos a reconocer como invasión, o como viviendas tradicionales conformaron durante muchos años los barrios de este sector, en especial Delicias del Carmen. Algunas de estas viviendas existen todavía en algunas cuadras. Al caminar por la zona pueden encontrarse algunas casas construidas con

pedazos de madera y plástico. Es posible que ahora cuenten con servicios públicos, y que el terreno en donde estén asentados sea propio, pero mantiene las características que cuentan Aurora, Isabel, Georgina y Belén, sobre cómo eran los campamentos, chozas, ranchos o casas.



Figura 8. Campamento en el barrio Delicias del Carmen que permanece desde la época de migración (Foto tomada por Pilar Baracaldo marzo 2015)

Isabel, Aurora y Belén se conocieron siendo muy pequeñas, crecieron junto a sus padres en lo que hoy corresponde Delicias del Carmen. Sus historias se cruzan en las formas de sus campamentos o ranchos, pero también en los juegos y trabajos que realizaban juntas.

“No, pues la verdad cómo llegamos acá esto era... como le digo, como le digo yo... como una vereda de un pueblo, sí. Era una vereda de un pueblo porque en esa época, ¿sumercé conoce Usaquéen? allá llamaban el pueblo, o sea, uno de acá decía “me voy pal’ pueblo”. Y el pueblo era Usaquéen. Entonces nosotros cuando llegamos acá esto era todo, todo era monte. Así como arriba en la fundación. Todo eso era monte. Acá va un camino que llamábamos en esa época un camino de

herradura, de solo piedra, o sea destapado, que no... Nosotros llegamos acá, no había luz, no había agua. No había nada, servicios, ni alcantarillado ni nada nada. Era un potrero.” (Fragmento entrevista a Belén, abril 2015)

Algunos potreros y árboles pueden verse todavía desde las ventanas de algunas de las casas, o las esquinas de las cortas cuerdas de los barrios. Isabel, Belén y Aurora recuerdan con mucha emotividad sus caminatas entre el bosque y las piedras que rodaban desde las canteras. Sus campamentos se asemejaban a pequeñísimas fincas, con zonas para andar y jugar.

“nosotros teníamos de todo, vacas, ovejas, gallinas, con mi mamá las cuidábamos pa la olla o para vender, esto era a lo pobre pero bonito, hasta vacas tenían algunas personas. Mi mamá sembraba algunas hortalizas para consumir o para vender en el pueblo. Eso era lo que uno sabía hacer” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Las mujeres tenían que cumplir con tareas similares, que poco a poco se convirtieron en funciones de las mujeres de la comunidad. Ellas tenían que traer el agua de la quebrada que queda justo detrás de La Esperanza. Antes que secara, era la fuente de agua para bañarse, cocinar y lavar su ropa. Tenían que ir a tomar turnos temprano para usar los lavaderos que poco a poco fue acomodando la comunidad para que las mujeres lavaran la ropa. Antes de los lavaderos hicieron unos pozos que eran muy famosos en el sector, para poder tener algo de agua quieta y lavar más fácilmente.

“en ese en ese potrero nosotros lavábamos, sacábamos agua en baldes, ya después... como en la zanja hicimos pozos y ahí íbamos a lavar. Nosotros cargábamos la ropa en costales en tinajas...El Chuzcal pues le pusimos así porque ahí nacía mucha agua y íbamos a lavar... ¡nos vamos a lavar al Chuzcal! Era que decíamos nosotras, y allá nos encontrábamos muchas señoras y nos tomaban la que lavaba primero se venía y nos llevaba tinto a las otras y así, nosotros compartíamos muchas cosas” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

También tenían que cortar la leña y llevarla a sus ranchos. El agua y la leña eran responsabilidad de niños y niñas hasta que ya tenían edad para ir a trabajar en las canteras. Poco a poco fue llegando más gente a los campamentos, los habitantes traían a sus familiares a vivir cerca a sus ranchos, y hacían nuevos para ellos. Las familias comenzaron a ubicarse por sectores y a conocerse unos con otros. Esta es la razón por la que existe un reconocimiento de los habitantes

que para ellos son locales, y esto se mantiene en la actualidad. Las familias fueron llegando poco a poco y comenzaron a extenderse en el territorio. De igual manera los hijos de las familias fundadoras comenzaron a emparentarse entre sí. Aurora y Belén por ejemplo se casaron con dos hermanos, los hermanos Silva. Junto a sus esposos armaron nuevos campamentos, y se fueron organizando hasta conseguir sus propios lotes y más adelante, sus propias casas. Isabel se casó con un hijo de un amigo de sus padres, quienes venían también de la zona Rosales. Desde el parentesco, podríamos llegar a comprender de manera genealógica las formas en que los habitantes del sector de todas las generaciones, han venido construyendo sus familias y a la vez afianzando su tejido social. Para los habitantes de estos barrios es muy claro, que a pesar que en esa época no existían Delicias del Carmen como un barrio, sino como un sector de invasión, éste fue la primera zona habitada las familias que migraron a la zona.

“Yo llegué primero a Delicias porque el barrio principal de acá es delicias. Ya Pañuelito, Esperanza, Unicerros, ya son barrios que han formado, pero el primer barrio... Delicias del Carmen, aunque no todas las casas que hay ahora existieran, delicias era donde vivíamos todos antes, antes del Pañuelito” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

La configuración de barrio y de comunidad no estaba dado por la construcción física o material de las viviendas. Ellos se consideran barrio incluso antes que estos existieran, que se constituyeran legalmente o que llegaran los servicios públicos a la zona. Los barrios existen desde antes que se levantar el primer ladrillo de una casa en los lotes y potreros, no dependen de construcciones físicas ni fijas, los barrios tienen su organización social, económica e incluso política desde el momento en que se comenzaron a dividir las tierras y a recibir a los trabajadores de las canteras con sus familias. Los barrios tienen historias y personajes que le dan vida a estos espacios sociales que lo construyen como barrio y que van incluso más allá de la habitabilidad.

En este punto se hace importante definir Barrio para comprender el abordaje tanto conceptual como metodológico, dentro de este proceso de investigación. El barrio y los barrios son en primer lugar un juego de palabras que lleva a los habitantes del sector a diferenciarse cuando es necesario en cuanto a su procedencia, o a unificarse en un solo barrio cuando se trata de reconocimiento del sector.

En segundo lugar, para este texto el barrio lo constituyen los barrios y su territorio, como espacio social, no estáticos, ni quietos ni fijos. La mirada del concepto barrio para esta investigación corresponde a diferentes espacios que se construyen a partir de sus historias y sus individuos, no es visto únicamente como la construcción funcional de sus viviendas ni a su organización social como estructura. Son múltiples espacios que se narran desde el pasado y vuelven al presente para analizar procesos sociales que se desarrollan bajo diferentes temporalidades. De esta manera el barrio es una forma de organización en tiempo y espacio referente a la ciudad, en el que se resalta una transición entre los espacios sociales y las estructuras físicas que lo conforman. Esta transición da lugar a procesos sociales, económicos, políticos y culturales, contruidos en la cotidianidad de sus habitantes. (Márquez, 2009).

Tomaré el concepto propuesto por (Lefebvre, 1976). Para él, el barrio está conformado por tejido humano en función de diferentes elementos de ciudad, donde convergen espacios y tiempos sociales con diferentes estructuras de poder político, nacionales, locales e históricos que le dan sentido a un espacio urbano a quienes habitan allí bajo una dinámica de relaciones de vecindad y de parentesco. En este texto como lo propone (De Certeau, 1996) el barrio se construye desde la cotidianidad de sus habitantes y desde sus historias. Se refleja en la forma en que se narran, recorren y habitan los espacios que han sido contruidos y reconocidos como propios.

La construcción de los barrios constituye también la creación de una serie de prácticas de socialización, pero también de supervivencia y organización, como lo he narrado hasta el momento. Las funciones de hombres, mujeres, niños y niñas se dieron a partir de unas características físicas y sociales de la época. Estas prácticas se transformaron para dar sentido e identidad a lo que son hoy, como barrios y como los habitantes de la montaña.

El sueño de tener casa propia, el pañuelito

“Tener casa propia es asegurar el futuro, es tener en donde caerse muerto, es saber que al menos uno tiene algo que es de uno” “los jóvenes ya no se preocupan por lo importante, por tener una casa propia” “es mejor pagar lo que es de uno y no pagarles a otros” Este tipo de frases que escuchamos en la cotidianidad en las conversaciones generalmente de adultos, configuran gran

parte de las historias de las mujeres de este trabajo. Tener una casa propia (o un apartamento) significa progreso y seguridad, es además un requisito de estatus social y de bienestar.

En la historia de los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen y Unicerros, tener una casa fue y sigue siendo un sueño. Isabel y Belén aparte de ser vecinas y amigas, emprendieron el proyecto de construir su casa en el primer barrio constituido legalmente y autoconstruido en la vereda de Usaqué: “El Pañuelito”.

La casa de los padres de Isabel quedaba en lo que es ahora Delicias del Carmen, esta casa se acabó con la muerte de su padre. Isabel conoció desde muy pequeña la vida de las canteras y de la construcción. Ella trabajaba con sus padres algunas veces escogiendo material o ayudando a triturarlo. Fue en este mundo donde desde muy pequeña conoció a su esposo Jesús. Los padres de ambos se conocían desde que trabajaban en Rosales, ambas familias se trasladaron al sector de delicias a vivir en sus ranchos por muchos años.

“El rancho se cayó, se murieron los animales unos burros y gallinas que teníamos, nosotros éramos canteros, pero yo nunca había trabajado en nada más, entonces le ayudé a mi mamá hasta que me fui de la casa con mi marido como a los 16 años”.
(Fragmento entrevista a Isabel, 2015)

Isabel vivió en Delicias hasta que se fue a vivir con su esposo, quien ya se había independizado y tenía rentada una pieza en uno de los ranchos. Jesús ya había trabajado en una de las canteras y en ese momento era conductor de volquetas, transportaba materiales de construcción, así que ya tenían algo de dinero para comenzar a rentar y negociar algunos lotes en la zona, así que juntos levantaron poco a poco su rancho. Los hombres que manejaban las volquetas eran quienes ganaban más dinero; ser volquetero era el trabajo de la generación que iba a progresar, generalmente lo ocupaban los hijos de los campesinos que migraron, como Jesús. El trabajo ya no era para terratenientes sino para los dueños de las volquetas y las constructoras. Jesús levantó las paredes de su rancho con madera, puso tablas para el piso e Isabel se encargó de toda la organización interna del rancho. Acomodó algunas camas, consiguió muebles de las casas donde trabajaba en servicio doméstico y decoró su nuevo hogar.

Belén también vivió con sus padres en un rancho en la zona de Delicias, hasta que decidió irse a vivir con su esposo Antonio. Ella trabajó desde muy pequeña como interna doméstica en

casas de familias adineradas en el pueblo de Usaqué. Siendo una niña, aprendió a ser una mujer aseada y emprendedora, desde esta época quiso empezar a construir su propia casa y a organizarla según ella, “con clase y bien bonita”. Belén le propuso a sus padres comenzar a construir su casa familiar en Delicias. Consiguió material para hacer el piso, montar algunas puertas y formar un baño. En este lote que ya había formalizado su padre como propio, Belén comenzó a desarrollar sus habilidades para la construcción y para la decoración.

“Los fines de semana uno venía era ayudar a la casa. Y como ya pues ya teníamos el lote armamos nuestra casita. En esa época se usaba una tabla... bueno en ese tiempo se le decía tabla burra. Una cosa, una tabla ancha. Y eso era el piso. No la dejábamos en tierra, porque antes vivíamos en lo que era la tierra. Entonces cuando ya hicimos la casita eso pusieron unos palos y encima clavarón las tablas, entonces eso ya quedó con tabla. Y las paredes en cemento, pero entonces pues ya se veía más bonito, no se veía como el campamento que teníamos” (Fragmento entrevista a Belén, 2015)

Isabel y Belén vivieron en algunos ranchos durante su vida de casadas, alquilaban pedazos de tierra y levantaban sus propios campamentos, o los armaban en el terreno de sus padres o de sus suegros, quienes los apoyaban mientras ellos conseguían dinero para sus propios lotes. Con el sueño de tener casa propia, pero sobretodo “una casa de verdad de paredes puertas y ventanas” (Isabel, junio 2015), estas mujeres ahorraron algo de plata que se ganaban en sus trabajos, guardaron otra parte para que sus esposos no se bebieran todo el producido de la semana, y buscaron oportunidades para comenzar a construir. Fue así como en el año 1972 surgió un nuevo proyecto de vivienda en la zona. Ante la necesidad que existía en el sector de construir viviendas formales y de mejorar la calidad de las casas de los habitantes del sector, el sacerdote de Usaqué, junto con algunos líderes que iban surgiendo en la comunidad logró conseguir el apoyo del Instituto de Crédito Territorial para construir un nuevo barrio. El Proyecto de autoconstrucción *El Pañuelito* se convirtió en la oportunidad de cumplir su sueño de tener su casa propia.

“Un padre que se llamaba el padre León hizo un convenio con el instituto de crédito, de crédito territorial y él compró digamos lo que es el pañuelito. Solamente el pañuelito, no Uniceros ni la Esperanza. Solo lo que es el pañuelito que es de acá hasta arriba donde... Entonces él compró este terreno y él venía casa por casa, digamos nosotros vivíamos... ya yo ya me había casado. Ya tenía mi hijo. Y él vino y nos dijo que, si nosotros queríamos que nos dieran una casa, pero teníamos que trabajar los fines de semana. O sea, ellos nos vendían el lote y el Instituto de crédito hacia las casas, pero nosotros teníamos que trabajar los fines de semana haciendo

las casas. Entonces nosotros ¡claro! la mayoría pues no teníamos casa. Teníamos la casa de nuestros papás, pero ... entonces dijimos que sí que si queríamos. Y él con el instituto loteó y a cada persona, no, loteó todo, todo. Todos trabajamos los fines de semana...” (Fragmento entrevista a Belen, 2015)

Según, (Urrutia & Namen, 2011) el Instituto de Crédito Territorial surgió en Colombia en 1973³ en respuesta a una necesidad específica que tenían los habitantes de Bogotá, el déficit de viviendas habitables en sectores populares o de estrato socioeconómico bajo. La solución que ofrecían era comprar los terrenos que generalmente estaban invadidos, y venderlos a las familias bajo la figura de préstamo con bajos intereses, donde además tenían la oportunidad de construir sus casas, de legalizar sus predios y de adquirir servicios públicos. Hasta el año 1991 construyeron más de doscientas mil viviendas en Bogotá, incluidas las de los Barrios Pañuelito y La Esperanza en el sector de Usaquén.

“Y llegó del Instituto y eso fue rapidito, a los quince días yo me acuerdo, dijo: tal día los necesito reunidos en la parte de arriba, la parte de arriba es más o menos donde es el salón, donde nos reunimos, y nos bajamos y yo le dije a mi marido, ay eso es gente que viene a recoger votos para las votaciones, eso son pendejadas, que va a hacer por allá, pero yo le dije que iba a ver qué era lo que iban a decir, dijo vaya porque para lambona si la tienen, como decimos nosotros, me echo primero la vaciada. Yo me levanté temprano ese día, hice el almuerzo... hice el desayuno pa los chinos y nos bajamos, y yo vi que todo el mundo estaba animado, los unos con machete, los otros con pica no sé qué...” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

El sueño de tener casa propia se hacía realidad gracias a las nuevas formas de crédito hipotecario que se estaban creando a nivel nacional, pero también a la posibilidad que tenían de conseguir material de construcción a precios económicos, a movilizar materiales de las canteras que quedaban casi listas, y a la organización de la comunidad que era liderada por la trabajadora social del Instituto de crédito y del padre León. Las casas fueron construidas por ellos mismos, es a esto a lo que le denominan proyectos de autoconstrucción, con el apoyo y guía de profesionales del Instituto quienes propusieron la arquitectura tanto de las casas como de las cuadras del barrio.

³ Instituto de Crédito Territorial se transforma en el conocido Instituto Nacional de Vivienda de Interés social y Reforma Urbana (Inurbe) a partir de la reforma nacional de inversión hipotecaria de forma subsidiada

“todos trabajamos los fines de semana, ahí trabajábamos señoras, señores en autoconstrucción. Ya cuando estuvieron las casas hicieron un sorteo y el que nos tocara la casa numero tal, esa era su casa. Eso iba por núcleos a nosotros por ejemplo nos tocó en la mitad del 12” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015).

Hacer parte del proyecto del Pañuelito significó para sus habitantes una oportunidad de progreso y de estabilidad que estaban buscando por años. Con esta construcción llegaron al sector los servicios públicos, las cocinas, los muros de ladrillo, las calles de pavimento y la organización comunitaria. Crearon la junta de acción comunal para comunicarse formalmente las decisiones que a todos les interesaban. Comenzaron a tener también acceso a beneficios formales de salud como el Hospital de Usaqué, debido también a la nueva organización que adquiría el pueblo de Usaqué, haciendo parte de la ciudad. Aun así, el Pañuelito seguía siendo un barrio de gente pobre, ubicado en estratos sociales bajos y con grandes necesidades sociales y económicas.

Delicias y su Virgen del Carmen

Mientras se generaban los proyectos de autoconstrucción, como la Pañuelito, y muy pronto el barrio la Esperanza, Delicias del Carmen también iba adquiriendo más formalidad en torno a su organización y su legalización. Los dueños de lotes y de haciendas aumentaron las ventas y las cesiones de terrenos a quienes habitaban por muchos años este sector. Las familias iban creciendo, no solo por la migración de quienes quedaban en el campo, sino por la aparición de nuevas generaciones.

Hacia los años sesenta, ellos eran una comunidad que se unía para las fiestas de la virgen del Carmen, los matrimonios y las fiestas familiares, a pesar que no hacían parte todavía de la ciudad, ni contaban con los servicios básicos, pues estas zonas de invasión no contaban con ningún proceso de legalización, ni los lotes a pesar que eran negociados, rentados y prestados no eran legalmente propios.

“Las delicias del Carmen, detrás de la calle 127C con 6ª, es el barrio de los volqueteros. Detrás de los imponentes edificios sobre la séptima, a la altura de la

calle 127, se esconde un grupo de casas que lleva 83 años bajo el nombre de las Delicias del Carmen”⁴ (Sánchez, 2008)

Así titula una crónica publicada en el Diario el Tiempo en el año 2008, donde narran en pocas palabras la Historia del Barrio contada desde una habitante de Delicias.

“Las casas han pertenecido siempre a las familias que con esfuerzo compraron su lote y fueron construyendo su vivienda...El barrio lleva el nombre de su patrona, la Virgen del Carmen, la misma a la que cada año el 16 de julio le celebran su día con un desfile: las volquetas recorren la sétima adornadas con bombas y cintas... la iglesia, las calles y hasta los servicios públicos llegaron a este cerro gracias a la lucha de miles de habitantes que a diario se dan a la tarea de cuidar, mejorar y embellecer su espacio” (Sánchez, 2008)

El barrio Delicias si bien no contó con una planeación urbana como los demás barrios cercanos, tenía un antecedente muy importante y era que sus habitantes ya hacían parte de un barrio reconocido, que había se había construido a partir de diferentes prácticas sociales y religiosas. Este tipo de procesos los caracterizaban como las personas de las canteras, o los volqueteros, extendiéndose incluso a los habitantes de los barrios nuevos, quienes, como Belén e Isabel, eran personas que habitaban y trabajaban en la zona desde años atrás.

Una vez Delicias del Carmen logró crear su junta de acción comunal, consiguieron sus servicios públicos, vías de acceso pavimentadas, instituciones educativas y el desarrollo local de su territorio. La forma de construir sus casas en Delicias se daba de una forma más independiente que la del Pañuelito. Aurora es todavía una habitante de Delicias, ella no ha salido de este barrio nunca y menciona con mucha seguridad que morirá en estas cuadras, preferiblemente en su casa. Aurora se fue a vivir con su esposo Luis, siendo todavía una adolescente. Durante algún tiempo vivió en terrenos de sus suegros, quienes cuidaron de ella mientras su primer embarazo, pero los problemas de convivencia los llevó a mudarse rápidamente a un lote cercano al que vive actualmente. Luis trabajó en las canteras antes de ser conductor de volquetas, y logró conseguir su primer lote a punta de trabajo y negociaciones con su jefe.

“Nosotros pagamos arriendo después de casados, pagamos dos años de arriendo y ya cuando hicimos un campamentico aquí en la otra casa, donde es la otra casa, pero arriba, por aquí arriba el campamento en guadua y el piso era en tabla que llaman esos tablones. Después pudimos hacernos a un pedazo de casa, el señor que nos vendió se llamaba Carlos Ayala que era el dueño de todo esto hasta

⁴ Artículo de Diario El Tiempo. Redactora Lina Sánchez Alvarado año 2008. Crónica sobre Barrio Delicias del Carmen.

las lomas por allá. Él tenía mucho terreno del... él vendió del de lo que es de la... de la iglesia pa 'arriba se puede decir. Toda esta zona él era dueño de esto él nos vendió el lote en 25 pesos y se lo y se lo descontaban a mi marido como de a 5 pesos o de a 2.50. Hay yo no me acuerdo. (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Isabel y su familia vivieron en el Pañuelito por 15 años más, 6 de ellos pagando su deuda como el resto de sus vecinos. Esta fue una oportunidad no solo para tener por fin su casa, sino para aprender un poco sobre negocios. El trabajo de su esposo Jesús con las volquetas y el de ella como aseadora de casas y edificios permitieron que sus ingresos aumentaran, para construir una casa nueva, esta vez con espacios más grandes y con autonomía incluso para crear el diseño y conseguir por si mismos los materiales de construcción. Belén también volvió a Delicias, y continúa viviendo allí. Su madre la había prometido que si su esposo (a quien ella no quería) le daba una casa, ella heredaría una parte de su tan cuidado lote en Delicias. Como Antonio cumplió, Belén heredó el lote de la casa de sus padres junto a sus hermanos, y fue lo suficiente para que los tres construyeran las casas donde viven actualmente.

De esta misma forma Aurora construyó junto a su esposo sus otras dos casas. Una es para sus hijos y la otra es donde ella vive hace algunos años. Los esposos de estas tres mujeres preferían vivir en Delicias del Carmen debido a sus amigos y familiares quienes vivían allí, pues si bien el Pañuelito queda a unas pocas cuadras, sentían que su espacio social estaba siendo afectado por la cercanía de las casas nuevas y su pequeño tamaño. Con la llegada de las volquetas a su vida, sus ingresos mejoraron notablemente y esto les permitía volver a Delicias con mayor independencia y estatus social.

Pero aparte de esta búsqueda de progreso, había unos elementos comunitarios importantes que hacían parte de la vida en Delicias. En el barrio ya eran famosas las fiestas de la Virgen del Carmen, los bazares y las fiestas para la recolección de fondos y las tardes de trago de los hombres, en especial de los conductores de las volquetas quienes eran los que tenían dinero en el sector. Si bien las cuadras entre los barrios son muy cercanas, ser del Pañuelito implicaba perderse estos rituales, prácticas y jerarquías sociales. Volver a Delicias era hacer parte del barrio “auténtico”, el barrio de los volqueteros, y era el lugar en donde la socialización junto a los tragos volvía a hacer parte de su cotidianidad.

Unicerros el barrio fino

Era 1973 cuando Georgina llegaba a la zona, primero a trabajar en Bella Suiza y luego a buscar una piecita donde vivir. Estaban comenzando las construcciones del barrio bonito, el Pañuelito. Delicias estaba en pleno proceso de construcción y desarrollo, había casas y campamentos sobre todo hacia la parte de la montaña. Todavía había muchos ranchos que resultaban económicos para ella y su esposo, con quien acababa formar un hogar esperando su primer bebé. Luego de ser interna por varios años en casas lujosas, tuvo la oportunidad de trabajar en una empresa de materiales como aseadora y cocinera. Durante este tiempo conoció a Carlos, el padre de sus dos hijos. Por casi 10 años vivieron en Delicias del Carmen hasta que una tarde, uno de los líderes de un nuevo proyecto los visitó en su rancho para proponerles la construcción de un nuevo Barrio. Un grupo de habitantes de Delicias del Carmen que incluían algunos de los que hoy soy del grupo adulto mayor, y sus hijos mayores, se organizaron en búsqueda de ayudas para un nuevo proyecto de autoconstrucción.

“Unicerros se fue construyendo por núcleos, Los primeros núcleos que se construyeron fue el de aquí atrás, este, después las casitas de las de arriba, después siguió pasando el parque, las otras.

Acá era como cada uno pudiera. Eso nos ubicaron a cada uno el lote y entonces el que tuviera más platica pues levantaba más rápido. Y nosotros como no teníamos nos tocaba con despacio. El lote lo compramos todos, los mismos socios le compramos al Don Gabriel Ayala que era el señor de estas Fincas... Entonces cuando se inició el plan, entonces se hablaron de comprar 2 fanegadas y media para hacer 100 casas. Y entonces sí, se logró concretar el plan y se fueron ubicando las personas que quisieran ingresar al plan tenían que aportar en ese tiempo... ¿cuánto era? 25... \$25.000.” (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015)

A diferencia de los otros proyectos, Unicerros fue construido bajo la guía arquitectónica de la Universidad Gran Colombia, pero con el dinero que cada grupo familiar fuera metiendo poco a poco a la construcción de su casa, de manera independiente. Fue un proyecto de 105 casas que comenzó en 1981, benefició a un gran número de personas que buscaban tener mejores condiciones de vida, sin alejarse de su conocido sector.

“Nosotros duramos...Usshh muchos años, ¿cierto Rafael? Muchísimos años. Como... que le digo... más de diez años. Porque esto fue un plan no por ningún instituto ni tuvimos el apoyo de nadie. Eso fue el apoyo de nosotros mismos. Porque

esto fue un plan por autoconstrucción... por eso siguen sin terminar esas paredes (jajaja)”. (Fragmento entrevista a Georgina, 2015)

Georgina construyó junto a su esposo la casa que todavía se encuentra en obra gris, con los ahorros que lograban reunir año tras año. Fue también su gran sueño, tener la casa propia en donde crecerían sus hijos y donde esperarían pasar sus últimos días. La dedicación y el amor con que hablan de su casa son muy similares al resto de los habitantes de estos barrios quienes construyeron “con sus manos y sin máquinas” sus casas y las calles por donde transitan.

“Unicerros es un nombre que “fue tomado teniendo en cuenta aspectos como su ubicación y la unión y solidaridad que había dentro del grupo, pues se trata de un barrio que está ubicado en medio de dos (2) cerros y la unión de sus vecinos, por estas dos situaciones se toma la partícula UNI y su segunda palabra CERROS, tomada de dos cerros que rodean el barrio” (Gomez, s.f.)⁵

A diferencia de los demás barrios del sector, Unicerros tiene una organización física diferente. La asesoría arquitectónica con la que contaron hizo que sus cuadras fueran lineales, algunas fachadas fueran homogéneas y que contaran con espacios sociales más amplios e independientes a los otros barrios. Estas características, sumadas a la historia de construcción sin beneficios ni apoyos económicos, hicieron que las personas que habitaran el barrio representaran un progreso adicional al del resto de la comunidad. Es por esto que los habitantes de la zona se refieren a los de Unicerros como los “ricos” o los “finos” del sector. En las actividades que realizan en el Grupo Adulto Mayor, el barrio de procedencia hace que los grupos de trabajo se dividan, pero también se genere una categorización social diferente. “Los de Unicerros son los que tienen plata”. Ante este tipo de comentarios Georgina se defiende afirmando que su casa es igual de humilde al resto, pero que lo que la gente le tiene es envidia, porque ella no tuvo que ir a lavar la ropa al río como si les tocó a las demás, pero que igual que el resto, ella también echo pala y cargó piedra para construir su casa. A pesar de querer mostrarse igual a sus compañeras, ella reconoce

⁵ Gómez hace parte actualmente de la junta de acción comunal del barrio Unicerros. Por iniciativa propia recopiló algunas versiones y actas de creación del proyecto para generar un documento o informe sobre el proceso. Él nos comentó que había perdido el documento, y lo hallamos en la biblioteca Luis Ángel Arango, sin ningún proceso de publicación adelantada. Es incluido como fuente documental.

con orgullo que en su barrio las casas son más bonitas y más grandes, y que tal vez esto la diferencia a ella de las demás compañeras del grupo.

Los barrios de la montaña en la actualidad

Con el pasar de los años, tanto la infraestructura de las casas, como la cercanía de sus habitantes se han transformado. El Pañuelito continúa teniendo sus tradicionales casas, pero gran parte de ellas ha sido modificada. Las cuadras no se ven tan homogéneas como quedaron en el 75. Las nuevas formas de construcción de las ciudades han hecho que los tres barrios implementaran la construcción de tipo vertical. En cuadrantes tan pequeños están construyendo hacia arriba varios pisos con viviendas separadas, a modo de apartamentos.

Esto ha tenido la utilidad de ubicar a los hijos y nietos de los fundadores de los barrios en estas casas y tratar de mantener la unión que los caracteriza. Pero a su vez ha generado apertura a personas de fuera. Los barrios de la montaña ya no albergan solamente a los volqueteros y a sus familias, bajo la dinámica económica de la renta, los barrios ya reciben inmigrantes de todas las zonas del país, de diferentes familias sin que sean conocidas previamente y esto ha permitido que se diversifique la población. Algunas casas han sido adaptadas para negocios, iglesias, salas de reunión, entre otro tipo de ideas de comercio formal o informal.

Delicias del Carmen tiene una gran diversidad de colores, formas e inclinaciones en sus casas. Es el barrio más grande y también más difícil de definir porque está en constante crecimiento, tanto vertical como horizontalmente.

Unicerros tiene varios intrusos, al igual que el resto de los barrios. Algunos de estos son más evidentes por el cambio de fachadas y el crecimiento vertical que han tenido sus casas, que ahora también son edificios. Han cerrado algunas de las terrazas que las caracterizaban.

Cada barrio cuenta con su junta de acción comunal. Estos procesos directivos se ven fuertemente afectados en tiempos de elecciones como las que acabamos de vivir. Se mueven diferentes intereses e intenciones, que generan conflicto y tensión en los habitantes que continúan comprometidos con sus barrios. Tienen bastantes preocupaciones alrededor de sus sectores vulnerables: por un lado, sus habitantes, las juntas de acción comunal se reúnen para plantear y proponer diferentes actividades con los adultos mayores y con los jóvenes que se encuentran en riesgo de consumo de drogas. Por otro lado, les preocupa la seguridad de sus zonas verdes. Los

bosques que existían en la época de migración cada vez se reducen más, pero lo más grave para ellos, es que ya no se puede caminar por estos lugares porque son focos de inseguridad que reúne a jóvenes vagos.

El otro elemento que mantiene las disputas y las reuniones de los líderes es la relación que tienen con las personas de los estratos sociales altos, más precisamente sus constructores. Desde hace algunos años hay rumores sobre la declaración de reserva natural de los Bosques que quedan detrás de las viviendas. Esto significa que los habitantes de la zona tendrían que desalojar sus casas que construyeron con tanto esfuerzo y no tendrían a donde ir. Entre tanto, otro bando de rumores dice que todo esto lo hacen las constructoras de proyectos de vivienda de estratos sociales altos, que buscan ganar más terrenos para la construcción de apartamentos, como ha ido sucediendo con las viviendas que quedan hacia la séptima. Para el apoyo de todos estos conflictos cuentan con diferentes instituciones educativas, sin ánimo de lucro, otras con ánimo de lucro, organizaciones gubernamentales, alcaldía local, que buscan generar procesos de “comunidad” para solucionar los problemas de sus habitantes.

Bajo estas dinámicas sociales, que son también nacionales, locales y en general estructurales, los habitantes mayores de los barrios se reinventan diferentes formas de sobrevivir, de permanecer y de contagiar a las nuevas generaciones, sobre cuidado que deben tener por los barrios de la montaña. Son habitantes, ciudadanos, fundadores, pioneros y agentes políticos y sociales. Son también núcleos fundamentales en la construcción de sus familias y del crecimiento de la población en el sector. Tienen sus propias formas de parentesco, de organización familiar y social que se acerca a los modelos de familia correspondientes a las épocas de la historia.

Capítulo 2

Mujeres, familia y matrimonio

Ser mujer es construir una familia

“La mujer sabia edifica su casa, eso hice, fui una mujer sabia y a pesar de todo, nunca desbaraté mi hogar” (Belén, junio 2015)

Cuando estaba en los preparativos de mi boda, varios familiares y conocidos nos hicieron a mi esposo y a mí, comentarios sobre lo fundamental que es la mujer en el matrimonio, y se referían a que la responsabilidad de tener una familia exitosa recae enfáticamente en la esposa. Algunos de los comentarios que recuerdo, además porque son frases resonantes en nuestra cultura son: – *“Por experiencia le digo, hágale caso a su mujer, en últimas ellas siempre tienen la razón.”* – *“la familia la hace la mujer”* – *“el día del matrimonio es el día de ellas, hay que dejarlas que hagan lo que ellas quieran”*. – *“el hombre va y vuelve, pero si la mujer no está ahí, la familia se acaba”*. – *“detrás de un gran hombre siempre habrá una gran mujer”* – *“la familia es la mujer”* (Diario de campo abril 2015)

Este tipo de frases que suenan a consejos para un buen matrimonio, son vistas como las instrucciones para quienes van a formar una familia. Pero más allá de los consejos y exigencias muestran la resistencia que tienen algunos sectores de la sociedad ante los procesos de transformación de la familia y de los roles hombres y mujeres en este espacio. Estas transformaciones han sido estudiadas desde diversos enfoques y disciplinas y sigue siendo uno de los temas de análisis para grupos académicos, religiosos y agendas nacionales, son además debates de enfoques como el feminista donde se cuestionan las visiones tradicionales de división de sexo binarias dadas por lo biológico, que ubican lo femenino en el escenario de la familia y al hombre en el laboral (Rivas & Gonzales, 2009; Palacio, 2009; Puyana & Ramirez, 2007).

Si bien las mujeres en la actualidad podemos aparecer en todos los espacios de la sociedad como la academia, la política, trabajos incluso masculinos, pareciera que prototípicamente nuestra principal responsabilidad siguiera siendo la familia, en especial si en ésta hay hijos. Los discursos tradicionales sobre la familia permanecen como leyes para muchas personas, en especial como cuestionamiento de las mujeres mayores hacia las generaciones jóvenes en los barrios.

Estas frases a las que hago referencia, hacen parte de las conversaciones con las mujeres de mayores de los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen y Unicerros durante las entrevistas, pero también en la cotidianidad. En varias ocasiones, así como sucede en mis espacios de socialización con otras personas, estas mujeres me cuestionaron las razones por las que a mis 30 años no tenía hijos, pues para ellas no estoy cumpliendo con los ideales de la mujer ni con mi función en la sociedad. – *“profe y usted cuando va a empezar, ya es hora, le quedan 5 años para tener sus hijos, uno no puede ser egoísta, con la vida, para eso Dios nos dio ese privilegio”* (Diario de campo septiembre 2015). Este mensaje me lo ha dado varias veces Isabel, quien reconoce que sus hijos son lo más importante en su vida y su logro principal - *“lo mejor de ser mujer, tener uno su familia”* (Diario de campo septiembre 2015). No solamente son las palabras de Isabel, sino de las mujeres del grupo adulto mayor, que se pronuncian en celebraciones como la del día de la familia, el día de la madre o en las conversaciones informales.

Existe una devoción y entrega por lo que para ellas es lo más valioso: su familia. Es uno de sus grandes logros, una meta que se pusieron desde niñas y que construyeron con lágrimas, peleas, poco dinero y mucho sacrificio. En la actualidad la familia para estas mujeres es su fruto más grande, su posesión más preciada y sigue siendo su responsabilidad más importante y su prioridad. Ellas son esposas, madres, abuelas, bisabuelas, hermanas, tías, cuñadas, madrinas y vecinas. Todos estos roles bajo las relaciones de parentesco, y familismo que crearon con los habitantes de los barrios.

Isabel, Belén, Aurora y Georgina construyeron sus familias casi con el mismo sacrificio que construyeron sus casas. Las historias de estos procesos están tejidas con una categoría que profundizaré más adelante que es *“ser alguien en la vida”*: Tener una familia, un esposo que fuera solo de ellas, unos hijos que tuvieran lo que les faltó en su niñez y vivir en un lugar propio, hacen parte de la necesidad de reconocimiento y superación ante sus padres, vecinos y, sobre todo, ante su descendencia. Ser mujer implica como función principal, ser esposa y ser madre, que lucha todos los días por salir adelante.

Para analizar la construcción de los significados de ser mujer desde la vejez, es esencial profundizar en las historias de vida de las participantes sobre sus experiencias en el amor y desamor.

Entre vecinos más me arrimo

Las familias de origen de Isabel, Belén, Aurora y Georgina (es decir las conformadas por padres y hermanos) fueron familias tradicionales. Este concepto fue trabajado por (Palacio, 2009) en su texto “Los cambios y las transformaciones en la familia, una paradoja entre lo sólido y lo líquido” refiere a familia conformada desde los valores religiosos, comúnmente con numerosa cantidad de hijos y de orden patriarcal, criadas bajo los parámetros y valores morales de la religión católica. En este sentido, los padres de estas mujeres fueron migrantes de pequeños pueblos de los departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Huila. Estos lugares de origen son comunes, en la mayoría de las familias fundadoras de los barrios, en especial la región Cundi-boyacense. La antropóloga e historiadora María Victoria Uribe en su libro *Hilando Fino* (2015), dio una descripción de las familias campesinas que llegaban a las ciudades en la década de los cuarenta en Colombia. Esta descripción se acerca a lo que yo puedo imaginarme que eran estas mujeres y sus familias, a partir de sus narraciones y de los parámetros de ruralidad y urbanidad propios del sector en aquella época. Las familias que llegaban a Bogotá eran de origen rural, estructuradas bajo las creencias religiosas no cuestionables, que se heredaban e imponían por generaciones; la pobreza y la precariedad llevaba a que los niños y en especial las niñas trabajaran en actividades pesadas y se mantuvieran en espacios domésticos, donde generalmente se presentaban episodios de golpes y abusos frecuentes. (Uribe-Alarcón, 2015).

Fue preciso en esta época cuando los padres de estas mujeres fueron personas que migraron de sus regiones para formar un mejor futuro en la ciudad, y se ubicaron donde las oportunidades laborales les facilitaban instalarse temporalmente. Trabajaban en las canteras del sector rural en ese momento de Bogotá, lo que corresponde hoy al norte de la ciudad. Generalmente tenían una gran cantidad de hijos, como era común en las familias con estas características y desde muy pequeños los involucraban en las labores diarias de sostenimiento familiar; a las mujeres en labores del hogar y a los hombres en trabajos con piedra en las canteras. A este tipo de familias grandes se les denomina familias tradicionales patriarcales, que son lideradas generalmente por el padre o por uno de los hermanos o tíos mayores (Pachón, 2007). Durante la migración hacia Bogotá, se trasladaban familias completas y poco a poco iban trayendo al resto de parientes cercanos en la búsqueda de mejores condiciones sociales y económicas para todos (Uribe-Alarcón, 2015). Pero también había familias como las de Belén o Isabel, con pocos hijos, en donde

permanecía la unión marital. Esta tipología corresponde a la de familias nucleares, caracterizadas por un hombre unido en matrimonio a una mujer, con el objetivo fundamental de procrear hijos, y hacerlo de forma independiente a los padres (Fox, 1985). En Colombia las familias patriarcales se ubicaban más en zonas rurales o en estratos altos y medios de las urbes y se convirtieron en el modelo de familia por excelencia; mientras que las familias nucleares se concentraban en los sectores populares, especialmente en las periferias de las urbes. (Rodríguez, 2004).

Las vecinas Aurora, Isabel y Belén vivieron con sus familias de origen hasta que decidieron irse de la casa a construir su propio hogar. Junto a sus hombres buscaban “*salir adelante*” de las condiciones de pobreza y crecer de la mano del amor de sus vidas. Las características ideales de las familias de la época, las describe Pachón, (2007) en el análisis que hace sobre la historia de las familias en Colombia en el siglo XX. La familia nuclear la define como la relación de pareja construida bajo el modelo de la Sagrada Familia, con un matrimonio constituido por la Iglesia Católica, necesariamente para tener hijos legítimos y con roles definidos para hombres y mujeres de forma radicalmente diferente. Las mujeres deberían ejercer su función principal de madre en el hogar, bajo el cuidado de sus hijos, y “la obligación de la administración del hogar con austeridad, sencillez, orden y aseo” (Pachón, 2007: 148); y los hombres ocuparían los espacios públicos del trabajo y la sociedad. Este tipo de familia se veían en sectores sociales adinerados, era la tipología reconocida socialmente como válida y libre de pecado, por lo tanto, se convertía en el ideal de las niñas y las jóvenes de la época, como el símbolo del progreso o del “salir adelante”.

Para las mujeres del barrio era su sueño construir una familia siendo jóvenes, con el hombre que se habían enamorado desde que eran niñas, tener hijos con ellos, en una casa propia en donde las condiciones fueran dignas. Casarse y ser madres a una corta edad era una característica de las familias incluso desde las épocas de la colonia, y se mantuvo hasta mediados de siglo XX. Al igual que en Colombia, en México en los años 20 y los años 40 las mujeres de origen rural se casaban entre los 14 a 20 años de edad, reduciendo así la etapa de la soltería notablemente en comparación con la de los hombres. (Arias, 2015)

Para profundizar un poco en el análisis contextual de la época en el que estas mujeres comenzaron a desarrollar su rol de madres en su familia, es importante acudir a la obra Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la estructura de la familia colombiana. Sus hallazgos son muy

importantes para entender diferentes prácticas y significados de la mujer en la familia y en la sociedad, por esta razón la citaré en varios apartados de este texto. Como parte de la caracterización de las familias patriarcales de los sectores populares, Gutiérrez de Pineda presentó el estimado de las edades ideales para hombres y mujeres, en donde se mantiene el criterio de juventud en ambos sexos, pero especialmente en las mujeres. Es en función de la procreación que la mujer se casaba más joven que el hombre, en especial en sectores sociales bajos. En estos sectores la edad para casarse era entre los 19 y 20 años para la mujer y para el hombre entre 25 y 26 años. De esta forma se aseguraba que la mujer pudiera estar más tiempo ejerciendo su rol de madre y su naturaleza pudiera darle el tiempo suficiente para tener la cantidad de hijos necesaria antes de la madurez. (Gutiérrez de Pineda, 1976).

Gutiérrez, también presenta datos que sustentan la forma en que las personas de estratos sociales bajos conseguían su pareja. La opción era generalmente los parientes cercanos o personas que vivieran cerca del lugar de vivienda, como un criterio que favorecía las alianzas de parentesco en pro de conseguir apoyo para el cuidado de las familias y el ascenso social (Gutiérrez de Pineda, 1976). Estos criterios vienen desde las sociedades coloniales, pero se mantienen en el siglo XX en algunos sectores de la sociedad, especialmente en escenarios de migración, como estrategia para mejorar recursos económicos. (Gutiérrez de Pineda, 1975; Estrada Iguíniz & Molina del Villar, 2015; Arias, 2015).

De esta forma se daban las alianzas en los barrios de la montaña durante la construcción de las viviendas: los hijos de las familias migrantes emparentaban entre ellos, algunos primos o familiares en primer y segundo grado, pero en general vecinos de toda la vida. Las familias se conocían con mucho tiempo de anticipación a las uniones de los jóvenes del sector y de allí surgían de amor y desamor entre los jóvenes de la época. Dispuestas a construir sus propias familias, ellas se fueron de sus casas, de sus familias, junto a quienes fueron sus vecinos y con quienes solían jugar en los prados de la montaña... Isabel conoció a su esposo desde muy pequeña, tanto su familia como la de Jesús llegaron a la zona por la misma época. Venían de trabajar en las canteras de Rosales y se ubicaron por donde ahora es Delicias del Carmen. El padre de Isabel murió muy joven en la cantera, así que ella tuvo que trabajar junto a su madre siempre para poder sostener su pequeño rancho.

“como desde los 10 años a mí me gustaba mi marido, pero yo no le... éramos amigos y vecinos, de juegos, como pasa, la recocha y todo eso, pero a mí me gustaba, pero yo decía, ay ya de novios, y el mayor mío, porque él era mayor 7 años... Ay yo lo quería mucho, yo desde niña me gustaba porque era un moreno simpático agraciado, yo creo que el sí de mí no gustaba mucho, y yo iba mucho a la casa de mi suegra, yo iba a colaborarle porque mi suegra no tuvo hijas mujeres, 5 hombres, y entonces ella le decía a mi mama, -oiga dígale a la china que venga y que me ayude a planchar y yo iba y le ayudaba” (Fragmento entrevista a Isabel, Junio 2015).

Jesús e Isabel duraron mucho tiempo siendo amigos, él trabajaba como volquetero y ella en las canteras con su madre y en una casa de familia de vez en cuando. A los 16 años de Isabel, Jesús le propuso que se fuera con ella, él ya se había independizado de su casa y quería que alguien lo acompañara y le ayudara con las cosas de la casa. Duraron 47 años juntos hasta que Antonio falleció y tuvieron 6 hijos. También a una muy corta edad Belén conoció a su esposo Antonio. El hacía parte de una familia 7 hijos hombres que era muy reconocido en el sector, por ser un grupo de hombres “machistas, agresivos con las mujeres y muy consentidos” Belén, junio 2015).

“Pues es que él llegó a vivir a este barrio también. Pero él vivía por allá, hacia el lado de allá. Yo no sé si, no sumercé creo que no ha ido, que de aquí de para allá queda como un camino hacia allá, allá había unas casas. Ellos tampoco quisieron estudiar, entonces también les tocó trabajar. Mis suegros sí trabajaban en cantera. Entonces él los llevaba a trabajar en la cantera. Ósea, todos los hermanos, porque ellos eran 7 hermanos también.” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Belén vivía con sus padres y sus dos hermanos, ella era la hija de la mitad. La salida de su casa fue muy difícil porque ella tenía una relación muy cercana con sus padres, en especial con su papá. Su madre trabajaba en la cantera y en la huerta que tenía en el campamento. Fue una mujer muy fuerte emocionalmente y transmitía este tipo de relación a sus hijos. Era la persona que ponía la disciplina en la familia, era seria y algo triste. Fue abandonada cuando era muy joven por sus padres y creció sola. Belén no conoció a ningún familiar de su madre. Ella era quien les pegaba para corregirlos. Pero el padre de Belén fue una persona mucho más cercana emocionalmente a ella, era un señor amoroso que trató siempre de protegerla y entenderla. Belén conoció a Antonio en una fiesta de la Virgen del Carmen, fiesta a la que había ido sin permiso de su madre. Desde ese día comenzó a salir con él a escondidas y a mantener una relación en secreto. Hasta que quedó embarazada de su primer hijo.

“Eso sí enamorada perdidamente jajaja... bueno, pero mi mamá no me lo dejaba entrar. Entonces a mí me tocaba irme con él a escondidas. Y cualquier día mi mamá

me encontró con él, y me pegó tan duro otra vez. Entonces yo le dije a él, entonces él me dijo “pues váyase conmigo” y si, yo me fui a vivir con él. Yo me fui a vivir con él. Y resulta que perdí a mi mamá... bueno mi mamá, porque mi papá no, mi papá, mi hermana tampoco. Pero mi mamá dijo que ella no quería verme nunca más, que mejor dicho... Yo me había muerto para ella (risas)... por haberme ido con él.” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Belén comenzó su hogar con Antonio en una habitación alquilada en un campamento cerca de donde vivían sus padres, pero pasó mucho tiempo hasta que su madre la perdonó y aceptó su nueva vida. Vivió algún tiempo donde su suegra, pero se cansó de ver las discusiones entre la familia de su esposo. Así que intentó siempre vivir lejos de los familiares de ambos.

Aurora fue otra de las mujeres a las que le prohibieron casarse con el amor de su vida, Luis. Él era hermano de Antonio y hacía parte de la famosa familia Ángel. Aurora vivía con sus padres y sus 17 hermanos. Al ser una familia tan numerosa, y Aurora una de las mayores de la casa, tenía que trabajar mucho en el hogar y en la cantera. Cuidó niños desde muy pequeña y aprendió todas las labores del hogar. Lo que quería ella para su vida era estudiar y viajar, pero debido a la situación económica de su familia fue muy difícil. Ella nunca accedió a ningún tipo de estudio, sabe leer lo básico y firmar. Pero esto no le impidió salir adelante formando su familia y construyendo su casa.

“A los hombres si les daban estudio, porque ya cuando yo vi que nosotros si necesitábamos estudiar, yo iba y matriculaba a mis hermanos a Usaquén, yo iba y recibía las libretas, mi mamá nunca iba por allá. Yo era como la mamá de ellos. Cuando se accidentaban yo era la que corría con ellos para el centro de higiene. Pero a nosotras no nos daban estudio, eso era pa los hombres y ni siquiera porque ellos no les gustaba”. (Fragmento entrevista a Aurora abril, 2015)

Aurora vivía aburrida en su casa porque no podía hacer lo que quería, se la pasaba trabajando en la cantera, en el restaurante de su mamá y cuidando a sus hermanos. La posición de las mujeres jóvenes de sectores económicos bajos era en el hogar, ayudando en la crianza de los hermanos y con una gran limitación para el estudio. La participación en estos escenarios estaba dada para las mujeres de la élite bogotana en colegios religiosos donde se impartía la moral femenina (Uribe-Alarcón, 2015) Las escuelas públicas en el campo y en la ciudad eran para los hombres, privilegiados del aprendizaje de la lectura e información básica al menos hasta quinto de primaria.

“Ah! Nos conocimos cargando agua, yo tendría unos 10 años, ellos hacían unos carritos con un palo largo y adelante dos ruedas de triciclo y le ponían un gancho y para ellos no cargar el agua en las manos los cargaban en ese carro el agua y eso le ponían... como decir los carros ya, ponían luz como unas cosas brillantes para que no se brillara le ponían florecitas bueno eso eran... Y nosotros nos conocimos con él cargando agua, después él se fue a trabajar a la cantera, el trabajo mucho en cementos Samper unos años, y ya después él se fue a trabajar a la cantera y él llegó a tomar la alimentación donde mi mamá y ya donde... y ya nos conocíamos y ya.... Pues él se había perdido unos años y ya él volvió a trabajar aquí y ahí fue cuando ya nos conocimos y nos enamoramos y nos casamos” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Para Aurora su esposo era un hombre muy guapo y atractivo cuando joven. Ella también escuchaba los mismos rumores que escuchaba Belén sobre la familia Ángel, pero a los 16 años se fue a vivir con él, cansada de trabajar para su mamá y muy enamorada de su esposo. Se fueron a vivir a un lote que les arrendaron y poco a poco construyeron su familia y su casa.

La historia de Georgina es un poco diferente, básicamente porque ella no tenía a su familia cerca. Georgina conoció a su esposo Carlos de camino a uno de sus trabajos. Su historia se diferencia de las otras mujeres entrevistadas porque Georgina salió muy pequeña de su casa a trabajar a la ciudad, en donde estaba sola. Solo contaba con el apoyo de los patrones o jefes que se la habían traído, y los que iba conociendo en sus trabajos. Siendo todavía una niña Georgina comenzó a trabajar en casas como trabajadora doméstica, bajo la condición que llamaban interna. Ella debía hacer los oficios de la casa, cocinar, limpiar, organizar y cuidar niños y a cambio recibía vivienda y alimentación, un pequeño pago por su trabajo. Pero adicional a esto lo que Georgina valoraba en estos espacios era la oportunidad que ella tenía de salir adelante y el aprendizaje que recibía.

“Vea como es la vida. Yo trabajando ahí en medio de mucha gente, pero a él no lo conocí ahí. Él trabajaba en la mecánica allí en Usaquén. Yo vivía en la casa de una señora que me dejaba cuidarle el niño, trabajar en la casa y hacer unos turnos en el casino. Allí estuve hasta que me fui con Carlos” (Fragmento entrevista a Georgina abril 2015)

Georgina no hablaba mucho en la entrevista de su matrimonio. Ella hace varios años que, a pesar de vivir con su esposo en la misma casa, no tiene una vida de casada con él. Esto es lo que ella comentó en su entrevista y en otras conversaciones que hemos tenido. *“somos separados, pero vivimos en la misma casa, porque si él no se va yo no tengo por qué irme, la que hizo esa*

casa fui yo”. Ellos viven en cuartos separados, tienen actividades diferentes y se hablan para cosas cotidianas como la comida, la plata y los hijos. Georgina es la única de las mujeres entrevistadas que tiene todavía a su esposo vivo, aunque ella no se sienta muy a gusto hablando de él. Sin embargo, Carlos vigiló con frecuencia nuestras conversaciones disimulando querer tomarse un tinto para el frío. Cada vez que él aparecía, Georgina bajaba la voz y me habla algo negativo de él, haciendo comentarios de lo mal esposo que era. En su historia intentaba no incluirlo, aunque yo se lo pregunte varias veces, intenta contestar lo básico y hablar más de sus hijos, de sus muchos trabajos, de sus jefes que fueron tan buenos con ella y de sus nietos. A este tipo de relación la llamaré más adelante *el esposo invisible*.

El matrimonio como sacramento

Bajo los ideales de familia que se promovían hacia mediados del siglo XX, el matrimonio por la Iglesia Católica constituía un elemento fundamental de control social y organización de los roles para los hombres y las mujeres, en donde el principal objetivo era criar buenos cristianos para la sociedad (Pachón, 2007). El matrimonio como sacramento fue una norma que bajo el modelo religioso moldeaba una mujer sumisa, ocupada de su hogar y que luchaba con gran sacrificio por su familia, abandonándose a sí misma para darle su vida entera al hogar. Los discursos de lucha de la mujer sujeta al matrimonio pertenecen a la fuerza que ejercía la Iglesia en los procesos de organización y social y moral en la vida sentimental de las personas. Con la tradición de colonización que representa a la Iglesia en actividades como: la construcción de templos, creación de comunidades creyentes e instauración de normatividades sobre la maternidad y la mujer doméstica, de la mano al Estado, los sacerdotes católicos se consolidaron como los promotores del matrimonio tradicional, convirtiendo a los pecadores en legítimos hijos de Dios desde la Nueva Granada (Dueñas, 2014). Esto muestra que el matrimonio y los principios de monogamia como organización social que se heredan de la Colonia, como prácticas sociales han incorporado en la subjetividad de las personas, como la manera de tener una vida de pareja basada en la moralidad cristiana.

La concepción de amor al igual que la familia, estaba atravesada por características tradicionales incuestionables y de obediencia para la mujer. Más que hablar de amor, las historias de estas mujeres se tejen alrededor del objetivo de tener una familia junto a un esposo, y este era

un esposo que Dios les enviaba, por lo tanto, tenían que aceptarlo como fuera. Más que casarse por amor como sentimiento, casarse era la alternativa funcional para salir adelante de la pobreza y la precariedad en la que vivían junto a sus padres y hermanos y además cumplir con el mandato divino. Las relaciones de parentesco que se dieron con algunos vecinos, se transformaban en los nuevos matrimonios y contribuían al crecimiento de la población. Es útil entender en este punto el amor como lo propone Tenorio Tovar, (2013). Esta socióloga habla del amor como un concepto contruidos socialmente a partir de usos, costumbres y momentos históricos que entablan la relación afectiva. Esta mirada implica comprender el enamoramiento como un proceso que es necesario para llegar a la función del hogar y cumplir con el propósito fundamental de la mujer: la procreación.

Bajo el panorama de familias numerosas, de proveniencia rural, poco organizadas en terrenos invadidos, altos niveles de pobreza y en búsqueda de crecimiento y desarrollo, el matrimonio se comenzó a constituir como la norma de legitimación de la existencia para las familias en estos barrios en construcción. El matrimonio como una práctica esencialmente de las comunidades muy religiosas como los pueblos y las urbes tradicionalmente organizadas, se convertía en el elemento que legitimaba la unión entre hombres y mujeres, al igual que los hijos resultados de esas uniones. Esta normatividad llevaba a que la sociedad le diera un alto valor a las personas que estaban constituidos con la bendición de Dios desde la religión católica y se convertía en una norma impositiva para las clases populares, que, por su nivel de pobreza y su estatus indefinido entre población urbana o rural, se mantenía bajo el estatus de familia ilegítima. (Gutiérrez de Pineda, 1975). Bajo este panorama, los matrimonios en los barrios se constituían como una estrategia de ascenso social para hombres y mujeres, particularmente en la búsqueda de ser reconocidos como ciudadanos para salir del estado de ilegitimidad en el que se encontraban.

Como ejemplo de la fuerza de los discursos de la Iglesia (Florián, 2013) realizó una investigación sobre los discursos que se manejaban en diferentes fuentes sobre la conducta sexual y amorosa en la década de los 60 en Bogotá. Según este estudio se pronunciaban los discursos tradicionales sobre los lugares que ocupan los hombres y las mujeres en la familia, a partir de los sermones de los sacerdotes y sus intervenciones en las comunidades, al igual que en emisoras y periódicos locales.

Las historias de las mujeres del barrio se encuentran con frecuencia con los nombres de los sacerdotes de la época y los beneficios que al día de hoy siguen recibiendo de sus obras de fraternidad. La figura de sacerdote en los barrios de las canteras ocupó muchas funciones importantes en la organización social, fue el líder para la formación de la comunidad barrial que vivían en ranchos o campamentos, fue clave en la consecución de créditos para la construcción de las casas y dirigió la construcción de la Capilla. Fue además el guía espiritual que ayudó a llevar a la gente en pecado a la moralidad, de la ilegitimidad a la civilización, a través del matrimonio, pues promovió con fuerza la visión de familia tradicional y realizó los matrimonios colectivos en el sector. El valor al sacramento se constituyó en la normatividad para que la familia en estos espacios fuera legítima y de esta forma los habitantes de la montaña adquirieran estatus de ciudadanos morales y adeptos a la Iglesia.

Al hablar del matrimonio con las mujeres mayores de los barrios, yo tenía el imaginario de que, por ser mujeres, madres, abuelas tradicionales, habían comenzado su vida familiar con la bendición del matrimonio. Sin embargo, no fue así y parece que en la mayoría de los casos de las mujeres del sector tampoco lo fue, según las palabras de Isabel: *“en esa época se usaba mucho esa palabra de amancebados-, rejuntados que sirviéndole al diablo que no sé, así eran todos hasta los papás de uno, la gente no se casaba”*. Isabel, Belén y Aurora antes de casarse se fueron a vivir con sus novios que eran prohibidos por sus padres quienes, a manera de predicción, no estaban de acuerdo con esas relaciones porque muy seguramente les darían una vida de sufrimiento, golpes y miseria.

“En el noviazgo fue muy querido y nos íbamos a pasear, nos íbamos a fiestas, y yo sufrí mucho por él porque yo me escapaba como diera lugar para irme con él. A fiestas, a paseos, bueno, eso sí me llevaba y todo. Y yo me escapaba. Pues como yo trabajaba, entonces yo salía de permiso y yo me iba con él y mi mamá no sabía. Entonces cuando mi mamá se enteraba mi mamá me pegaba. Y ella me prohibía terriblemente, me decía mire como el papá de ese muchacho le pega a la mamá lo mismo le va a pasar a usted, y eso no es lo que ha visto en esta casa, y vea, tenía razón. No se equivocó ni un poquito.” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Cuando Isabel se fue a vivir con Jesús no pensaron en matrimonio, lo importante para ellos era irse de sus casas de donde estaban aburridos y cansados por las peleas con sus padres o en el caso de Isabel, porque sentía que estaba muy enamorada. Ella vivió varios años en unión libre hasta que llegó a su puerta un grupo de la iglesia que promovía el matrimonio por la iglesia

católica. Esto coincidió con la construcción y formalización de los barrios, al igual que con la creación comunitaria de la Iglesia, donde todos los vecinos aportaron dinero, materiales y mano de obra para su construcción.

“Hubo un montón de gente –como llamamos nosotros- rejuntada, pero vino una señora, vinieron unas señoras, yo no me acuerdo, se llamaba la señora Leonor de Lotero, en una época, pero a ver yo cuantos años tenía, yo estaba como recién casada, como a ver... porque a mí me casaron ellas. Sí, yo ya tenía mi hija mayor cuando ellas hicieron una campaña de matrimonio, de matrimonios colectivos llamamos nosotros. Uy, pero era mucha la gente. Sí, esas señoras vinieron, eran un par de señoras, y el esposo de esa señora trabajaba en el banco cafetero, y era algo del banco cafetero y nos traía café, la pastilla del café no la traía, y nosotros la molíamos más y la tostábamos más. Y bueno vivimos un poco de tiempo viviendo así, cuando mi hijo tenía como 9 años, entonces como le cuento las señoras hicieron la campaña de matrimonios, pero eso eran matrimonios de 40, 50 parejas, con el padre del barrio y hacían la campaña”. (Fragmento entrevista a Isabel, 2015)

El matrimonio de Belén fue más privado y con la desaprobación de sus padres. Belén se casó con su esposo después de tener sus dos hijos mayores, luego de un primer intento de rompimiento que ella propuso debido al maltrato por parte de Antonio. El matrimonio para esta pareja era más una prueba de amor de él hacia ella en donde se comprometía a formalizar el hogar que ella estaba esperando.

“yo le dije a él que si no nos casábamos entonces yo no vivía más con él. Que yo me venía pa donde... pa mi casa. Pa donde mi hermana porque ella me dijo... porque mi hermana si se había casado y todo, entonces ella me dijo - si ese hombre no quiere casarse ni nada... ah, no viva más así y pues mejor vengase que le va servir pa sus hijitos y usted es una mujer fuerte pues trabaja y nosotros le ayudamos a cuidar los niños”. Ella también tenía sus hijitos, pero ella decía “nos bandeamos las dos. Nos cuidamos los hijitos. Usted trabaja un tiempo y yo trabajo otro tiempo y así”. Entonces yo le dije a él eso. Le dije “no, yo me voy. Yo me voy, o sea...”. Entonces él dijo - no pero como se va a ir, ya tenemos los dos hijos y todo, además usted es una mujer...” él me decía “si, a pesar de que yo soy todo mujeriego y de todo, pero yo la quiero mucho”. Uno de mujer siempre es débil, ¿sí? Bueno... Entonces ya él dijo que sí, que nos casáramos. Y empezamos a ahorrar los dos, plata para comprar la ropa ... en esa época no le cobraban casi a uno para un matrimonio. Y compramos la ropa, compramos la ropa porque tocaba comprarles ropa a los niños y entonces yo ya vine y le dije a mis papás que me iba a casar” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015).

La más enamorada de su esposo es Aurora. Ella también es viuda y extraña todos los días a Luis con quien duró 48 años de casada. Soñaba desde muy pequeña con casarse vestida de blanco en una iglesia, y logró cumplir su sueño con el amor de su vida. Su matrimonio no fue colectivo ni secreto, ella se casó con bombos y platillos y lo cuenta con el orgullo que lleva demostrar que obedeció el mandato divino al casarse públicamente en una iglesia.

“yo ya estaba cansada de criar tantos hermanos, me aburrí y es que mi mamá, como se dice hoy en día, el restaurante, mi mamá tenía el restaurante de todos los obreros de la cantera hacíamos el guarapo. Yo me casé y no tenía dieciséis años, quince años cuatro meses cuando me casé Sí. Y yo me case en la iglesia de Usaqué a las 7 de la mañana el 27 de septiembre de 1962. Y ya estaba embarazada de mi primera hija de mi hija mayor. Eso no pasaba nada mis papás también se casaron ya viejos entonces pues no era tan grave, aunque la gente no sabía que yo estaba embarazada. Mi fiesta fue de los primeros matrimonios que se celebraron por acá ... Cuando me dicen que se van a casar al aire libre, yo no envidio porque yo fui la primera que me casé al aire libre” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

El matrimonio fue para estas mujeres, símbolo de un estatus social deseable, valorado por las personas y por sus padres, a pesar de no estar de acuerdo con el hombre escogido. En el caso de Isabel, Belén y Aurora, la unión del matrimonio por la Iglesia les trajo reconocimiento con su comunidad, con la alta autoridad del sector, el sacerdote, y con las otras mujeres quienes no tenían el mismo privilegio de ellas. El matrimonio se convirtió en el símbolo de empezar a ser alguien en la vida, de progreso y organización, pero sobretodo de legitimidad como identidad ante sus padres, hermanos, suegras y sobretodo frente a sus esposos. Es entonces una estrategia de movilidad social, no necesariamente de progreso económico inmediato, pero sí de reconocimiento y legitimidad incluso dentro de su mismo grupo social. (Estrada Iguíniz & Molina del Villar, 2015) El matrimonio como sacramento se instaló en las uniones de estas mujeres como el modelo de relación de pareja y da familia, como sucedía en las familias bogotanas.

“el matrimonio es un compromiso y un sacramento. un sacramento que Dios dispuso en las parejas. y es un sacramento que uno lo tiene que respetar mucho. y saber llevar la vida y por los hijos, porque eso es un sacramento y un compromiso que uno se compromete con esa persona, eso es lo que yo les digo a mis hijas para que sean fuertes y salgan adelante como mujeres en matrimonio” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

El matrimonio como sacramento, fue requisito para el reconocimiento y aprobación social ante los sacerdotes y los demás vecinos del sector. Ante el panorama de formalización de sus viviendas y sus comunidades, ante las normas establecidas por la iglesia, ser esposa significaba para las mujeres del barrio la posibilidad de legitimar sus uniones con sus esposos y de validarse como mujeres en progreso, sobre todo en comparación de las otras mujeres que no conseguían el requisito, las solteras, las mozas, las vagas, las madres solteras... otras mujeres que parecían no progresar ni cumplir los requisitos para ser mujer de la época y sobretodo, de la ciudad. La norma del matrimonio se convierte como en la sociedad bogotana en la norma moral para ser una familia autentica. Esta es una norma para sus hijas y nietas y como lo menciona Aurora, tener un esposo y una familia es importante para salir adelante como mujeres de la buena sociedad, de la sociedad civilizada.

Los hombres de las volquetas

Para poder analizar la vida en familia y los roles que estas mujeres asumieron en su hogar y en los barrios, es importante hablar de los hombres de los barrios, a pequeña escala desde las historias de los esposos de las mujeres de este estudio, esto para lograr analizar los tipos de relaciones que tenían y porque son un referente fundamental de la posición de los hombres en las familias tradicionales en donde prevalecía el patriarcado.

Actualmente los esposos de Isabel, Belén y Aurora no viven. Carlos; el esposo de Georgina vive con ella en su casa de Uniceros y tiene 77 años. Como ya he mencionado antes, al Grupo Adulto Mayor actualmente asisten pocos hombres, y sobre todo muy pocos lo hacen con regularidad. Carlos por ejemplo expresa abiertamente que asistir a este grupo es “no tener nada que hacer”, así que no le ve ningún sentido hacerlo. Es por esto que lo que conozco de los hombres de los barrios, es a través las historias de las mujeres sobre sus esposos, las observaciones hechas a la cotidianidad en los barrios y las anécdotas e historias que se cruzan en las actividades del tan mencionado Grupo Adulto Mayor. Esto tiene que ver con la historia que han tenido estos actores en la comunidad y el rol que han construido desde su juventud y a las dinámicas masculinas que se han reafirmado en los escenarios públicos y privados de las diferentes familias del sector.

A las 5 de la tarde las calles comienzan a llenarse de volquetas conducidas por hombres, que suben desde la séptima hacia las calles improvisadas como parqueaderos y lavaderos. Esto es algo que ocurre desde hace años atrás: durante la construcción de los barrios, los hombres comúnmente trabajaban en las canteras como pica-piedras y luego se reunían a tomarse unos tragos en lugares tan conocidos como el Bohío, que era la tienda-bar-restaurant, conocido por todos los vecinos, algunas tiendas de esquina y en los antejardines de las casas. Las canteras y las carreteras sin construir parecía que eran espacios masculinos debido a la fuerza que se requería en la remoción de piedras y la peligrosidad de los explosivos, pero no es del todo así.

Es común encontrar reportes de mujeres que hablan que en las canteras fallecieron sus padres, hermanos o esposos al quedar atrapados bajo las rocas y a la peligrosidad del trabajo físico, pero también hay historias de mujeres que se accidentaron en los mismos quehaceres. A pesar de la rudeza de estos trabajos, las canteras fueron un espacio compartido para hombres y mujeres, aunque por sus características laborales pareciera ser más masculino que femenino. Belén, Isabel, Aurora y todas sus amigas picaron piedra al lado de la montaña, junto a sus padres y a sus esposos, si era necesario, o por lo menos mientras conseguían algo mejor en qué trabajar. Sobre este tema profundizaré más adelante. Pero existe un objeto en los barrios más allá de las canteras que obedece a la representación de progreso y que reafirma la masculinidad de los hombres del barrio, en especial el de Delicias del Carmen: las volquetas.



Figura 9. Foto archivo de la investigación. Las volquetas en la montaña 2016

Para comprender un poco esta figura y los espacios de masculinidad que se dividían de los femeninos, voy a presentar las historias de algunos hombres reconocidos del sector y de los esposos de las mujeres del estudio, desde el punto de vista de las mujeres. Jesús, Luis y Carlos, esposos de Isabel, Aurora y Georgina trabajaron en su niñez y juventud en las canteras, pero cuando se casaron comenzaron a conducir volquetas para el transporte de construcción. Comenzaron como conductores contratados y poco a poco fueron ahorrando sus salarios para comprar sus volquetas y tener su “propio negocio”. Quienes lograban llegar a esta adquisición era quien tenía más dinero y más prestigio en la zona. También era quienes tenían más contactos por lo tanto podía trabajar más.

Algunos hombres lograron tener hasta 6 volquetas como es el caso de Jesús o de Luis. Ellos eran muy conocidos en el sector porque tenían varios trabajos, ayudaban a los otros vecinos a conseguir contratos de recogida de material en diferentes canteras de la ciudad y se movían en diferentes contratos de trabajo o incluso podían ser autónomos y trabajar de manera informal, es decir no eran empleados de nadie, por lo tanto, el dinero que les llegaba era mayor. Esta actividad les dio la posibilidad de incrementar poco a poco sus ingresos, pues con los proyectos de

urbanización de Bogotá, el trabajo se incrementó y las volquetas se convirtieron en la opción de mejor ingreso económico a los bolsillos de los hombres, era una actividad apetecida y que implicaba mejorías en la calidad de vida con respecto al trabajo de canteras. Era además una forma de cooperar con la comunidad: los hombres de las volquetas fueron quienes pudieron llevar el progreso a los barrios porque no solamente lograban el sustento de sus hogares, sino que ayudaban a sus vecinos a ingresar a esta nueva posibilidad de trabajo que generaba mayores ingresos y bienestar, que el trabajo de picar piedra en la cantera. Era un trabajo que implicaba competencias propiamente masculinas como: manejar, cambiar repuestos, manejar dinero, liderar trabajadores, cargar material de construcción. Fue un trabajo que además se convirtió en la posibilidad de ingreso de las familias de los barrios y de ascenso social para quienes lo hacían, pues se lograba independizar de los jefes y dueños de las canteras, a tener sus propias volquetas y trabajar por su cuenta.

“Porque en ese tiempo mi marido echábamos un viaje de material de río, le pagaban a \$380.000 por un viaje de río... Hicieron el centro 92 y la avenida Chile. Todos esos edificios, mi esposo hecho el material para todo eso con la volqueta y él tenía... nosotros alcanzamos a tener tres volquetas. Y después cuando ya... entonces con esa plata fue que construimos este lote, y lo empezamos a construir. Entonces la vecina de aquí de la casa amarilla... sumercé la... esa señora cuando empezamos a construir aquí fue y me echó la curaduría ... porque le dio envidia” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

De esta manera, los hombres lograron reafirmar su rol de padres y esposos proveedores bajo los ideales de la familia nuclear, y de manera general liderar el proceso de desarrollo económico en sus hogares, criterio necesario para el funcionamiento y la supervivencia de la familia. De esta manera los roles masculinos estaban ligados principalmente a la reproducción y a la producción como jefes de hogar. (León, 1999, pág. 66) y estaban además reforzando el patriarcado por su rol, pero también por su trabajo masculino y exclusivo para los hombres de los barrios, como lo reafirma Isabel en su entrevista.

“Nunca. Yo nunca manejé esa volqueta, eso mi marido dijo que no porque en ese tiempo era el machismo tan terrible. Pero uno si era el esclavo cuando estaban arreglando la volqueta y que me traiga, que me ponga y que me lleve, que vaya a Usaquén a los almacenes de repuestos, era como por ahí por la 120 los almacenes de repuestos y si no hasta el centro y váyase uno al centro y compre los repuestos, y en

ese tiempo solo era el bus que pasaba por las Caracas y por la 85 iba para Lijacá, y ahí uno vengase en bus y váyase en bus, y eche al hombro hasta arriba allá al rancho a arreglar”. (Fragmento entrevista a Isabel, abril 2015)

Entre tanto, las mujeres estaban ligadas por completo a las labores del hogar, lo que correspondía tradicionalmente a trabajo doméstico, crianza de los hijos y atención al esposo en sus necesidades físicas y sexuales. Esta división sexual durante la época de conformación de la familia corresponde a la diferenciación de los espacios públicos y privados que proviene de la visión funcional de la familia y que era reforzada en los años 60 por la Iglesia, en diferentes medios de comunicación y en espacios comunitarios. El Estado y la Iglesia buscaban mantener a la mujer en el hogar para la crianza de los hijos y a los hombres en el trabajo para lograr el desarrollo de la sociedad, ante una visible crisis de la familia como institución debido a la existencia de hijos ilegítimos y madres solteras (Puyana, 2007; Florián, 2013).

Tener volqueta para las mujeres en los barrios era sinónimo de bienestar y disfrute, el dinero que se ganaba y el uso que se le daba les permitía tener privilegios que no todo el mundo lograba, o que era muy difícil de conseguir. La volqueta era el vehículo en el que las familias salían a pasear con sus hijos, conocer diferentes lugares y compartir tiempo junto al esposo/papá los domingos. En un contexto donde trabajar era lo más importante y los recursos eran muy limitados, salir a pasear era una actividad poco frecuentada por la gente del barrio, sin embargo, las familias con un padre volquetero podían hacerlo.

“Si, si en su manera de pues, lo que digo, tomaba, comía, les daba gusto a los hijos porque él... en ese tiempo uno podía irse a paseo, íbamos a Jaime Duque, y uno echaba sus hijos en la volqueta y eso eran esos paseos bonitos. Cada 15 días, cada 20 días el echaba sus chinos ahí, y nos íbamos por allá, y mientras los chinos estaban jugando yo les hacía de comer y el llevaba su cerveza y así” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Así como trabajar en las canteras fue una actividad heredada de los padres tanto para las mujeres de los barrios como para los hombres, manejar volqueta fue una actividad que se heredó a los hijos varones de estas familias. Es una actividad que se mantiene en la actualidad y se ha convertido en el símbolo del sector. Delicias del Carmen el barrio de los volqueteros, hace alusión a un elemento de identidad de los habitantes del sector. De aquí viene el nombre “el barrio de los

volqueteros” que menciona (Sánchez, 2008) en su artículo periodístico y que se reitera durante las fiestas de la virgen del Carmen, ya que bajo la devoción católica es considerada la patrona de los conductores.

“Y ellos desde pequeños como el papá manejaba volqueta se los llevó en la volqueta. Entonces lo que aprendieron fue a manejar volqueta. Y se quedaron manejando volqueta. Porque... bueno, aunque gracias a Dios, el mayor, yo trabajé, compré una volqueta. Un tiempo le dije a él “coja esa volqueta, trabájela” y yo debía una plata, y le dije “pague lo que debo. Cuando ya acabé de trabajar me da algo a mí”. Al segundo, él trabajaba siempre con el papá. Manejaba la volqueta y andaba con el papá. Ahorita del papá, pues quedó el carro de él, entonces...” (Fragmento entrevista a Isabel, abril 2015).

La mujer de él, siempre fui yo

La vida de los hombres de las volquetas era recorrer la ciudad y otras partes del país transportando material de construcción, esto hacía que sus jornadas de trabajo fueran largas, algunas veces no llegaban a la casa, pero cuando lo hacían era luego de haber celebrado sus buenos trabajos. Tomar cerveza en las tiendas era la práctica de los hombres casi a diario y llegar borrachos a sus casas reafirmaba su estatus de patriarca en la casa y en el barrio. Como práctica social los hombres se reunían entre “compadres⁶” a tomarse unos tragos, en lugares tan conocidos como el Bohío, que era la tienda-bar conocido por todos los vecinos, algunas tiendas y en los antejardines de las casas. Este tipo de prácticas llevaba a la reafirmación de la ocupación del espacio público de los hombres en la dicotomía público- privado que ubica de manera lineal a hombres en el espacio público laboral y mujeres en el espacio privado del hogar, asignándole el poder al hombre bajo la responsabilidad económica. (Fuller, 1995). El trabajo de las volquetas aseguraba el estatus de hombres tradicionales que buscaban el sustento económico, rol que les asignaba autoridad sobre la esposa y la familia, pero además de esto permitía que se generaran dinámicas propias de los hombres de la época como beber alcohol, tener una vida social, gastar dinero y reafirmar su estatus masculino en el barrio. Este tipo de dinámicas era común en los

⁶ La forma de entender el compadrazgo en este estudio se asemeja al trabajado por Larissa De Lomnitz en el texto Como sobreviven los marginados. Esto es en la relación tanto del nombramiento de los padrinos hacia los hijos como en la interacción de los hombres en un contexto urbano. Muchas veces esa relación permeada por intercambio de favores que llevaban a conseguir la movilidad social. (Lomnitz, 1975)

sectores populares de Bogotá, y era válida debido al estatus de padre proveedor y trabajador que lo legitimaba. (Fuller, 1995)

Estos momentos típicamente masculinos, no daban cabida a las mujeres de la casa, ni mucho menos a los hijos pequeños. Estos espacios junto a los desplazamientos que permitían ser conductores de volquetas, facilitaban que se presentara infidelidad por parte de los hombres hacia sus esposas. Esto junto a las agresiones físicas hacia las mujeres y los hijos, más el constante consumo de alcohol eran los problemas que tenían las mujeres de los barrios en sus matrimonios. La posibilidad de quedarse fuera de la casa y el reconocimiento que les daba el tener volquetas y dinero disponible, llevaba a que ellos se involucraran sexualmente con mujeres fuera de su matrimonio. A este tipo de situaciones es a las que las mujeres reconocen como el machismo de los hombres de la época, pues su poder sobre el hogar era legítimo y además se replicaba al interior de los hogares de los barrios.

“Eso era más por la plata.... por la tomadera. en las tiendas que se la llevaban tomando. porque yo creo que muchas veces ni se acostaran con esas señoras, pero, yo no más que él le diera una cerveza a una señora muchas veces y que alguna señora siempre ahí sentada al pie de él y que siempre alguna señora al pie de él”. (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

A pesar de que la infidelidad y las agresiones hacen parte de las historias de amor de estas mujeres, ellas lucharon por su matrimonio hasta el final de los días de sus esposos, y sostienen la idea de que esta es la misión de la mujer en la familia. A su vez, ellas intentan explicar lo que ocurría, culpando a las mujeres que buscaban a sus esposos por sus cualidades principales, entre ellas la posesión de prestigio y dinero obtenido por el trabajo en las volquetas. Para Isabel, por ejemplo, su esposo Jesús era un hombre organizado, responsable, amoroso con sus hijos y que trabajaba por su familia. Le era infiel, y ella se dio cuenta varias veces de ello, pero decidió perdonarlo porque el cumplía con su deber de hombre de la casa, y siempre volvía a su hogar.

“Las mismas vecinas. Por la platica, pero como él no era tan bobo. Por ahí de la cerveza y de la comida, para que las invitara, y las llevaba a trabajar en la volqueta, a pasear en Bogotá. Muchas mujeres se dedicaban a eso, como decíamos: a que se las comieran bien comidas.... Y le decía yo, hombre a usted no le da pesar darle de comer a una vieja de esas pa’ que vaya y se acueste con usted ni media hora, porque en ese tiempo pongamos llevaban a las viejas a esa casa de citas como llamamos, un motel, un hospedaje, en ese tiempo no lo había, sino al campo, como se dice al potrero, si gozarse una vieja de esas, máximo media hora y estuvo, y bien comida, y bien tomada,

y tenía que darle plata si tenía chinos, de eso vivían, la mayoría de mujeres vivían de eso.” (Fragmento entrevista a Isabel, abril 2015)

Bajo la importancia que le daban las mujeres a mantener su hogar, de seguir siendo las esposas legítimas y no las otras, o las madres solteras, las mujeres justifican las agresiones, la infidelidad y el abandono emocional por parte de los hombres como una forma de reafirmar sus roles de madres y mujeres sufridas y abnegadas a los hogares. A pesar de querer muchas veces acabar con todo, defendieron su proyecto principal, sus familias y su estabilidad económica. En la actualidad incluso se les siente su amor y admiración por esos hombres que hicieron tanto por ellas y que no las dejaron en el camino. Luis era según Aurora un hombre elegante, responsable y muy detallista con ella. Sabía responder muy bien por sus hijos, sus obligaciones y responsabilidades como deudas, servicios y alimentación. Llegaba a casa con comida para compartir en familia, le hacía regalos para ella como flores y chocolates y los llevaba de paseo con frecuencia. Sin embargo, malgastaba el dinero que se ganaba con sus volquetas en trago y mujeres. *“si él no se hubiera gastado la plata que se gastó en trago yo sería dueña de un edificio como esos de allá”- refiriéndose a los edificios de estratos altos-*. Aurora estuvo con Luis hasta el final de sus días como su esposa y la madre de sus hijos, la señora de la casa, pues a pesar de sus aventuras, él también siempre volvía a su hogar.

“Eso si él Tomaba. Y yo no sé. Mi marido no era simpático, pero yo no sé qué tenía, pero las mujeres se le pegaban. Eso sí, a él se le pegaban las mujeres. Una vez nos fuimos para el 7 de agosto y nos encontramos un amigo allá y nos pusimos a tomar en un barcito del 7 de agosto. Y ahí llegaron unas señoras de la plaza con unos delantales y unas arandelas y todo. Pues como que una picándole el ojo a mí esposo...” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

La infidelidad era una práctica común en los hombres de los barrios, era además legítimo en los diferentes escenarios públicos del barrio y aprobado de diferentes formas por las mujeres en los hogares. La búsqueda de mantener el matrimonio como sacramento hacía que, bajo diferentes excusas de tipo económico, pero sobretudo de estabilidad familiar, las mujeres aguantaran estas situaciones maltratadoras y permitieran que se dieran. Las infidelidades y los malos tratos eran voz populi de los vecinos del sector, lo siguen siendo incluso en los escenarios del grupo Adulto Mayor. *“Es que ella pobrecita, ese hombre le dio muy mala vida, la cogía a golpes delante de todos cada vez que se emborrachaba, y enredos es lo que él tenía”* (diario de

campo febrero 2016). En nuestras conversaciones se evidencia también la justificación de estos actos a partir de la responsabilidad que le asignan a las mujeres interesadas quienes buscaban a los esposos más adinerados de los barrios. Los relatos de estas mujeres clasifican claramente las mujeres auténticas y las mujeres de mala vida. Las esposas, madres de los hijos y habitantes de sus casas que habían sido construidos, fueron las esposas, con quienes conformaban en lugar a donde los hombres volvían luego de su infidelidad. Los esposos volvían a donde estaba su familia. Las otras, eran generalmente mujeres solas, que trabajaban en tiendas, que tenían uno que otro hijo y habían sido abandonados por su esposo. Para ellas su existencia en la vida de su esposo era por el dinero y el prestigio que ellos fueron ganando con sus volquetas, y con su ascenso social.

“él siempre volvía a la casa, yo creo que, por los hijos, no tanto por mí. Los hijos era lo que lo halaban a él. A veces se iba temporadas largas, pero siempre volvía. Extrañaba a sus hijos, y tenía que responder por ellos, eso sí, siempre traía lo que le correspondía, poquito o lo que fuera, pero para la casa” (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015).

Al volver los hombres a las casas no quedaba otro remedio que perdonarlos y hacer como si nada hubiera pasado. Si en algún momento ellas se cansaban de la situación acudían a las mujeres para alejarlas de sus esposos y defender su posesión más preciada: sus hijos. El ser la madre de los hijos de Jesús, Antonio, Luis o Carlos garantizaba la continuidad de su hogar. Si se cansaban de esta situación y decidían enfrentar a los esposos para solicitar fidelidad, los hombres generalmente las agredían físicamente y luego de la pelea prometían no volverlo a hacer. Ellas perdonaban de nuevo por mantener la estabilidad familiar, pero también la estabilidad económica del hogar.

Así entonces, la aceptación de violencia e infidelidad de estas mujeres obedece a la necesidad de mantener el estatus de mujeres madres y esposas, pero también a asegurar el éxito de su proyecto de tener una familia. Este proyecto finalmente desde la visión tradicional de la familia patriarcal, se lograba a todo costo, incluso a partir del sacrificio que implica ser mujer dedicada al hogar y a la sumisión ante el hombre que si tenía ciertas libertades que implicaban superioridad. Los hombres podían fallar moralmente con este tipo de acciones debido a su estatus público, siempre y cuando mantuvieran su responsabilidad en el hogar, y era característico masculino que esto les pudiera pasar. (Pachón, 2007; Fuller, 1995). Adicionalmente, el discurso religioso y conservador sobre la familia proponía como modelo de mujer la Virgen María, que

representa la figura de sufrimiento que debe tener una mujer madre en el hogar. Esta imagen podía mantener las familias unidas, los matrimonios fortalecidos y servía como ejemplo para las futuras generaciones (Fuller, 1995; Puyana & Mosquera, 2003). La mujer para tener una familia tiene que sufrir, por lo tanto la infidelidad y el maltrato eran acciones masculinas válidas y que de alguna forma aseguraban su estatus de mujer en la familia. De esta forma se legitima la violencia como práctica normal dentro de la familia y como reafirmación de la dominación masculina ante la sumisión femenina, relación que le daba seguridad de permanencia a la familia nuclear.

¿A dónde me voy a ir con estos muchachitos?

El temor de dañar su familia y de perder la estabilidad económica mantuvo a estas mujeres junto a sus esposos hasta que ellos fallecieron, a pesar de los golpes, la infidelidad y la falta de reconocimiento por parte de ellos. Belén sabía desde joven lo que ocurriría con su esposo, su madre se lo advirtió varias veces y ella lo vio cuando vivía en casa de su suegra. Sin embargo, siempre lo perdonó y a pesar de las duras historias que tiene sobre Antonio, llora todavía su partida. Antonio fue un hombre también trabajador, responsable y que amaba a sus hijos. Esto parecía ser suficiente para ella, pues desde que era novia de él, aceptó tener una relación de pareja que la violentara. Además de las infidelidades Belén era golpeada por Antonio cada vez que ella quería hacer algún reclamo a su conducta reprochable y su falta de presencia en el hogar.

“Yo decía “dios mío, mi mamá me pegaba y ahora este también me viene a pegar”. Porque él llegaba... si se perdía dos- tres días y llegaba tranquilo, fresco. ¿Entonces uno le reclamaba porque uno toda la vida... “bueno y usted donde estaba?” y él me contestaba mal. ¿Me decía “a usted que le importa donde yo esté?... y sí, yo tengo otras mujeres y qué”. Entonces imagínese sumercé uno tan joven y quedé embarazada rápido del otro hijo, entonces con un hijo chiquito y el otro en el estómago...”
(Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Al igual que Belén, Aurora también vivió con un esposo que la golpeaba. Ella que es una mujer que se enfrentó a muchos hombres para defender sus derechos, para que le dieran el lugar que merecía en su barrio, era agredida por su esposo cada vez que ella intentaba hacerle un reproche por sus infidelidades o por su exceso de alcohol.

“Ja, pero golpes eran golpes, pues porque uno le hacia el reclamo, uno le decía, me dijeron, lo vi, entonces no le gustaba que uno le dijera nada, como yo le decía a él, si es la verdad por qué le dolía, porque le daba rabia que uno le dijera... ¡Pues para mí, yo prefería perdonarlo y que no!! él siguiera con esa persona. Yo no perder el papá de mis hijos. Yo decía “yo sola y con tantos chicos. Yo cómo hago”. Aunque él nunca... él sus hijos no... él era especial con sus hijos”. (Fragmento entrevista a Aurora, abril, 2015)

Soportar los golpes y los malos tratos hacía parte de la respuesta de las mujeres de los barrios. Recuerdo como Grace, una de las vecinas de Isabel cuenta en escenarios abiertos y en conversaciones cotidianas como su esposo le pegaba casi hasta matarla por celos, por rabia, por hacerle reclamos a su infidelidad o simplemente por exceso de alcohol, y esta era una práctica evaluada como normal entre la población. – *ese hombre casi me mataba, como será que una vez mi mamá le rompió una escoba en la cabeza para que me dejara en paz.*

La violencia familiar era un modelo de crianza que venía tanto de los padres de las mujeres hacia ellas, como de ellas hacia sus hijos. Pero ante el hombre, la mujer debía soportar este tipo de situaciones, pues bajo su rol de mujer sufrida, esto hacía parte de las obligaciones domésticas la mujer debía aprender a someterse a las consecuencias de la irresponsabilidad y de la dureza del hombre, ya que él era quién mandaba en el hogar, pero además ellas tenían la capacidad y la fortaleza para sufrir, incluso desde que eran niñas (Lomnitz, 1975).

El sufrimiento hace parte no solamente del matrimonio y de la familia en la mujer, sino de la conceptualización misma del amor. (Illouz, 2012) en su libro “Por qué duele el amor”, explica desde la sociología que, a partir la visión europea occidental, el amor tiene una connotación de sufrimiento en especial hacia la mujer, bajo el estereotipo femenino de fragilidad, sumisión y debilidad. Desde esta mirada la mujer necesitaba de un hombre para estar segura, protegida y para ser parte de la sociedad. Ante estas condiciones, no había otra opción que soportar la superioridad bajo esa relación de poder y de esta forma reafirmar el espacio que tenía el hombre.

“Pero él fue un hombre bueno, él, aunque él tuvo después de mí, muchas novias... muchas mujeres, él tuvo muchas mujeres después de mí. Pero el nunca, nunca se fue de mi lado nunca. Y él nunca nos dejó sin el mercado, él nunca le gustaba que durmiéramos mal, los hijos él nunca les pego en ese sentido él fue un papá muy... especial” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

Al ser la mujer la responsable del éxito de la familia y del crecimiento de los hijos existe la necesidad de crear alguna estrategia que le permitan lograrlo. El plan de tener una familia debería ser más fuerte que lo vivido con sus esposos. La estrategia utilizada por Isabel, Belén Georgina y Aurora es el perdón. De nuevo aparece el proyecto religioso como mediador entre las relaciones de pareja que buscaban por todos los medios tratar de mantener la familia tradicional como eje organizador moral de la sociedad, ante un contexto social que comenzaba a vivir grandes cambios para la mujer. (Pachón, 2007)

“Y uno para tener un hogar tiene que perdonar mucho y y.... como le digo a sumercé, como otorgar muchas cosas. Como olvidar, como saber si hoy tengo un mal genio por tal cosa con esa persona, con él y yo quisiera matarlo, mejor dicho, uno quisiera matar a la persona al momento, pero ya uno habla y él “ah, pero esto, pero lo otro. Que mire que me paso esto. Que yo no tengo la culpa” ...Entonces así toca. Pero uno para tener un hogar tiene que saber perdonar muchas cosas y otorgar mucho. Perdonar por ejemplo que esté con otras mujeres. Pues para mí, yo prefería perdonarlo y que no él siguiera con esa persona. Yo no perder el papá de mis hijos. Yo decía “yo sola y con tantos chicos. Yo cómo hago”. Aunque él nunca... él sus hijos no ... él era especial con sus hijos.” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015).

Los discursos conservadores y de la Iglesia Católica sobre cómo llevar un matrimonio, aguantar a uno esposo borracho e infiel, obedecer los mandatos divinos y preservar la especie humana, se hicieron cada vez más visibles debido a la aparente crisis que comenzaba a vivir la familia como institución en los años 70, debido a diversos factores sociales e históricos, como el ingreso de las mujeres al mundo laboral de manera formal, a escenarios académicos y a verse visible sus producciones académicas (Puyana & Mosquera, 2003).

Y finalmente las transformaciones comenzaron a darse en la época. El ingreso de la mujer a las industrias, bajo la proyección de generar posibilidades de ascenso social y estabilidad económica, el auge de la modernización y de la urbanización dio cabida a que las familias se transformaran no solo a nivel estructural sino a nivel funcional (Pachón, 2007). Pero algo muy importante fue que le empezó a dar más autonomía a la mujer, pues ya podrían tener sus propios ingresos, gastos y ahorros que por lo general estaban enfocados a los proyectos de la familia.

En los sectores populares el ingreso de la mujer a trabajar, generó dineros adicionales que ayudaban a la superación de la pobreza y al mejoramiento de las condiciones básicas de supervivencia como la construcción de las casas, la posibilidad de modernizar los muebles,

mejorar la decoración e incluir algo de tecnología como estufas, electricidad y agua. Las mujeres de los barrios, eran mujeres que habían trabajado desde muy pequeñas en labores del campo y de explotación de canteras. Para ellas el trabajo era su actividad cotidiana, así no tuvieran ningún tipo de retribución económica. Estos antecedentes sumados al poco dinero que recibían restante de las fiestas de sus esposos, llevó a que ellas mantuvieran sus actividades laborales, y buscaran alternativas que les permitían combinar trabajo doméstico como empleadas de servicio, ventas informales y favores pagados con la crianza de los hijos, responsabilidad que por la ausencia de los hombres caía por completo sobre ellas. Aunque esta era la situación de muchas mujeres de sectores rurales, ilegítimos y populares de Bogotá, y de otras ciudades del país, la historia de estas mujeres en la lucha de su búsqueda de ser mujeres de progreso, tiene una particularidad importante en cuanto a las estrategias que creaban para lograr sus objetivos. Es importante entonces analizar dichas historias desde los diferentes espacios tanto femeninos como masculinos que ocuparon en la búsqueda de autonomía económica y liderazgo familiar.

El espacio de los hombres ocupado por las mujeres

Historias de mujeres constructoras

Como mencioné en el apartado anterior, al hablar de los barrios de las canteras y de los volqueteros, pareciera que se le otorgara al sector el valor masculino basado en el estereotipo de hombre fuerte, constructor, conductor, labrador de la tierra y fundador de los barrios de la montaña. Para el tipo de trabajos que se daban en la zona se requería de la fuerza para picar, triturar, cargar y movilizar piedra, manejar vehículos y dinero, dirigir obreros y tener el conocimiento de material y técnicas de construcción. Pero este tipo de división sexual del trabajo del que habla (Scott, 1993) en donde los trabajos femeninos y masculinos se diferencian por las características biológicas para hombres y mujeres, no se evidenciaba en los espacios que corresponden a los barrios de la montaña durante la época de su fundación. Esta zona de rural de Bogotá, fue una de las extensiones del campo en la ciudad, debido a las características rurales y de pobreza de las personas que iban llegando producto de la migración, y a los campamentos temporales que construían para vivir en ellos.

Como expresa (Canabal, 1994) el fenómeno de la migración de mujeres campesinas trajo reconocimiento importante en los años 70 a nivel social, debido a que ellas se convirtieron en mano obrera que fortaleció los procesos industriales, e integró a la mujer campesina en sujeto de transformación social. Esto significa que las mujeres de los barrios, que fueron hijas de campesinas, trabajadoras y pobres, comenzaron a ocupar espacios que históricamente eran solamente masculinos, incluso antes que las mujeres empezaran a aparecer formalmente en escenarios públicos. Ellas sabían arar la tierra, sembrar cultivos, hacer que la tierra produjera y sacar los frutos de ellos. Conocían también el manejo de obreros, el cuidado de animales, el funcionamiento y mantenimiento de volquetas y labores de construcción. Durante la niñez, juventud y parte de su vida matrimonial, las mujeres de los barrios trabajaron con obreros y con material de construcción: fueron a su vez campesinas en espacios pequeños ocupados por sus pertenencias, cultivos y animales. Intentaron mantener sus ideas sobre la vivienda en el campo, al igual que del conocimiento de producción agrícola y cuidado de animales para continuar una vida campesina en sus pequeños terrenos invadidos, donde combinaban la vida rural con la urbana, la vida privada con la pública y la vida masculina con la femenina en la búsqueda de supervivencia y ascenso social.

“el que fue creciendo pues vaya y trabaja a ver como se viste porque... a mí me tocaba triturar en la cantera. Nos sacaban rajón en una carretilla y nos regaban ahí, ¿no? Y uno se sentaba y ponía una piedra altica y ahí triture y eche... mire, yo eh, cuántas veces me quité este dedo. Y me machucaba este dedo, y vendíamos el viaje de eso. Era 3 metros, era el viaje, en ese tiempo se llamaba 3 metros, porque medía 3 metros la volqueta. Y se cargaba eso y le pagaban a uno como 15 pesos, como 12 pesos, yo no... pero yo con eso tenía pa comprarme mis sandalias, mi... porque yo tenía trenzas y yo todos los días... para cada día tenía un color de cinta pa ponerme en las trenzas” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Para ellas era importante tener en sus espacios de vivienda, provisional o fija, lugares para sembrar alimentos útiles en el sustento del hogar, y si era posible para la venta durante los días de mercado en el pueblo de Usaqué. Estas habilidades facilitaron que las mujeres de los barrios, al igual que los hombres, hayan sido mujeres constructoras, fundadoras de sus barrios y de su comunidad. La fuerza física que tienen las mujeres y que han adquirido desde pequeñas, la han desarrollado con los oficios del campo: cargar, sembrar, mover, construir, romper... y son actividades que aprendieron junto a las que corresponden al espacio de la mujer: cocinar, limpiar,

tejer, criar y cuidar. Sus roles en las familias son la continuidad de las labores del campo transformadas en las labores de construcción, en los espacios del hogar y de la comunidad. Estas mujeres de origen campesino también picaban piedra, escogían el material, manipulaban herramienta pesada y conocían la dinámica de las canteras y de las construcciones, sabían aplanar terrenos, manipular material, conseguir objetos de decoración y armar casas improvisadas con los diferentes campamentos que tuvieron que levantar tanto solteras como casadas.

Con esta diversidad de actividades no polarizadas por el género, ocuparon poco a poco el espacio masculino de la construcción y se convirtieron en competencia para los hombres en una época donde los trabajos para las mujeres de estratos sociales bajos estaban dirigidos hacia el trabajo doméstico y la limpieza. Las mujeres fundadoras de los barrios transitaban desde pequeñas, entre el trabajo masculino y el trabajo femenino con labores propias del campo y del cuidado de sus hermanos: combinaban estos oficios con el trabajo en las canteras para ayudar con algo de dinero al hogar; cuando salieron del hogar de sus padres, debido a su bajo nivel académico y las pocas posibilidades de conseguir un trabajo formal, comenzaron a hacer parte de la mano de obra femenina que trabajaba en servicio doméstico. Limpiaban y arreglaban casas de familias adineradas de Usaquén, lugares en donde hicieron contactos, aprendieron prácticas de otros sectores sociales y se establecieron como mujeres trabajadoras. Estas nuevas actividades las realizaban combinadas con las responsabilidades de sus propios hogares, que las acompañan hasta ahora.

Pero además de trabajar, las mujeres de los barrios ocupaban el espacio de los hombres construyendo con sus propias manos, sus casas y organizando a sus vecinos en la conformación social de los barrios. Como otro ejemplo de estos tránsitos entre lo femenino y lo masculino, (García, El Barrio popular en Bogotá en las voces de sus protagonistas. Madres comunitarias y jardineras: 1980-2011, Usme y Ciudad Bolívar, 2013) hizo una investigación sobre la construcción de barrios populares de Ciudad Bolívar y Usme en los años 80 y resalta el papel de las mujeres en la organización social y económica de la comunidad. Al igual que las mujeres de la montaña, se organizaban para construir sus chozas temporales, conseguir los servicios básicos y vivieron en comunidad el tema de la urbanización de sus terrenos rurales invadidos por ellos y sus familias en épocas del crecimiento de la periferia de Bogotá. Todo como un proceso liderado desde las mujeres adultas de los sectores populares del sur de la ciudad.

Con este mismo ideal, pero por el norte de la ciudad, Isabel, Belén, Aurora y Georgina junto a sus vecinas fueron las mujeres constructoras de sus casas, de sus barrios y de su comunidad. Fue por iniciativa y gestión de ellas que hoy tienen vivienda propia para ellas y para sus hijos, hijas, nietos y nietas. Este fue su espacio de negociación directamente con los hombres. En un principio con sus esposos, quienes estaban cómodos en los campamentos que habían construido y se negaron desde el inicio a construir. Fueron cediendo poco a poco a la idea de progreso dada por las mujeres, y ante la organización de la comunidad para la legalidad de los terrenos, como sucedió en el Pañuelito.

En los 4 casos estudiados a profundidad y otros que he conocido, las mujeres de esta época fueron quienes se inquietaron por salir adelante y motivaron, casi obligaron a sus esposos para que el progreso llegara a sus humildes viviendas, de la mano de la construcción de sus casas propias, esto desde la versión de las mujeres. Isabel tuvo que insistirle a su esposo varias veces para que comenzaran la obra. Ella al igual que otras vecinas la comenzó sola. Se comprometió a trabajar todos los fines de semana y aportar lo que más pudiera, primero a escondidas de su esposo y luego con su consentimiento, comenzó a mover material para la construcción de su primera casa en el Pañuelito y a estar pendiente de su obra, a pesar del poco apoyo de su esposo.

“Mi marido al principio dijo que no, él dijo que para eso él tenía el potrero en Usaqué. Que cuando le hicieran falta unos centavos él se iba para Usaqué. Y yo decía ¡ay! señor ayúdame. Ay eso ya cogíamos el ritmo y ya cada ocho días nos convidamos unos con otros, nos íbamos, entonces ¿qué paso?, como él no quería venir, ya principio el trabajo más pesado, ya trajeron una retro, trajeron un buldócer para explanar todo eso como era monte, y ya hubo volquetas sacando material llevando como pa’ el lado del colegio, como era como un hueco para la parte de arriba y todo eso lo rellenaron con eso, con el material.” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Belén tuvo que pelear varias veces con Antonio para que lograran quedarse con la casa que ella comenzó a construir. Fue ella quien se comprometió con el Instituto de crédito territorial a cuidar el material y la construcción a cambio de tener un lugar donde vivir y poder continuar con la construcción de su casa, a pesar del poco interés y colaboración que Antonio mostró con este proyecto.

“Entonces eso necesitaban un celador para que cuidara todo el material y todas las otras casas. Entonces yo hablé con la trabajadora social y le dije que, si me dejaba cuidar una casa de esas, es que yo pago arriendo y tengo mis hijos y todo. Y, pues la verdad, nosotros... yo como que le caía bien a la gente, entonces ella dijo “rosa, pues

si usted quiere sí, pues vengase a vivir, pero nosotros no le pagamos nada”. Dije yo “no, no me paguen. Déjenme vivir... al contrario, yo cuido el material y de todo”. Y entonces ella dijo que sí. Entonces ya nos trasteamos donde vivíamos para esa casa. Pero entonces él se puso a tomar y fue grosero, entonces ya, que nos quitaban la casa. Eso me toco ir por allá a chapinero, donde eran las oficinas principales y hablarle a la coordinadora principal, me hizo llorarle y de todo. Yo que culpa tenía que él... entonces ella me dijo “bueno, está bien rosa, pero ahora va a trabajar usted” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Otro espacio importante de lucha lo dieron algunas de ellas frente a otros hombres, vecinos del sector. La construcción era para los hombres su espacio de experticia. La intromisión de las mujeres en este tema era retador y elemento de conflicto en la comunidad. Era una incoherencia hacia el dictamen del lugar de las mujeres y los hombres.

“ya los señores principiaron pelear con las viejas que estábamos solas, ay que los maridos tomando, que los maridos no sé qué, que mandan las mujeres y que no sé qué... Los maridos de nosotras nada, las que íbamos solas, porque éramos hartas que íbamos solas. El mono este, ese me juro la guerra, que usted sola no trabaja, que usted no sé qué, que usted si se cuántas. Que, porque eran los hombres, porque ellos eran machistas, ahorita ya cero machistas, pero ese me hizo la guerra... Y yo me acuerdo tanto una vez, ya estaban haciendo los cimientos, e hicieron un campamento grande, y el cemento había que subirlo de ahí, a la casa de él... , y él dijo que como tenían ahí yo no sé qué yo si se cuantos, que para mandar las mujeres, y eran tan difícil con la carretilla que no había por donde, entonces yo les dije ustedes por qué no me hacen un favor, échenme un cemento aquí en la espalda y échenle un bulto de cemento a ese señor, y eso que los otros compañeros dijeron ay déjesela de montar, que ella ayuda a trabajar en lo que sea que haiga que hacer la vieja le hace, pa’ que jode usted. Entonces yo iba a hacer presencia y trabajaba como fuera, y le dije yo a los otros compañeros, échenme un bulto de cemento y me echan otro bulto de cemento a mí, vamos a ver, yo en ese tiempo era joven, tendría unos 27, 28 años, y sí, me eche un bulto de cemento, y le dije bueno a ver, y los otros dijeron bueno vámonos, a ver quién llega primero con el bulto de cemento, una apuesta, sigue jodiendo o para de joderla, dijeron los otros porque ya estaban con la piedra afuera, estaban rabiosos, y dijeron bueno vamos, y yo Salí, el camino siempre ha sido como culebreado entre las casas para salir a la casa donde él, y yo Salí allá y los otros detrás mío, hágale, le gané, le dije entonces a ver cuál es la diferencia, que es lo que quiere que le haga, manejar un buldócer no sé por qué no lo puedo hacer, pero del resto puedo hacerlo así que déjenme en paz, y santo remedio” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Esta fuerza física que pueden sentirse en las manos ásperas Isabel y de Georgina se mimetiza con la fortaleza que muestran en sus historias donde soportan, perdonan y vuelven a surgir. Son las luchas que daban estas mujeres de la clase baja, en sus pequeños espacios de cotidianidad,

mientras que, en las esferas políticas y sociales, el crecimiento de la participación femenina en el mercado laboral, la aparición de la mujer en el sistema educativo, iban logrando grandes transformaciones en la sociedad bogotana de la segunda mitad del siglo XX. (Puyana, 2007)

Tener una casa limpia y decorada

Aunque estaban apareciendo este tipo de transformaciones sociales para las mujeres bogotanas, el espacio en esencia de las mujeres seguía siendo el hogar, en el rol de madres y esposas, generalmente para los sectores sociales de élite, mientras que las mujeres de sectores populares debido a sus condiciones económicas debían trabajar generalmente en actividades informales o en trabajo doméstico. (Uribe-Alarcón, 2015). Sin embargo, la mujer seguía siendo el eje fundamental y su lugar estaba en la casa.

La reafirmación de este rol se materializa principalmente en mantener sus casas limpias y organizadas, en cualquiera de las etapas de construcción que se encontrara. En este espacio que es construido conceptualmente desde teorías feministas como lugar privado propio de la mujer, se naturalizan las actividades propias de la mujer como la crianza, la limpieza, el cuidado y el trabajo doméstico no remunerado. (Arango, 2011). Las historias de los barrios narrados desde sus habitantes muestran un sentido de pertenencia por su historia y por la necesidad de que estas casas permanezcan como objeto de identidad de la familia incluso en las futuras generaciones⁷.

Para las mujeres sus casas son fundamentales en el crecimiento de su familia y es el espacio en donde reafirman su feminidad: Las casas aparte de ser construidas con sus manos y pagadas con sus trabajos, fueron decoradas por ellas mismas, bajo sus criterios y las ideas que salían de las casas de sus patronas. Mantener una casa arreglada y limpia era, y sigue siendo una condición muy importante, incluso cuando vivían en campamentos o ranchos. La feminización de este espacio se evidenciaba en la forma como la casa estaba arreglada y esta condición trascendía las posibilidades económicas. Si bien las casas fueron un objeto de la familia, o de los esposos (hombre y mujer) tenían un componente femenino en su transformación física y la forma en que

⁷ Sobre este tema es el proyecto de investigación donde surge esta investigación “Identidad social basada en las narrativas de los adultos mayores de los barrios Pañuelito, Delicias del Carmen, Bella Vista y la Esperanza” formulado y trabajado desde la facultad de psicología de la Universidad El Bosque.

ellas se apropiaron de ese territorio para liderar y dirigir el futuro de sus hijos y así darle sentido a la famosa frase “la familia la hace la mujer”.

A pesar de que mi suegra se puso brava porque me le llevé su hijito, yo fui un día y le dije “señora mercedes, camine va y conoce el ranchito que hicimos. Camine. Donde vamos a vivir con su hijo y sus nietos”. Y ella me ha querido a mí porque pues yo era muy ordenada y muy aseada. Eso me... bueno, a la final de todo trabajar uno en eso uno aprendió, ¿sí? No estudie, pues no aprendí otras cosas, pero aprendí también a llevar un hogar. Y yo aprendía de la señora, esa señora pues en ese tiempo todo ordenado, y que bordaban a mano y yo no sé, hacían una cantidad de cosas. Entonces uno, a pesar de uno trabajar, pero uno aprendía. Porque yo hacía mis carpeticas, yo compraba pedacitos de tela y los cortaba y los redondeaba y los ponía en las cositas así. Después llegó mi suegro y Pedro bajó y lo invitó y a pesar de que él era muy... pero si fue. Y eso quedaron encantados como teníamos... como habíamos arreglado.

Si, como habíamos arreglado. Bueno como yo había arreglado Eso yo cogía una esponja, todavía existen esas esponjas, y cosiataba el piso y le echaba una cera que existía, eso sí olía a gasolina o a varsol, bueno olía, y después le pasaba un trapo de lana y eso quedaba ese piso todo bonito, brillante. Y yo tenía arregladito así, todo bonito... Dormíamos en el mismo cuartico, pues su camita y nosotros, pues bien, arregladito. En esa época pues uno no tenía pa comprar sábanas entonces yo compraba esos talegos donde venían la harina de trigo, que venía en unos talegos de tela y yo los unía y de ahí formaba sabanas. Unía los talegos y, el decol si toda la vida ha existido, o sea uno siempre... entonces como eso venía con letras de harina de trigo no sé qué (risas), entonces pa quitarle esas letras yo los metía entre agua con decol y jabón, y claro eso se le quitaban las letras. Y esas eran... hacía sabanas y las fundas para las almohadas. Y inclusive le hice... y entonces mi suegra fue y eso si ella me miró todo entero y ella me decía “mija y usted cómo hizo para tener esto tan bonito”, entonces yo le decía ahí.... Y me dijo... entonces le dije que sabanas y todo tenía, porque mi marido dormía sin sábanas. Entonces yo hice esas sabanas y todo y una... fui y compré hartos talegos y le hice a ella dos jueguitos de sábanas y yo ya había aprendido a bordar con crochet y se las bordé y de todo y se las llevé de regalo. Y esa señora quedó encantada.” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Georgina narraba mientras me mostraba algunas fotografías de sus hijos y de su familia lo importante que ha sido siempre para ella tener una casa bien arreglada. Cuando ella y su esposo Carlos comenzaron la construcción de su casa en Uniceros, tuvieron que armar un campamento en el lote mientras iban construyendo la que hoy todavía es su casa. Para ella era fundamental que su casa luciera agradable para ella y para su esposo, pero también para sus vecinos. Lo que hacía era decorar con fotografías, imágenes, papel de regalo y afiches los tablones que hacían de paredes y poner tabla sobre el piso de tierra para darle algo de elegancia y estética a su hogar.

“Aquí... este es el campamento del cual yo le hablaba. Mire que no son mentiras mías. Yo ponía afiches (risas), los pegaba por dentro. Yo pegaba afiches para que no se viera así... Aquí tenía una camita, y así, y al abrir afuerita quedaba donde cocinaba. Solamente esto era un área, y esto era como con tabla burra... como con tablas ahí de madera. Una tabla gruesa. Yo cogía los sábados le echaba jabón a esa tabla y la lavaba bien lavadita y mantenía todo así... como... como bien organizadito siempre...Pobre pero bonito y limpio”. (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015)

Belén logró diseñar incluso sus propios muebles. Al trabajar en el trabajo doméstico en casas de personas adineradas de la alta sociedad del pueblo de Usaqué, tenía la oportunidad de conocer un poco de la moda del momento, copiar algunas ideas y llevarse algo de material sobraba para decorar su hogar. Con sus propias manos y algo de materiales lograba armar sillas, mesas, cajones y cojines que decoraban los espacios sociales de su casa en el Pañuelito. Se convirtió incluso en el referente de sus vecinas y les enseñó algunas técnicas que había aprendido y otras tantas que se había inventado. Ya no solo era importante tener una casa para progresar, sino tener una casa ordenada, limpia, bonita y bien decorada, que se diferenciara de las otras, incluso si se trataba de un campamento. La costura, decoración y creatividad generaba ambientes más citadinos y similares a los de sus referentes de la alta sociedad.

“la señora me dejó cuidar la casa y como yo había hecho mis muebles de allá arriba, pero esos se habían acabado ya, entonces volví y compré otros cajones y volví, hice otros muebles. Y resulta que la trabajadora social de ahí, ella hacía las reuniones en la casa de nosotros. De todo el personal del... y ella un día llegó y me dijo “venga y ¿esos muebles tan bonitos?” entonces yo le dije “no doctora, es que yo los hice así y así”, y a esa señora le encantó eso y me ha puesto al día sábado por las tardes enseñarle al resto de señoras a hacer esos muebles... yo me ingenié eso porque donde yo trabajaba, había muebles así pues con espuma con forros bonitos y todo eso. Entonces uno miraba y los había en la casa eso sí, yo hacía eso era a mano porque pues yo no tenía maquina pa coser. Yo hacía los forros de la espuma, eso era forro acá y forro en el espaldar, o sea forro acá y forro acá, porque yo le puse espaldares de tablas. Entonces les hacía... yo no sé cómo yo me ingeniaba hacer esos cajones, esos muebles. Y en la mitad me hacía una mesa y me conseguía un vidrio, compraba un vidrio y le puse vidrio. O sea, eso era todo de caché yo no iba a dar pena (risas). Y que, y acá debajito, y eso uno iba por ejemplo por allá al centro, donde era en esa época la plaza España y por allá uno encontraba figuritas, cositas así, pues yo compraba y traía y... “yo viví humildemente, pero a mí me gusta tener bonito. Tener bonito y arreglar bonito. Entonces ya la trabajadora social me decía “rosa pues, hagamos una cosa. Yo le pido el material a las mamitas y de todo y tu vienes y les enseñas a hacer los muebles”. Pues sí, yo le enseñe... ¡uff!, casi a todas las señoras de... entonces ya unas aprendieron y les enseñaban a otras y así. Y diferentes... entonces ya nos trajeron, del Instituto de crédito personas ya especializadas y nos

enseñaron a hacer cuadros, a hacer cosas para que decoráramos nuestras casas nosotras mismas” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015).

El tener una casa bien arreglada actúa como diferenciador entre sus vecindades. Ellas no solo se han dedicado a construir su casa e incluso otras, sino a renovarlas, mantenerlas y a generar los espacios necesarios para que sus hijos y nietos tengan el lugar donde vivir. La imagen de su casa por dentro y por fuera es un elemento de comparación de progreso entre ellas, pero sobretodo de diferenciador. Es importante mostrar bienestar y estabilidad a partir del número de casas que tienen y la constante renovación que les hacen. Se les escucha con frecuencia hablar de las casas que ellas saben que tienen las otras, de lo que han hecho con ellas, de quienes dejan o no vivir allí. Cuando muestran sus casas son orgullosas de lo que poseen, todas me hicieron un recorrido mostrándome los espacios que tienen, la sala, el comedor, las habitaciones. Siempre había cabida para hacer comparaciones con las casas de las demás.

“la casa de Isabel es la más grande es que ella siempre ha tenido ese lote y ese lote es grandote, ella además como mete ahí a los hijos pues eso tiene más espacio, tiene hasta matas adentro de la casa” (Fragmento entrevista a Aurora, 2015).

Las casas para estas mujeres y su decoración son el lugar donde reafirman su feminidad, su rol como madres, cuidadora, organizadoras y a la vez han sido siempre el espacio que les da autonomía y poder, tanto para la forma en que se mantienen como en las cosas que ocurren en ellas. Este fenómeno se puede explicar desde el planteamiento que hace Bourdieu, (2000) sobre las relaciones de poder. Para el sociólogo, es la estructura social la que soporta las diferencias entre hombres y mujeres y da cabida a la dominación del hombre hacia la mujer. Entendiendo que quien domina es un actor favorecido en recursos económicos, sociales, culturales y educativos, o quien la estructura social favorece su condición debido a las prácticas y representaciones socialmente construidas, que se replican una y otra vez, reforzándose en la interacción social. Esto implica que las relaciones sociales y las de pareja, estarán basadas en ejercicios de dominación y sumisión con respecto a la diferencia de géneros, reflejado en las prácticas, las representaciones y las normatividades (Ramírez, 2013).

Hasta el momento he mostrado a las mujeres fundadoras como sujetos que han sido dominadas por la estructura social que planteaba a las mujeres en condiciones de subordinación y que, validado por los discursos religiosos, acepta roles establecidos de maternidad, sufrimiento y precariedad. Sin embargo, en esas mismas relaciones de poder entre esposos y esposas, entre

madre e hijos y entre vecinas, surgen estrategias que llevan a que la dominación sea flexible y se intercambie para generar otro tipo de interacciones.

Las casas son los territorios donde las mujeres pueden dominar, poner sus reglas, usar el dinero que tanto ellas como los esposos ganan para su sostenimiento, decidir sobre el uso de ese dinero y darle la orientación de progreso a su familia. Son también objetos estratégicos de distinción entre las vecinas: La decoración moderna, con objetos lujosos, utensilios de cocina y tecnología, acercaba sus campamentos y casas a las características de las viviendas de la ciudad. Son objetos de distinción de clase (Bourdieu, 2002)⁸ entre ellas, y ubicaba en diferentes esferas de progreso a las familias de los barrios. De esta forma progresaban las familias que salían de los campamentos, tenían casa en el Pañuelito, compraban volquetas y quienes lograran tener servicios públicos propios como agua y luz. Es decir, quienes lograban ser habitantes bogotanos legítimos bajo las nociones de progreso de la ciudad. De igual forma, las mujeres salían adelante y que eran valiosas para la sociedad, eran las mujeres que tenían una casa, tenían una familia, un esposo a su lado y que tenían una casa propia y en perfectas condiciones. Esto sumado a que la mujer al aparecer en los espacios laborales, podía ser alguien en la vida si sabía combinar toda su responsabilidad femenina con la de tener un trabajo para tener dinero como ingreso a su familia. Estas condiciones son las que he llamado para este estudio, las súper mamás. Categoría que se mantiene al día de hoy para las mujeres modernas.

Ser mujer es ser una súper mamá

Con mucha frecuencia las mujeres del barrio, incluso de otras edades hablan de sus hijos, de las experiencias de ser madre y de lo duro que ha sido para ellas este proceso. - *“ser madre es una bendición porque uno solo sabe el cariño que se les da a los hijos, hasta que crecen y se casan, luego lo abandonan a uno y solo lo visitan para traer los nietos”*. - *“ser mamá significa una experiencia muy grande y bonita. Desde que nacen, levantarlos con mucho cariño, ponerlos estudiar hasta donde uno más pueda, así ellos no quieran de malas, es darles buenos consejos,*

⁸ Distinción: entendido desde Bourdieu como las prácticas que reafirman la diferencia social entre los grupos y que los pone a unos sobre los otros en una relación de dominación de clase. En este caso la decoración como la práctica necesaria para establecer niveles de progreso y comparaciones entre las casas de las vecinas del sector. Esta práctica se mantiene incluso entre los barrios, dados por la antigüedad y legitimidad del barrio y por las modificaciones que les han hecho a las casas.

ayudarlos y llevarlos por el buen camino” (material recogido en celebración del día de la madre). Estas son algunas frases que se rescatan de las mujeres mayores del Grupo Adulto Mayor cuando hablamos de lo que significa ser madre.

Ser madre es como yo esperaba, uno de los eventos más importantes para las mujeres del barrio. Isabel y Aurora tuvieron cada una con su esposo cinco hijos. Belén tuvo cuatro y Georgina dos. Las cuatro mujeres son ahora abuelas, Isabel y Aurora son bisabuelas. La vida cotidiana de su juventud, su adultez y ahora su vejez ha girado en torno al crecimiento, bienestar y desarrollo de sus hijos y de toda su familia.

Estos cambios que enfrentaban las mujeres de la época eran fuertemente cuestionados por la sociedad conservadora, pues para ir a trabajar tenían que dejar sus hijos solos, o al cuidado de sus vecinas, esforzarse para tener todo organizado en casa y poder salir a sus lugares de trabajo, mientras ganaban algo de dinero para complementar al sostenimiento del hogar. (Muñoz & Pachón, 1991). Trabajar se convirtió en una actividad muy importante para ellas ya que podían hacerlo, pero sin dejar de lado su proyecto principal que nunca se sacrificaba: su familia.

Como mencioné en apartados anteriores, las historias de la vida laboral de las mujeres del barrio comenzaron en las canteras y se trasladan a los escenarios del trabajo doméstico, sea en casas o en empresas para la limpieza, que, con el crecimiento de la mano de obra para la mujer, comenzaron a contratar mujeres de sectores populares y de todas las edades para el aseo de edificaciones, corporaciones, bancos, hospitales etc. Aurora trabajó toda su vida, desde muy pequeña y lograba con el dinero que recogía tener ciertos lujos que para ella eran importantes, como sandalias, aretes, artículos para recogerse el pelo y para verse atractiva.

“¡Claro! yo trabajé mucho en las canteras y hasta ayudándole en la volqueta Para que a los hijos no les hiciera falta nada. Ya cuando conseguí trabajo en las casas ya no estaba más en la cantera. Ya no. Yo ya tenía mis dos niñas grandes... Yo no sé, pero nos rendía el tiempo... a las 4 de la mañana. Yo hacía desayuno y dejaba el desayuno hecho y me iba a lavar. Volvía con la eso, venía y arreglaba a mis hijas. Ellas estudiaban en la escuela de Usaquén. Las mandaba pa la escuela y yo me iba a trabajar. Y yo, la ilusión era irme temprano para llegar temprano a mi casa. Yo llegaba a las 4 de la tarde de trabajar y corra y juague la ropa que enjaboné por la mañana... tocaba cargarla. Nos tocaba cargarla porque o si no se la robaban. Y volvíamos a juagar la ropa y ya llegaba yo a hacer comida, por ahí a las 8 de la noche estábamos comiendo. Y a dormir y la misma rutina al otro día. Para planchar, yo planchaba de noche o el día sábado que no trabajaba. Y al tiempo tocaba comprar leche, carbón... uy ese sufrimiento con esas aplanchadas. Y en ese tiempo planchábamos ¡toda la ropa! Hasta las funditas de la cama planchábamos. Ahora uno sacude, dobla y ya. Uy ahora ya no ya no, Dios mío. Esa quebrada, yo digo, si hablara

jummm. Dios mío. Tanto que nos matamos en ese monte cargando leña y nos echábamos unos tercios de leña... y yo embarazada me cargaba mis tercios de leña. ¡Nooo!, yo trabajé en muchas cosas. Yo también trabajé vendiendo musgo, cuando dejaban coger el musgo. Nos íbamos por allá a traer el musgo. Vendíamos flores, vendíamos palos barbudos, eso... yo trabajé vendiendo papel y tarjetas allá en la 77 con 15 que era el lago, que era un Ley ahí... uy yo trabajé muchos años ahí para la navidad vendiendo papel y tarjetas.

Si yo... en ese tiempo era lavar, planchar, lavar baños, limpiar vidrios, limpiar vestidos de paño que eso Uy sí que hartera eso... para planchar esos vestidos... la solapa que no se le vaya a doblar aquí, que el puño que por aquí que no se doble. Eso le ponían a uno muchos peros. Almidonar las camisas, almidonar las carpetas. Todo eso tocaba... y que quedaran tiecitas, tiecitas.

¿Y en dónde trabajaba?

Yo trabajé mucho en Santa Bárbara. Trabajé en el Polo, trabajé en Chapinero, trabajé en Santa Ana, trabajé aquí... Santa Ana pa arriba, y por la circunvalar, por allá también trabajé por allá para arriba también y aquí en Santa Bárbara también. Trabajé aquí en un restaurante que hubo en Andaluz pa lavar la losa. Eso yo, mejor dicho, yo he trabajado... y ya después fue cuando me metí a trabajar a la empresa de aseo de donde me pensioné a los 65 años.” (Fragmento entrevista a Aurora, junio 2015)

Isabel, que es la experta en construcción y volquetas, combinaba sus labores del hogar, con ayudarle a su esposo a recoger el dinero de los conductores de las volquetas, organizar los gastos de la casa, mantener impecable la casa y los hijos y, además, consiguió trabajo mientras sus hijos estaban en el colegio.

“Jorge tenía como 7 u 8 años y Roberto tenía 6, y ellos entre juntos cuidaban a la pequeñita. Y ahora si salió como el cuento, por la tarde llegaba con el talego y los otros con los que le sobrara. Ellos fueron muy juiciosos y muy unidos. Bueno y una vecina fue y habló en el colegio, mire que esa vieja trabaja ahí en el colegio y briega mucho con esa niña, esa niña está muy pequeña no sé qué, dijo yo no sé, si enseñan ese chino grande porque aquí no se encarta nadie, sí. Así entre a trabajar al colegio como unos 15 años, por eso es que los chinos todavía me conocen por ahí” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Estas mujeres vivieron parte de la época significativamente importante para la mujer en Colombia. (Puyana, 2007) en su texto sobre los estudios de género y de mujer, presenta los cambios sociales que se dan hacia la mitad de siglo XX en Colombia, a partir de la aparición de la mujer en escenarios de orden público como los laborales, políticos y movimientos sociales. En la vida real, para mujeres como Aurora, Belén, Georgina, Isabel y muchas de nuestras abuelas y madres, vivieron pequeños dilemas cotidianos y conflictos conyugales, y pequeñas luchas por la

independencia económica, pero sobre todo por salir adelante y poder mostrarlo brindándole a sus hijos estudio, y a sus casas más decoración y renovación constante.

“con él acordamos que yo trabajaba, pero al principio no le gustó mucho, es que ellos siempre piensan que por ser hombres uno no puede hacer lo que ellos hacen, pero uno hace mucho más. Para nosotros era importante construir nuestra propia casa, por eso el aceptó, porque se dio cuenta que no le alcanzaba solo y que yo en algo podía ayudar, pero no fue nada fácil a pesar que yo siempre había trabajado, no se tal vez el machismo, pero a él al principio no le gustaba mucho la idea, pero si no hubiera sido por eso no tendríamos todo lo que hicimos” (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015)

Para poder ocuparse de los gastos que implicaba tener una buena vida para ellas, buscaban la posibilidad de trabajar cerca a sus hogares, fuera en trabajos formales o informales, pero que les permitiera estar pendiente de sus hijos. Podían algunas veces combinar trabajos desde la casa como lavar la ropa a los obreros o cocinarles, y trabajar en casas de familia, colegios o instituciones cerca a los barrios. La apropiación de múltiples responsabilidades, de una manera solitaria pues los esposos no ocupaban en lugar que ellas deseaban como pareja ni como padres, y algunas veces tampoco como proveedores, desencadenó que las mujeres de los barrios ocuparan todos los espacios posibles de la sociedad, con excesivos esfuerzos físicos y psicológicos y se convirtieran en “súper mamás”. Ser mujer en el barrio implica para estas mujeres un esfuerzo muy grande sobre todo el ser madres y trabajar a la vez. Era un estado en el que incluso no se daban cuenta de su agotamiento, las jornadas largas de trabajo en sus casas y en sus espacios laborales hacía que no se dieran cuenta ni siquiera de los cambios de su cuerpo, o de los cuidados que deberían tener en su periodo de gestación.

Ser madre al igual que ser esposa, lleva para estas mujeres la connotación de sufrimiento, que, para la situación de las mujeres mayores del barrio, implicaba planear y realizar todo el trabajo doméstico y de crianza por ellas mismas, sin ningún apoyo del esposo, pero adicionalmente, cumplir con las responsabilidades adquiridas con sus trabajos. La auto exigencia del cumplimiento de estas actividades y de hacerlas bien es a lo que he llamado, la súper mamá. Que es un modelo de mujer que inscribe a la mujer en ámbitos domésticos y a la vez a campos logrados por las luchas femeninas en ámbitos públicos, económicos, sociales y laborales (Jaramillo Burgos, 2007).

Aurora cuenta de forma comparativa, como el embarazo en las mujeres es algo que ha cambiado para las mujeres y para la sociedad, para ella ser madre simplemente era un estado propio de la mujer y lo que implicaba en este proceso se asumía como natural.

“No, sabe que... ah, uno en ese tiempo por el trabajo, las preocupaciones uno como que ni se daba cuenta que estaba embarazado sino ya de noche porque traía uno cansado. entonces ya uno se daba cuenta. no era como esas personas que se quejan tanto que no puedo caminar, que me duele aquí, que me duele allí.... y no me acuerdo de yo haberme puesto así. nada. nada, porque uno la preocupación de las cosas no le daba tiempo de pensar en el embarazo. a uno no le daba tiempo. pasaba rapidito, pasaba rapidito, sí. Y en esa época no había controles, ni ecografías o ¿si habían? no. no, nada. nada de eso.” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Si bien no era para ellas una novedad trabajar, pues sus madres también lo hacían desde en el campo, o incluso en el trabajo de canteras luego del proceso de migración, estas mujeres fueron quienes dieron la pelea para lograr la independencia económica por parte de los hombres bajo una principal motivación, la posibilidad de darle mejores condiciones de vida a sus hijos para que ellas y sus hijos “fueran alguien en la vida”. Esto implicaba además que poco a poco fueran ganando el espacio de la organización del dinero. Lo que implicaba ahorro, gastos diarios y pequeños lujos que para ellas eran muy importantes.

“Los hombres derrochaban mucho la plata... porque si mi marido no hubiera sido borracho yo tendría un edificio como el de allá del otro lado. Si... pero con todo eso, esto así, sumercé no me cree en esta casa que estamos tenemos aquí... como cuánto le digo yo... si no más esto era un cerro de tierra... Yo nunca dependí de él. Él manejaba su plata y yo manejaba la mía. Él nunca me tomaba en cuenta... yo más a él, porque yo veía que él ganaba mucho, él redoble de lo mío.”

¿Él ganaba más?

“¡Claro! ¿Entonces yo le dije “ah usted qué hace la plata? ¿Usted qué hace? Mire hay que comprar tal cosa, mire esto”. Yo le decía “mire yo pongo tanto y usted pone el resto y compramos esto” y así se iban comprando las cosas.

Yo era la que organizaba el hogar. Sí, todo. Todo. Los hijos yo los cuidé y todo. Yo si les pegaba porque había que corregirlos. Yo si no voy a decir que a mis hijos no les pegue. Yo los castigaba porque había que... y por eso mis hijas todas se casaron y mi hijo también se casó. Todos tienen su hogar”. (Fragmento entrevista a Aurora. Abril 2015)

La posibilidad de recibir dinero extra y mandar sobre los recursos que llegaban a sus casas le fue dando empoderamiento y autonomía a las mujeres, quienes finalmente tomaban las decisiones sobre sus hijos y el futuro de su familia a falta de la presencia de los hombres en el hogar. En una época en donde no parecía posible liberarse de los roles tradicionales y de las

obligaciones de la mujer, el cansancio de la vida que llevaban, la falta de oportunidades y el excesivo control de sus esposos, hizo que, desde sus hogares, cada mujer lograra algo de liberación para que la historia de sus hijas fuera diferente y ellas encontraran un poco de autonomía en sus vidas cotidianas.

En los espacios de las familias pobres se transformó la familia nuclear tradicional, desde actividades en una luchar por la supervivencia. La necesidad de la economía de las familias de estratos sociales bajos, llevó a que las mujeres ingresaran a la vida laboral y ser mujeres participes del ingreso económico como un apoyo adicional y necesario para el desarrollo de la familia. Si bien no se evidenció una reasignación de roles en cuanto a la maternidad y la paternidad, las mujeres de la época, asumieron un nuevo rol, el de trabajadoras y comenzaron a combinarla con la responsabilidad de los hijos y el hogar. Este tipo de transformaciones obedecen a unos cambios sociales que sufrió en su momento el contexto social y temporal de la época, pero tras la visibilidad de la mujer en escenarios sociales como el trabajo y la academia, evidenciaron lo que (Moore, 1991) concluyó como la transformación de la mujer como el cambio social más importante.

Los logros obtenidos a partir de los modelos tradicionales y de las transformaciones de dichos estereotipos que son legitimados por el sufrimiento, hace que las mujeres mayores tengan una visión muy clara e inflexible del deber ser de la mujer en la sociedad. Sus historias con aprendizajes exitosos y decorados de valentía, hacen que puedan asegurar con presión qué es ser mujer y como deberíamos resolver cada una de las etapas de nuestras vidas. La forma en que ellas salieron a delante es la adaptación de la mujer tradicional a la mujer moderna a partir del trabajo y la independencia económica. Esta mezcla lleva a una serie de conflictos que son transmitidos a sus generaciones descendientes y que se convierten en juicios morales sobre las conductas femeninas de sus hijas, nietas, vecinas y en general de las nuevas formas de mujer que existen en el siglo XXI. Estos conflictos los analizaré a partir de la paradoja “ser alguien en la vida” que intenta resolver la construcción de mujeres modernas que transitan entre pensar en sí mismas y trabajar por los demás para poder definir su propio significado.

Capítulo 3

Ser mujer es: ser alguien en la vida

“Ser mujer es tener el privilegio de dar vida, es paciencia, humildad, perdón, entrega, silencio, sensibilidad, es caerse y levantarse rápidamente para tener una sonrisa siempre y sobre todo es tener Fe y confianza en Dios” (FM)

“Mujer es el significado de amor y sabiduría en la familia; es el equilibrio perfecto que necesita la sociedad” (AM)

En este texto se puede sentir mis sentimientos de admiración y tal vez de fascinación hacia las mujeres de este estudio y sus historias. Debo reconocer además que sus relatos son muy cercanos a las historias de las mujeres de mi familia y de allí esa relación de cercanía y compromiso que permite la investigación cualitativa. Parte de esa fascinación se dio cuando comencé a escuchar la lucha por los espacios masculinos que hablé en el segundo capítulo y la confrontación interior que les pudo generar la prohibición, la violencia y la sumisión a la que se enfrentaron con sus esposos, pero en especial a la forma como en su intimidad lograban resolver las tensiones que les generaban sus roles como madres, esposas y trabajadoras. Parte del análisis surge también al escuchar las tensiones existentes entre sus razones y sus consejos que como mujeres les dan a sus hijas, nietas, a mí y a mis compañeras de trabajo sobre la forma correcta de vivir una vida desde el lado femenino, que pareciera ser contraria a la lucha que ellas dieron en sus hogares. Es por esto que en este capítulo intentaré profundizar en la teorización que han hecho estas mujeres sobre la vida sus propias vidas, pero también la de las futuras generaciones, a partir de las formas en que ellas han gestionado su cotidianidad.

Puntualizaré en las respuestas a la pregunta ¿qué significa ser mujer en el barrio? Desde las experiencias de las 4 mujeres protagonistas de esta investigación, a partir el contexto de construcción de los barrios mencionados en el primer capítulo y de la organización familiar establecida desde la visión tradicional expuesta en el capítulo segundo. Intentaré también mostrar las tensiones de esos significados de la mujer tradicional y cómo desde estos elementos, las mujeres mayores hicieron parte también de los discursos de la mujer moderna alrededor de la búsqueda de autonomía y libertad, especialmente en el progreso femenino de las habitantes de los barrios populares.

El contexto social en el que las mujeres de los barrios crecieron y formaron sus hogares, como he mencionado en algunos apartados, estaba caracterizado por pobreza, invasiones, transformaciones sociales y una búsqueda incesante por urbanizarse y formalizar sus viviendas entre otros. En dichas experiencias, la necesidad de salir adelante y de conseguir los recursos suficientes para ser reconocidos como habitantes de la ciudad, es decir como ciudadanos legítimos, llevó a los hombres y mujeres de los sectores rurales de Usaquén a empoderarse de su proceso de construcción urbana y de gestión de sus servicios públicos (capítulo 1). Estos ideales de progreso que dirigieron la construcción de las casas sobresalen en las memorias individuales y colectivas que se transmiten a las generaciones venideras en una frase: *“ser alguien en la vida”*.

El ser alguien en la vida para las mujeres del barrio es la motivación fundamental que debe dirigir las acciones de la vida cotidiana y la proyección de un buen futuro. El sentido de la vida la construyen a partir de la búsqueda del reconocimiento por lo que se logra en la trayectoria vital y del éxito con el que evalúan que dicho proyecto se haya logrado. En lo que refiere a estas mujeres, ser alguien en la vida significa para ellas unas nociones de progreso que surgen de sus historias de vida frente a su familia y a su proceso de organización social, que implican esfuerzos adicionales frente a la posición tradicional de la mujer en la familia y el trabajo, que llevan sobre todas las cosas a resolver diferentes conflictos en la cotidianidad en búsqueda de mantener una estabilidad económica y una fortaleza individual.

- *“Lo que yo siempre le dije a mis hijos era que estudiaran, por eso son lo que son ahora, no que se quedaran a esperar que pasa en la vida, hay que salir siempre adelante por más dura que sea”* (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015)

- *“lo más bonito de ser mujer es tener su familia, sus hijos, porque que será de la vida uno solo, ahí sí para que tanto trabajo y tanto joderse si no tiene uno con quien pasar la vejez”* (Fragmento entrevista a Belén, abril 2015)
- *Para ser alguien en la vida uno tiene que ser una persona independiente y muy segura, confiar en Dios que las cosas le van a salir bien a uno para poder sacar adelante uno mismo su hogar”* (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)
- *“Lo más importante de ser mujer es poder salir adelante, ser uno organizado, ser uno independiente, vivir su vida sana, delicioso me parece a mí. Es ser alguien en la vida para cuando uno este viejo gozarla como yo lo he hecho hasta ahora”* (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Para las mujeres del barrio, ser mujer se logra a partir de ser alguien en la vida, y esta condición tiene un importante énfasis en el reconocimiento de los logros obtenidos ante los demás. Es fundamental no solo ser alguien en la vida sino demostrarlo en la medida en que la vida de ellas y de su descendencia sea digna. Esto significa que cada generación tiene la obligación moral de subir de escala en ascenso social y para el caso de las mujeres, cumplir con las expectativas que tiene la sociedad para nosotras. (Jaramillo Burgos, 2007). Esto se logra con las siguientes condiciones fundamentales para el contexto social de los barrios, es decir ser alguien en la vida se materializa en estos escenarios que para ellas no son excluyentes:

1. Tener una familia: ser mujer madre y mujer esposa, pero también trabajar
2. Trabajar, lo que implica tener una independencia económica del esposo
3. Tener una casa propia y bien arreglada
4. Estudiar para acceder a mejores trabajos

Estas condiciones para las mujeres del barrio se constituyen desde las nociones de progreso dadas por los habitantes de los barrios durante la época de los 70 y 80 y pueden entenderse desde el concepto de ciudadanía de (Jelin, 1993) en donde, contextos de desigualdad y limitación de recursos, como lo fueron en su momento los barrios en construcción, los habitantes de la zona lucharon por “el reconocimiento como ciudadanos ante el Estado, y así ser incluidos en una sociedad establecida por derechos y deberes para sus integrantes” (Jelin, 1993, pág. 24). En las historias de construcción de las casas y los barrios se evidencia esta necesidad de adquirir unas condiciones propias de habitabilidad, de ingreso a la ciudad y de acceso a servicios públicos. Pero de manera diferenciada para las mujeres, ellas buscaban reconocimiento no solo como ciudadanas sino como mujeres triunfantes en sus entornos familiares, laborales y barriales. Incluso esa ciudadanía que era resistente a las dificultades económicas y familiares.

Es en las narrativas de las mujeres donde puede entenderse la sensibilidad y a la vez la dureza de esas condiciones que implica para ellas la teorización de lo que es ser mujer en los barrios. Así que intentaré explicar desde este recurso las reflexiones que han hecho ellas para sus vidas y para las de sus descendientes, en especial sus hijas y nietas.

Ser mujer esposa y madre que también trabaja

Ser mujer bajo la mirada de ser alguien en la vida, mantiene en primera medida la idea “mujer igual madre y familia igual mujer” (Puyana, El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo, 2007, pág. 277). Pero para el caso de las mujeres del barrio, con una pequeña transformación. Lograr el objetivo de la familia se consigue en una relación de pareja que le permita a la mujer progresar económicamente y que sea un apoyo en las responsabilidades económicas.

Cuando sus hijos empezaron a crecer tuvieron la posibilidad de ir a trabajar en empleos que les permitieran una fuente de ingresos adicional a la de sus esposos, y de esta forma lograr independencia económica. Esto coincide con un proceso social importante y es la formalización de los trabajos que llegaban con los procesos de industrialización de la ciudad. Las nociones de progreso eran cada vez más tangibles para las mujeres que ingresaran a los trabajos formales, y la mujer cada vez más se convertía en instrumento útil para el crecimiento y el desarrollo de Bogotá (Viveros & Zambrano, 2011)

Si bien sus familias estaban concebidas bajo los principios católicos y las convenciones sociales de la familia tradicional, lo que implicaba una división de roles como expliqué en el anterior capítulo, las mujeres de los barrios fueron trabajadoras a la vez que madres y esposas. Para lograrlo tenían que asumir su rol como mujer esposa y madre con sumisión, incluso legitimando la violencia y la infidelidad como parte del matrimonio, bajo los simbolismos sociales y las jerarquías establecidas dentro de la familia (Puyana, El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo, 2007); pero a la vez tenían que buscar alternativas de trabajo para lograr sustento en búsqueda del progreso. De esta forma era importante que su rol de madres y esposas se pudiera llevar a cabo con autonomía al menos en el área laboral y económica, algunas veces en contra o a escondidas de sus esposos. Aurora me explicó después de contarme sus

innumerables escenas de maltrato y de pelea con su esposo fallecido, las estrategias que utilizó para salir adelante.

“Los hombres de esa época se la pasaban era jartando, los de ahora también, pero es que en esa época era de todos los días, derrochaban mucho la plata... porque si mi marido no hubiera sido borracho yo tendría un edificio como el de allá del otro lado. Si... pero con todo eso, esto así, sumercé no me cree en esta casa que estamos tenemos aquí... como cuánto le digo yo... si no más esto era un cerro de tierra...si yo no me hubiera puesto las pilas seguiríamos en el rancho y no eso sí que tal. Yo hacía de todo incluso sin que él se diera cuenta porque si no quien se lo aguantaba” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Para Belén lo más importante de la mujer en la familia es salir adelante junto a su familia. ser alguien en la vida desde la superación de las dificultades y la fortaleza que caracteriza la perspectiva de vida en particular de las mujeres incluso por encima de la de los hombres. Bajo su experiencia, esa fortaleza que tenemos las mujeres para hacer lo que nos proponemos es difícil de mantener cuando se trata de una relación de pareja. El prototipo de mujer tradicional se rompe al hablar de una fortaleza que direcciona el trayecto de la ida, pero se vuelve a reafirmar cuando ella habla de la debilidad emocional que tenemos las mujeres frente a los hombres.

“Uy ... ser mujer significa mucho (risas)... mucho, porque nosotros las mujeres somos y la mayoría, no digamos que la época de nosotros ni nada sino aun las de ahora, nosotros las mujeres somos muy fuertes, somos muy echadas para adelante. Porque nosotras no desfallecemos tan fácil. Mientras que el señor, puede ser esto, pero el señor desfallece muy rápido. Y él se dejaba... si uno no le ayuda a levantar él se deja hundir. Si porque ellos tienen su forma de... si, de manejarlo a uno. Y muchas de las veces hay señores, hay hombres que son muy tiernos, muy cariñosos, muy detallistas, entonces eso debilita a la mujer un poquito. Ellos saben cómo manejarlo a uno. Pero sin embargo uno vuelve...”

Entonces ser mujer es ser muy fuerte

Sí, una mujer, nosotras las mujeres somos muy valiosas. No tenemos precio (risas). Todas, porque uno se va a criar... por ejemplo, yo enseñe a mi hija a lo mismo. A ser una mujer fuerte, trabajadora. Ella es abogada. A mis nueras mis cuñadas a todas y ellas también aguantaron mucho...” (Fragmento entrevista a Belén, junio 2015)

Tener casa es lo único seguro

El siguiente requisito para ser alguien en la vida es tener una casa propia. La historia de estas mujeres está ligada a la construcción de sus casas y a las estrategias de lucha que ingeniaron para lograrlo. El sueño de tener casa propia representa la lucha del progreso y la búsqueda de ser

alguien en la vida dentro de ese escenario de búsqueda de ciudadanía y formalización, pero que va más allá cuando se piensa en el ascenso social que busca la conformación familiar: Por un lado, es la forma en que se asegura el futuro de las generaciones venideras porque es un objeto monetario que se hereda, y por otro lado es la forma de darle permanencia a su legado familiar. Una de las nietas de Belén me explicó la relación que ella tiene con la casa de sus abuelos *“yo vivo en la casa de mi abuelita con mis papás, ella siempre ha querido que estemos acá, cerca de todo, pendiente de ellos y que como mi abuela dice, tengamos donde caer muertos”* (Diario de campo septiembre 2015, conversación con Ana)

Este escenario se repite en la mayoría de las casas de los adultos mayores fundadores de los barrios. Tener casa propia es el símbolo del progreso familiar y económico, que se ha logrado llegar a un nivel de estabilidad que permite tener un objeto fijo, que modo de posesión ubica a las personas en la esfera social de la ciudad. Una casa o un apartamento es la representación de bienestar económico no solamente por la pertenencia, sino por el lugar en donde se ubica, el tipo de espacio que lo conforma, la funcionalidad que tiene, la decoración y los objetos que lo acompañan. Desde ese empuje de progreso que tuvieron los barrios de la mano de la mujer, las casas tienen unas particularidades esenciales que definen las historias de los habitantes del sector, como lo es sus historias de autoconstrucción y autogestión al igual que la experiencia exitosa de progreso familiar que se logra a partir de la adquisición de un espacio propio.

Para darles esta seguridad, los hijos e hijas de las mujeres mayores viven en los barrios, en las casas que sus padres construyeron, o en la misma casa donde ellos habitan actualmente. Ana, por ejemplo, vive con sus padres y hermanos en la parte superior de la casa del Pañuelito que pertenece a Belén, mientras que su otro hijo, vive en la parte inferior de la misma casa. La casa ha tenido varias modificaciones, al igual que la mayoría de las casas del proyecto de autoconstrucción, para que la familia concebida con los principios tradicionales, mantenga unida y sea un soporte para el progreso de todos. La otra hija de Belén vive con ella en la casa de Delicias y el otro hijo en un costado de la casa que ella construyó para sus padres hace varios años. Belén al igual que Isabel y Aurora tienen sus casas que construyeron en el Pañuelito como su posesión, y es el lugar en donde viven sus hijos. Aurora por ejemplo vive en Delicias en su casa de 3 pisos, su hija vive en Pañuelito en su anterior casa y su hijo menor vive con ella en el primer piso.

Esto ocurre con la mayoría de las familias del sector. En las casas sobretodo del Pañuelito y de delicias del Carmen viven los hijos de los fundadores de los barrios con sus hijos y nietos si los tienen. Son personas entre los 40 y 60 años que continúan con el legado de comunidad que formaron sus padres. Algunos de ellos como muestra de ascenso social construyeron sus casas en Unicerros, que como lo mencionaba en el primer capítulo es el barrio que pareciera tiene más prestigio que los demás. Uno de los hijos de Georgina vive fuera de la ciudad, pero la visita con frecuencia sobre todo porque las familias de sus esposas también hacen parte del barrio. El otro vive en un apartamento también de la zona. La mayoría hijos de estas mujeres y del resto de mujeres fundadoras, formaron sus familias con vecinos de toda la vida de los barrios y se mueven entre las casas de acuerdo a las herencias, las posibilidades de arriendos y las modificaciones que hacen los viejos a sus casas originales.

Detrás de esta descripción las mujeres mayores, y también los hombres, buscan darle una permanencia a sus construcciones y su esfuerzo. Es la forma de heredar a sus hijos y nietos el producto de su legado de ser alguien en la vida, y el reto para ellos es mantener la casa y superarlos intelectual y culturalmente. Tener una casa propia, no tener que pagar arriendo les da ellos la seguridad de tener la identidad de ciudadanos de Bogotá, hombres y mujeres de la urbe popular de Usaquén, con una identidad dada por la historia de la construcción de sus barrios.

“Esta casa es de nosotros como herencia. O sea, mi abuelito les dijo pues vayan y vivan allá y le pagaban arriendo a mi abuelita. Cuando mi abuelito se murió pues mi abuelita dijo no, pues ya no. O sea esa entrada era como de mi abuelita. Y pues mi abuelito les dijo que no pagaran más arriendo, así que la dejaron como nuestra herencia. Dice mi abuelita que es como para nosotros, para los nietos. No para ellos sino para nosotros”. (diario de campo conversación con Ana septiembre 2015).

Se puede entender entonces la casa como el recurso material intermedio en un sistema de relaciones económicas y familiares, en donde se reproducen formas de interacción social, símbolos y significados a partir de la transmisión generacional de valores y objetos desde el proceso de la herencia. Es decir, la casa es el objeto que simboliza la organización económica de una familia en búsqueda del progreso colectivo y de la permanencia de los valores tradicionales para la misma, que además involucra a todos los integrantes (Chacón, 2008). Es así como las casas de los barrios se convierten no solo en el objeto de la identidad social de los habitantes del sector, sino en el

modelo de familia que se reproduce en muchos hogares constituidos bajo las historias de los barrios de la montaña.

Este tipo de apoyo que dan las mujeres mayores de los barrios habla de un rol que se ha construido con el pasar de los años y que es fundamental para entender los significados de la vejez que ellas, están viviendo en la actualidad y que trabajaré más adelante. Este rol es ser las madres dominantes de la familia. Estas mujeres no solamente aconsejan, regañan, cuestionan, direccionan y toman decisiones en sus familias, incluso cuando ya tienen sus hijos casados, sino que, a partir del dominio de sus casas, son las mujeres que tienen una forma muy particular de envejecer. Este proceso es el que analizaré al finalizar este capítulo, partiendo de dos elementos fundamentales: 1. Son mujeres que mantienen su liderazgo en la familia y 2. Son mujeres que se identifican y funcionan para sus barrios, para su comunidad.

Estudiar para que no lave platos, como yo.

Este último criterio no pertenece precisamente a las historias de vida de las mujeres de los barrios, pero sí a las exigencias que tienen ellas para sus hijas y nietas a partir de la carencia de la posibilidad de estudiar. Desde la década de los 30 las instituciones educativas comenzaron a difundirse por Bogotá, con formación religiosa en su mayoría, especialmente para la formación de niñas que venían del campo y vivían en veredas cercanas a la ciudad. De esta manera el proyecto de la civilización cumplía su cometido (Uribe-Alarcón, 2015). En el caso de Belén, su madre quien era una mujer campesina, le insistió a Belén que estudiara, pero ella prefirió trabajar desde muy pequeña para ayudar con las necesidades económicas de su familia.

“Mi mamita se vino de Ubaté de la edad de 7 años. Solita y ella era una mujer muy fuerte... muy, o sea muy dura, ¿sí?, por su niñez que pasó. Era una persona... y se le media a cualquier trabajo, porque ella se levantó sola. Ella decía “yo me levanté sola. Y yo aprendí a trabajar. Ustedes tienen que hacer lo mismo.” “ustedes no tienen que quedarse unas inútiles. Que no sepan hacer nada”. Y ella luchó para que nosotras estudiáramos, pero a nosotras nos pudo más la pereza que estudiar ¿sí? Yo hice hasta tercero de primaria porque no quise. No porque... porque a nosotras si nos daban el estudio. Y ellos se preocupaban mucho por darnos el estudio. Pero pues uno de perezoso y saber que llega una época que uno dice “yo por qué no” (risas)... “yo porque no aproveche”, porque hay otras personas que dicen “a mí si no me dieron estudio. Yo no pude estudiar porque a mí no me lo daban” A nosotros... y los tres.

Claro que mi hermano menor estudió su primaria y su bachillerato. En cambio, mi hermana y yo fuimos perezosas...(susurro)” (Fragmento entrevista a Belen,2015)

Por las condiciones económicas de las familias ninguna de las mujeres accedió a estudios de primaria ni bachillerato. Siendo niñas debían ocupar su tiempo trabajando junto a sus padres en el caso de Isabel, de cuidar a sus hermanos pequeños como Aurora, o salir del pueblo para buscar trabajo en la ciudad como le sucedió a Georgina. El estudio para ellas sigue siendo un anhelo que intentarían infundir en sus hijos e hijas. Para el caso de los nietos y nietas, estudiar es un mandato, no hay opción de otra cosa y son ellas quienes vigilan que estas obligaciones se lleven a cabo en los hogares de sus hijos e incluso apoyan con el pago de estas obligaciones a sus hijos. En la época de la construcción de las casas, las mujeres intentaron darles estudio a sus hijas, buscaron colegios cercanos, no solamente como una opción de dejarlos mientras ellas trabajaban sino pensando en la importancia que para ellas tiene el estudio en la movilidad social en su familia. Era una meta de madres, darle el estudio a sus hijos que se mantiene incluso hasta el día de hoy. Esta estrategia de progreso se presenta en familias colombianas como una movilidad de tipo ascendente en la posición social, debido a que, en contextos de pobreza y desigualdad, las nuevas generaciones tendrían que ubicarse a largo plazo en sectores sociales superiores a los del padre, mejorando así el nivel de educación y las oportunidades de bienestar social. (Nina , Grillo, & Malaver, 2003)

“Sí, pero ahí el mayor hizo hasta 5to de primaria y la segunda si terminó, la otra sino porque se puso de brincona y algo paso y la echaron y perdió 1 año, y ahí el que perdiera un año se iba, yo le decía brincona porque jugaba mucho. Yo ya estaba viuda, estaba sola. En esa época estudiaban en el colegio de Usaquéen un colegio bueno, ya más grandes yo le dije a la menor que entrara a estudiar algo más y yo fui y la matricule allá también en Usaquéen, era en esa universidad de odontología, detrás de esa iglesia, ahí duro como tres años, y yo dije pues ninguno de mis hijos tuvo tanto estudio, pues la más grande pues no era tan bruta, pues no eran tan brutos, la más bruta de estudiar fue marta, y yo le propuse a marta que ella todavía no era casada, le dije, ¿quiere estudiar? Busque donde estudie y yo le pago, claro ya quedé yo sola con platica y todo eso, yo le pago donde quiera y dijo que no y que no. Entonces a la otra la saque de ahí y la llevé y la matricule en el colegio de Chiquinquirá en chapinero, que en ese tiempo era el mejor colegio de chapinero y ella allá termino, ella si termino ahí. Mi marido si poco interés en el estudio de los chinos, entonces yo dije a ver si saca la cara por alguno. Entonces ya después de vieja ya tenía su hijo y le llamo la atención auxiliar de odontología, también yo les dije, vayan y mire como es y yo les colaboro para que hagan su curso miren a ver como hacen, de todas maneras, cuente conmigo. Ella ya casi sale pensionada, lleva trabajando 22 años.”
¿Y los muchachos? ¿Ellos no estudiaron?

“Les gustó lo de las volquetas y ahí están. Pues el mayor sigue en eso.” (Fragmento entrevista a Isabel, 2015)

Estudiar para no lavar platos implica aparte de no trabajar en servicio doméstico o en servicios generales, sino que tiene un significado adicional frente a los hombres. Para ellas, las mujeres que tienen acceso a la educación, tendrán en el futuro acceso a mejores trabajos, mejores ingresos, es decir mayor independencia económica. Estudiar significa posibilidades de trabajar en otros ámbitos incluso profesionales o tecnológicos, pero también lleva a que sus hijas ocupen un lugar que ellas no ocuparon en sus hogares. El nivel académico y el dinero que ganan en estos trabajos les puede brindar posibilidades de igualdad que ellas no tuvieron en sus hogares junto a sus esposos. La dinámica del hogar cambia con el rol de la mujer trabajadora profesional, así que ser alguien en la vida se logra a partir del respeto que les asigna los títulos académicos y el trabajo profesional que puedan conseguir las generaciones de ahora. Estudiar es la estrategia que las mujeres modernas debemos utilizar para ser alguien en la vida.

"si no le alcanza yo le ayudo. aunque yo le ayudo ahora a ella mucho porque está estudiando. yo le dije "mami, lo que sea pa estudio, yo le ayudo". hasta ahora se consiguió por ahí un señor también de 38 años tiene el señor y ella tiene 34. pero yo le dije "no, ¡estudie! primero lo primero mami y después que... Y yo le digo a mis nietos eso. Estudien, sean alguien en la vida. Sean unos profesionales. Yo les inculco, hasta al más chiquito, a los niños del jardín. Uno les dice eso. Tienen que estudiar, juiciosos, ser unos niños... unos grandes profesionales, para que... porque una persona profesional es alguien en la vida, ¿sí? Y hoy en día que el que no estudie ¿qué hace? ¿Ah?" (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Estas exigencias de las madres a sus hijas y sus nietas sobre estudiar y trabajar, llevan a que sea una condición de ser alguien en la vida de su descendencia, es un mandato que deben cumplir las mujeres para ser alguien en la vida. La familia es un proyecto que no se puede eliminar, es una obligación de la mujer tener una familia. Pero desde este punto, la familia para estas madres tiene que cambiar, en favor del progreso de sus hijas y de las relaciones de igualdad económica con sus esposos. Ellas deben buscar un hombre que las apoyen en sus proyectos y que ayuden en el hogar.

Entre la liberación y la tradición: contradicciones entre el ser y el deber ser

Al escuchar las voces y las experiencias de estas mujeres, pareciera que convergieran dos ideales de mujeres en un mismo discurso, que es algunas veces contradictorio y obedece a las formas como ellas resolvieron sus conflictos entre eso a lo que llaman el deber ser como mujer, y

el querer ser. En sus historias aparecen diferentes formas en las que convertían los escenarios masculinos en femeninos, otras en donde en su intimidad logran construir significados propios de independencia en contradicción a lo que se establece como sociedad para las mujeres del momento, y otras historias sobre experiencias de liberación en lo cotidiano. Es a este tipo de precisiones a los que he llamado las tensiones entre lo tradicional y lo moderno, o entre el ser y el deber ser.

Las mujeres de los barrios muestran en sus historias la con su capacidad de organización a nivel social y barrial que era común incluso en otros barrios populares durante los años 70 y 80 en la conformación de barrios obreros o barrios populares de Bogotá (García, El barrio popular en Bogotá en las voces de sus protagonistas. Madres comunitarias y jardineras 1980-2011, Usme y Ciudad Bolívar, 2013). En estos escenarios surgieron diferentes prácticas de apoyo, particularmente entre las mujeres como parte de su organización como comunidad y que hacía parte del compañerismo que se establecía entre los sectores marginales (Lomnitz, 1975). Tales como organizarse para cuidar los hijos de las vecinas, compartir alimentos y ropa, vigilancia en la construcción de las casas, espacios de esparcimiento para los niños, préstamos de dinero si era necesario, entre otras prácticas que llevaban a la solidaridad y organización colectiva.

Pero más allá de los escenarios barriales, en la intimidad de sus hogares, las mujeres de la montaña lograban generar sus estrategias de autogestión o agencia frente a los conflictos maritales y familiares que se presentaban en la cotidianidad. Isabel, Belén, Aurora y Georgina vivieron algunas experiencias en donde el significado construido por su contexto social, fuertemente tradicional, entró en conflicto bajo los deseos, temores y conceptos de cada una de ellas hacia lo que querían para su vida. Ellas al igual que muchas mujeres en la época, enfrentaron situaciones en donde lo femenino entraba en contradicción al hacer parte de su individualidad, pues aparecen nuevas prácticas de independencia como el trabajo, el divorcio, los métodos anticonceptivos. Estas opciones generaban fuerte conflictos con su familia, con ellas mismas y con lo que socialmente se aceptaba para las mujeres de la época.

La planificación es para las mujeres de vida alegre

Hacia 1969 los discursos de planificación familiar en radio y en diarios locales comenzaban a ser escuchados (Florián, 2013). A la vez varios programas de promoción para la salud de la mujer se desarrollaban en los hospitales, sobretodo pensado en mujeres de sectores populares de

la ciudad que tenían un gran número de hijos, entre 7 y 10 con pocas posibilidades económicas (Torres & Gonzalez , 2009). Con la formalización de los barrios y de Usaquén como parte de la ciudad de Bogotá en 1975, llegó la posibilidad de dar a luz a sus hijos en el hospital de Usaquén bajo asistencia médica, controles prenatales y programas de planificación familiar. Este hecho comenzó a convertirse en una opción para las mujeres de sectores populares, pero a la vez se generaba una tensión frente a las creencias religiosas y a lo establecido por la Iglesia y la sociedad.

“Como el Papa decía que los hijos no eran ningún problema porque eso era que Dios los mandaba. Y yo debí haber planificado mucho y haber tenido por ahí 3, entonces como el papa decía que si uno planificaba lo descomulgaba a uno. imagínese uno ya con 4 hijos y yo... Ay no Dios mío, yo voy a planificar... por eso tuve mi última hija a los 12 años porque dije me lleno yo de 10 muchachitos y yo ¿cómo los voy a sacar adelante?” (Fragmento entrevista a Georgina, abril 2015).

La posibilidad de planificar a través de métodos científicos era una buena opción para las personas que consideraban que por sus condiciones económicas no podían tener tantos hijos, pero esta idea era un elemento de discordia en las familias, o en las parejas ya que pensar este tipo de cosas atentaba contra la voluntad de Dios, era desobedecer a las leyes de la Iglesia y esto además generaba dudas a los esposos sobre la moralidad de la mujer. (Pachón, 2007)

“En esa época, pero entonces a lo mejor sí lo había... es más en esa época uno no podía planificar. La mujer que planificaba en esa época era una mujer de la vida alegre o bueno... era lo terrible planificar por eso tuve los primeros tres, sobre todo el primero... Porque pues el último, supuestamente yo no iba a tener más hijos. Entonces yo si planifiqué. Cuando Álvaro y Henry si ya planifiqué.”

¿Y ahí si se podía?

“pero a escondidas de él, [susurro] porque no se podía planificar. Las mujeres en la época de nosotras, eso era terrible. Ósea, la mujer que planificaba se iba a volver vagabunda. Porque era para poder que disque estar quien sabe con cuántos hombres más. Supuestamente eso lo decían.”

¿Cómo así?

“No, eso lo decía la gente”

Si... ¿cómo planificaban?

“Como nosotros, el centro de salud de Usaquén toda la vida, ósea ha sido como desde acá del barrio. Él mandaba personas a... como se dice, bueno a enseñarle a uno. Las campañas de salud, todo eso, las vacunas con los niños y todo eso, entonces ellas le daban a uno cursos sobre eso también. Entonces uno decía que el esposo no lo dejaba a uno, entonces ellas, para que uno tampoco se llenara de tantos hijos, ellas le decían a uno “usted puede planificar a escondidas, que su esposo no sepa, para que tu...” porque o si no uno hubiera tenido unos 10 muchachitos.”

Pero, o sea, los que no podían saber eran los esposos

“Si. Porque significaba que uno quien sabe qué barbaridades iba hacer. Porque como uno ya planificando no podía tener hijos. Entonces yo me fui y planifiqué a escondidas después de que nació Álvaro, yo planifiqué a escondidas con esa T. y eso me sirvió porque usshh, yo duré mucho tiempo... Álvaro y Henry se llevan como 5 años. Y entonces pudimos ahorrar y de todo, o si no nos hubiéramos llenado de hijos y ¿qué hubiéramos hecho?”

¿Y él nunca supo?

(risas)” No, porque yo fui muy reservada y a mí me tocaba ir a controles. Entonces yo metía la mentira que tocaba llevarlos a ellos al médico, o a un control de vacunas o, en fin. Uhhh de todas las maneras lo bailaba. Yo llevaba mis controles y todo para que...”

Igual ellos no estaban mucho en la casa

“Sí, yo no. Yo si no quería tener más. Entonces porque pues uno veía la situación y de todas maneras uno no podía hacer nada porque llénese de hijos. Aunque yo con mis hijos trabajé con todos 4. Yo siempre trabajé. Y sigo trabajando”

(Fragmento entrevista a Belen,2015)

A pesar que ellas estaban convencidas que ser madres era su misión, las dificultades económicas por las que atravesaban y las constantes peleas en su matrimonio hacía que ellas tomaran decisiones al respecto de su sexualidad, aunque no fuera de forma consensuada con sus esposos. (Pachón, 2007) reporta que la presión de la Iglesia era grande, los sacerdotes luchaban para que las mujeres no cambiaran su rol de madres ni con la anticoncepción, ni la de esposas con el divorcio. Dos fenómenos que comenzaban a hacerse visibles en la ciudad y que atentaban contra los ideales de la familia constituida por los valores cristianos.

Contrariamente la planificación como una opción bastante racional para ellas de acuerdo a sus condiciones económicas, existía una lucha constante entre lo que (Jaramillo Burgos, 2007) llamaría “la tendencia a adherirse a los ideales propuestos por el contexto social” (P. 331) y la evaluación que ellas hacían de sus posibilidades económicas y familiares. Estos ideales que para ellas estaban mediados por la Iglesia, luego de su matrimonio en vivencia como sacramento, se confrontaban con una nueva tendencia, como ellas lo mencionan, muy enjuiciada pero que ofrecía la opción de liberación y sobre todo de dominio de su intimidad. Ellas a pesar de los prejuicios establecidos por sus esposos, por los sacerdotes y por los vecinos, tomaron la decisión sobre si mismas, sobre su cuerpo y de manera privada fueron agentes de su intimidad.

Divorcio como opción de liberación

Las mujeres de los barrios en algún momento pensaron en separarse de sus esposos. Cansadas del maltrato, las peleas y la infidelidad, intentaron al menos una vez durante sus matrimonios dejar a sus esposos, cuando ya sus hijos estaban lo suficientemente grandes, de tal manera que pudieran entenderlas e incluso apoyarlas en su decisión. La posibilidad de la separación amenazaba la visión ideal de las familias tradicionales y en escenarios cotidianos se convirtió en una opción de transformación de la familia que atentaba contra las figuras femenina y masculina dentro de los hogares.

“Sí. Yo varias veces me le fui. Yo llevaba en épocas que cogía a mis 5 muchachos y no sabía dónde iba a parar, pero alguna de las vecinas me veía, y decía, venga Elvia pa’ acá con sus chinos, yo duraba 3 días, 4 días allá donde ella, y lo mismo, que había que remendar, que había que clavar, que había que planchar, yo me ganaba así la comida, pero con todos mis 5 muchachos, y a él lo dejaba solo. Y él buscaba a los chinos, que dígame a su mamá que qué paso, que no sé qué, que si se cuándo, y ya le pasaba, y otra vez.”

¿Y pedía perdón y todo?

“Sí. Eso era como un perro arrepentido le decía yo”.

¿Qué decían los muchachos de eso?

“Ellos también se ponen bravos, ya por lo menos Elisa ya grande, decía, mi papa si es la patada. Y él pensaba que, si yo me iba, los chinos no se iban conmigo, y ellos eran los primeros que salían. Hasta que un día mi hijo mayor, él lo paró y le dijo, no, no más esta vida con mi mamá, mi papá se arregla o miramos a ver, nosotros nos llevamos a mi mamá. Ya ellos trabajaban, ya él manejaba también”. (Fragmento entrevista a Isabel, abril 2015)

Terminar con la relación de pareja era entonces una opción para liberarse de la violencia y la infidelidad, pero a la vez amenazaba esa parte de ser mujer tan importante para estas mujeres, el ser esposas. Pero también lo era para los esposos quiénes perderían la estabilidad familiar que les proporcionaba y su rol como padres y esposos. Aurora también intentó acabar con su relación en algún momento. A pesar del amor que ella le tiene todavía a su esposo, si pensó en dejarlo, en especial cuando sus hijos ya estaban grandes. Luis nunca la dejó. Ella siempre recordaba lo que le habían dicho cuando le leyeron las cartas. Él siempre iba a ser de ella y es era la razón por la que ella volvía a su relación. A pesar de los malos tratos y la constante infidelidad, ella sentía que era la única y la mujer verdadera, la madre de sus hijos.

“No, él nunca se quiso ir. Aunque muchas veces yo lo eché de la casa, pero él nunca se fue. nunca, nunca, nunca. Y cuando yo duraba... yo duré una vez mucho brava con él. Yo estaba decidida a separarme de él. Yo estaba decidida y yo duré mucho... duré como dos meses viviendo con una hija. entonces él fue un domingo. yo digo que eso sí es amor. Porque hay muchos hogares que muchas personas que nunca hacen eso. él fue y reunió a los hijos y les dijo que él no se quería separar de mí, y hablaban conmigo, y lloró y le lloro a los hijos y todo. que para que yo volviera...”

¿y fue por otra mujer?

“sí por otra vieja. le dije “yo ya no aguanto más. Yo ya no aguanto más. ¿cuánto más?”. y él cuando se fue a morir me pidió perdón por eso. dijo que lo perdonara, que tantas cosas que él me había hecho. Que yo había sido una mujer muy fiel con él, que ya le había pedido perdón a Dios por lo que él había hecho en la vida... ya lo pasado, pasado que más podemos hacer. ya.” (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Para Belén en cambio separarse de su esposo no fue una opción. Para ella lo más importante era su matrimonio. Ella lo que hizo fue sacar a sus hijos adelante y perdonar Antonio cada vez que él la dejaba por un tiempo o la golpeaba. Asistió a diferentes talleres de la Iglesia donde le enseñaron el valor de perdonar y la importancia de ser una buena esposa. Para ella los valores del matrimonio cobraban más sentido que pensar en que su familia se fragmentara por su culpa.

“No. Yo nunca me separé. Nunca me separé, en... nosotros cumplíamos este año 50 años de estar los dos, de casados no, de estar los dos. Nosotros nos casamos un 27 de junio porque yo me fui a vivir con él un 27 de junio. Entonces por eso, sí. Entonces yo nunca me separé de él. Con decirle sumercé que él llegaba y me decía, se quedaba 3-4 días y me decía que a él se le olvidaba que era casado. ¿Sería descarado? Que se le olvidaba que él era casado. Y se quedaba por allá. Entonces yo no le formaba problema.

Yo me hacía la loca. Porque yo adoraba a ese hombre y lo adoro hasta... y lo adoro porque pues... pero yo no le formaba... porque yo tuve un tiempo que yo le peleaba mucho y de todo.” (Fragmento entrevista a Belén, 2015).

A pesar de la opción que generaba la separación, de liberarse del dominio de los esposos maltratadores e infieles, y de asumir su vida solas como lo lograron con los anticonceptivos, el divorcio tenía un peso moral muy grande en cuanto a lo religioso, pero también constituía una amenaza muy grande a la estabilidad económica, al estatus de esposa logrado y ante el proyecto de familia que tenían. La forma en que finalmente aceptaban en su matrimonio sufrido, se puede explicar a partir de la legitimación que existía hacia la violencia del hombre impuesta por el poder patriarcal. De esta forma esos simbolismos sociales de ser hombre y ser mujer (Pachón, 2007, pág. 266) en el matrimonio y en la sociedad reafirmaban el estatus de familia ideal y de esta forma los

roles femeninos y masculinos que buscaban la estabilidad económica, emocional y social de la sociedad.

Estos escenarios de lucha y negociación con los esposos corresponden a muchas realidades sociales de las mujeres de la época. Sin embargo, lo que es interesante en este grupo de mujeres son los mecanismos de autogestión creados que vencen en algunos momentos, como en la anticoncepción, los estándares y prejuicios sociales para lograr un dominio sobre sí mismas, su individualidad y sus formas internas de lucha. De esta forma posicionarse como agentes de su propia vida y de la de su familia.

La herencia de lo femenino para las futuras generaciones

La última tensión que quiero plantear tiene que ver ya no con los conflictos individuales o internos de las adultas mayores frente a los significados de ser mujer y sus vivencias, sino frente a las expectativas y exigencias que ellas tienen frente al ser mujer en sus hijas y nietas. Como lo he trabajado hasta el momento, estas mujeres se movieron constantemente entre lo tradicional y lo moderno para resolver sus vidas y lograr salir adelante bajo las nociones del progreso de ciudadanas. Pero al hablar de lo que ellas enseñan a sus hijas y nietas se replica la tensión entre lo que las mujeres debemos soportar por ser madres y esposas frente a la lucha que debemos dar ante la independencia económica y las relaciones de pareja. Ser mujer es ser esposa, ser madre, tener una familia es un significado que se reafirma, aunque las condiciones hayan variado y se permitan otro tipo de espacios, libertades y privilegios a las que ellas no llegaron. Poner los límites y reconocerse a sí mismas hace que esas transformaciones sean posibles. Pero hay unas exigencias de la mujer tradicional que siguen estando y que posiblemente son las que se presentan en los discursos formadores de madres a hijas, y en los escenarios de peleas, reclamaciones, experiencias y consejos entre las unas y las otras. El matrimonio sigue manteniéndose para ellas en una de las estrategias de movilidad social para las mujeres y para el progreso de las familias (Estrada Iguíniz & Molina del Villar, 2015), no tenerlo es sinónimo de fracaso en el proyecto de ser mujer. Aurora lo reafirma en las reflexiones frente a ser una buena esposa bajo los principios de la mujer tradicional.

“Lo más importante es que sean buenas esposas, que comprendan a sus hijos. Mi hija por ejemplo que ya tiene dos hijos casados, mi hija mayor, ellos se quieren mucho, son muy unidos... muy unidos. a mí se me hace duro esto también con... ellos tienen

una cosa muy bonita, allá donde mi hija mayor. allá todo se celebra en su cumpleaños, así sea con un ponquecito chiquito. Hacen un arroz de pollo. mientras que mis padres a nosotros nunca nos dieron un cumpleaños, eso es muy bonito, pero ella es muy odiosa con el marido yo le digo todo el tiempo - cuando usted le dé un plato de comida no se lo eche en cara, no lo regañe. dígale, venga y coma O siéntense juntos y coman en paz, porque usted no sabe lo que tiene hasta que no lo pierde". (Fragmento entrevista a Aurora, junio 2015)

Para Aurora lo más importante es entregarles todo el tiempo y dedicación a los hijos y al esposo. Ser condescendiente con las peticiones del hombre es fundamental para tener una buena relación de pareja y para que el matrimonio dure. Buscar las oportunidades de perdonar y de volver a empezar es responsabilidad de la mujer. En este tipo de interacciones generacionales, a veces conflictivas, en donde las mujeres mayores buscan dirigir a partir de sus conceptos y de sus aprendizajes el futuro de sus descendientes, se observa otra forma de dominación que existe en el contexto de la familia. Para Calveiro, (2005) citado por (Puyana, El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo, 2007) en la familia de la modernidad, se configuran dos tipos de relaciones de poder diferentes: el existente entre los esposos que está dado por el género y el que se da de padres a hijos, es decir poder de generación.

En esta interacción de poderes se construyen normatividades, representaciones de lo que debería ser tanto el hombre como la mujer, llevando a que se mantengan las jerarquías, las divisiones sexuales de los roles, y a su vez, la permanencia de violencias aceptadas bajo el modelo de la familia tradicional (Puyana, 2007; Palacio y Valencia, 2009).

Uno de los temas en donde más se sienten con la obligación de aconsejar u opinar es sobre el matrimonio. Para las mujeres mayores del barrio, el matrimonio sigue siendo el sacramento sagrado que hay que respetar, y la mejor opción para que una mujer pueda salir adelante en el mundo, pueda ser alguien en la vida. Esperan con ansias que sus hijas mujeres conozcan buenos hombres para casarse y no pasar la adultez solas; que sus hijos varones encuentren mujeres trabajadoras y que quieran formar una familia. Cuando Isabel habla sobre otros matrimonios afirma que las mujeres no luchan por su familia, sino que deciden retirarse rápido y dura más la fiesta que el matrimonio. Para ella el divorcio no es una opción de vida, ella le aconseja a sus hijas y a sus sobrinas que intenten arreglar la relación y perdonar lo que sea necesario, incluso los episodios de violencia como los que ella vivió.

"Mire por ejemplo mi hija ahorita, ella ya no puede trabajar porque está enferma de la espalda, y me toca a mí ayudarle. Le dio por separarse que por un golpecito no

más, eso ni yo que a mi si me daba duro y parejo. Yo le dije que lo perdonara y ella no quiso, además eso fue cosas de borrachera y no quiso entender, y ahora vea, sola, me toca ayudarle con los niños y pues por eso está viviendo en mi casa. (Isabel, abril 2015)

Para estas mujeres la división sexual de los roles sigue dándose de una forma tradicional, la responsabilidad del hogar cae sobre la mujer en el matrimonio y se direcciona el rol hacia el cuidado de los hijos y la permanencia de su figura en el hogar. Siguen manteniendo el ideal de matrimonio católico, una vez llega el compromiso con la bendición de la iglesia, el matrimonio es para toda la vida, como ellas lo hicieron en sus vidas.

“Pues yo no estoy de acuerdo con eso, con el divorcio. no estoy de acuerdo con eso sabe ¿por qué? porque lo pagan son los niños. son los que pagan las consecuencias. porque yo... mi prima se separó del esposo y una de las hijas con el mismo revolver que el papá se mató.

ah no. (con voz temblorosa) no ve que ellos son los que pagan las consecuencias. y la niña era lo más de bonita. tenía 14 años.

ah que dolor tan grande Dios mío.

yo siempre digo... yo siempre he dicho esa palabra. que las mujeres que quieran tener hijos hagan su hogar. y, por ejemplo, una mujer que tiene hijos que uno, de otro... de uno y de otro. si ellas quieren hacer sus cosas, o quieren ese ritmo de vida... planifiquen. no echen hijos a sufrir. porque por eso es que hay mucho gamincito, mucho ratero, mucho delincuente, por eso. Porque esas mamás no les dan amor a sus hijos y no les dan un hogar. no saben darles un consejo. porque una mujer borracha qué puede ofrecerle a un hijo? y que llegue cada noche con un tipo por ahí... imagínese. qué piensa uno de esa mamá? no ve. yo en eso si no estoy de acuerdo con el divorcio, por eso, por los hijos”. (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015).

Las tensiones que se dan a nivel intergeneracional se contemplan dentro de la contradicción de las nociones de la mujer tradicional y la mujer moderna que explicaré en el siguiente apartado. Los consejos para las hijas y nietas confluyen entre la misión de la procreación y el hogar en contraste con la independencia económica que permite el trabajar y estudiar. Les asignan una serie de retos y obligaciones basados en las experiencias de éxito que ellas vivieron como una forma de mostrar que se puede salir adelante de una vida difícil, como ellas lo hicieron, pero a la vez con los recursos económicos y suficientes para que las nuevas generaciones afronten la vida mejor que como ellas la hicieron. Los ideales de familia permanecen, la mujer es la que guía el hogar y lo saca adelante, esta no es una tarea sencilla. Pero para lograrlo se debe cumplir con las condiciones mencionadas. Estas condiciones son una mezcla entre los deseos que las mujeres mayores a partir de lo que no pudieron cumplir y el dominio de la vida que les ha dado las experiencias y las teorías construidas.

Para profundizar un poco más en el análisis de las tensiones frente a los significados de ser mujer en el barrio, traigo a colación una frase que va a sintetizar la resistencia a la transformación de las mujeres mayores frente a la forma en que leen el contexto de las mujeres actuales. “las viejas estructuras persisten junto con las nuevas” (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, pág. 139) En este caso entendiéndose por estructuras la institución de la familia, que se pone a prueba de transformación constante y se significa desde los roles de hombres y mujeres habitantes de estos espacios como actores fundamentales en la contraposición tradicional y moderno. Ser mujer tradicional vs. Ser mujer moderan complejiza la experiencia en la cotidianidad de las mujeres mayores sin llegar a una polarización, sino que parecieran convivir bajo una transformación inminente del contexto social cambiante (Beck-Gernsheim, 2003).

En cada uno de los apartados anteriores, describí desde los relatos de las participantes cómo enfrentaban estos dilemas individuales que se refieren de manera general al deber ser y el querer ser como mujeres, a su vez a la problematización de la vida pública vs. la vida privada. Intenté también darle explicación a cada dilema desde el contexto social e histórico para darle una interpretación desde las ciencias sociales basado en las trayectorias vitales. Para explicar estas tensiones trabajaré el concepto de Individualización de (Beck & Beck-Gernsheim, 2003) que en el capítulo “De vivir para los demás a vivir la vida propia” explica la forma en que las mujeres damos sentido a las transformaciones de la vida social. Este concepto aplica a muchas categorías sociales, pero en este caso lo utilizaré para reflejar las dificultades que se presentan en ese proceso de transformación, que busca principalmente entender cómo los modelos y los ideales de ser mujer, se desligan con el devenir histórico a las historias de vida de las mujeres en diferentes escenarios.

Para entender el concepto (Beck & Beck-Gernsheim, 2003) hablan que para lograr la individualización se requieren dos procesos fundamentales. El primero es la des- incrustación o liberación que tiene la mujer hacia las estructuras tradicionales, como los roles, las funciones y las normatividades. En ese proceso los sujetos entramos en un proceso reflexivo que nos lleva a pensar en nosotros como individuos no sociales, y a generar unos cambios para nuestro progreso individual, no colectivo a partir de nuestra capacidad de agencia. En este momento se evalúan las posibilidades que el medio social, laboral, político e institucional está presentando para generar el cambio.

El segundo proceso es el de re incrustación, este consiste en la integración de nuevo al mundo social, pero desde la noción de individuo presente bajo los discursos de progreso, modernización y democracia para llevar una vida propia, que lleve a movilizaciones dirigidas al individuo y no necesariamente a la sociedad. No es del todo un proceso individualizante, es decir no es un proceso solitario en el que se construyen realidades independientes y aisladas de la sociedad, la individualización se inscribe en procesos institucionalizados nuevos que implican que el individuo se integre de nuevo a esa sociedad de la que en algún momento tuvo que salir.

Es decir, la individualización se dio en las mujeres mayores bajo las formas de la mujer moderna en el momento en que las mujeres de los barrios decidieron comenzar a trabajar para ganar la autonomía y mejorar sus posibilidades de vida e independencia; cuando decidieron construir sus casas a pesar que sus esposos y las figuras masculinas del sector no se los permitieran; se dio también cuando decidieron utilizar los métodos anticonceptivos que ofrecía el centro de salud para controlar sus embarazos y así disminuir los gastos económicos de su familia. Este tipo de análisis nos hace pensar en que las mujeres que vivieron situaciones similares durante las épocas trabajadas en esta investigación, fueron pioneras en la transformación social de con pequeñas libertades para la mujer en la vida cotidiana, llevándonos a lo que entendemos hoy como las mujeres modernas, definida con palabras como emancipadas, autónomas y realizadas en lo personal. (Beck & Beck-Gernsheim, 2003) Palabras que hacen parte de discursos feministas a nivel social, y de autoayuda o autocontrol desde una visión psicológica.

En este segundo paso proceso, existen una serie de conflictos con ellas mismas y con su entorno social inmediato. Los conflictos de estas mujeres en primera instancia se daban en confortamientos con sus esposos, a quienes bajo su rol dominante, les costaba mucho asumir el cambio. Este tipo de conflictos los explica la socióloga María Cristina Palacio en un análisis teórico que hace a partir de la teoría de la individualización, sobre las transformaciones en la familia.

“La individualización jalona una vida social que entrelaza las tendencias de lo nuevo y el arraigo de lo viejo y este nudo desata desde los poderes hegemónicos e institucionalizados el grito de angustia de una crisis que contiene el pánico por el derrumbe del orden establecido; les la tragedia social vista desde la tan anunciada pérdida de valores y la incertidumbre que produce un mundo desconocido y por lo tanto, no controlado” (Palacio Valencia, 2009, pág. 50)

El temor por los cambios desconocidos, que es alimentado con frecuencia por los discursos religiosos, institucionales y de ordenamiento social, al igual que los conflictos a diario que estas

mujeres enfrentaban con sus esposos, sumados a la responsabilidad que implica ser madre y ser esposa, hace que los cambios que ellas vivieron, tengan matices de tradicionalidad en la permanencia de los roles fundamentales del ser mujer. De esta forma las lecciones aprendidas que trabajé en este capítulo, presentan una especie de tire y afloje para la mayoría de los casos en torno a la mujer tradicional y la mujer moderna desde la visión de las mujeres mayores de los barrios.

De este modo para ir sacando algunas conclusiones desde las mujeres mayores: a) las mujeres debemos mantener nuestro rol de madres y esposas sacrificadas, pero a la vez tenemos el reto de ascender en la escala social a partir del trabajo y del estudio. b) las mujeres debemos casarnos para mantener nuestro estatus de mujeres dignas pero el hombre debe apoyarnos en los proyectos que tengamos de progreso. c) las mujeres debemos ser mujeres exitosas en todo lo que hacemos, pero no podemos estar solas así que debemos perdonar a los hombres que estén a nuestro lado. Estas condiciones son la forma en que la mujer tradicional permanece, y la mujer moderna se adapta a la lógica de progreso que implica ser alguien en la vida para las mujeres de las diferentes generaciones en el barrio. Las familias bajo sus nuevas formas de constitución deberían para ellas mantenerse bajo esas estructuras fijas de tradicionalidad que aprueban la división de los roles y validan ciertos tipos de violencia en beneficio del proyecto de la familia, pero con algunas pequeñas variaciones frente a la autonomía económica, la posibilidad de planear los hijos y tener un dominio directo sobre el hogar. Sería entonces una visión más flexible de las estructuras de género en la familia, pero tratando de mantenerlas bajo la lógica del progreso individual. En este sentido, las mujeres de los barrios viven la reivindicación de los maltratos sufridos por la estructura tradicional de dos maneras: 1. Desde la búsqueda de reivindicación de las generaciones futuras, apuntándole a una liberación negociada y centrada en la familia y 2. Desde la vivencia de una vejez más libre, autónoma y completamente agenciada por ellas mismas.

La reivindicación con la vida propia en la vejez

Si bien las nuevas generaciones de mujeres hemos vivido los cambios sociales resultado de contextos de migración, marginación, pobreza y feminización que he mencionado en este trabajo, las mujeres mayores de los barrios tienen en la actualidad, es decir en su vejez, la posibilidad de disfrutar de las transformaciones que en algún momento fueron complejas y conflictivas. Para

ellas, con la madurez llega el disfrute, básicamente porque es ahora cuando la vida las premia por el sacrificio vivido en la juventud.

“Uno entiende lo bueno del matrimonio cuando ya los hijos se van de la casa” Isabel hace esta reflexión para aclarar que no todo en su matrimonio fue malo. Pero lo hace justo cuando le pregunto ¿qué les ha aconsejado a sus hijas mujeres sobre el matrimonio? Luego cuenta que después de que sus hijos ya estaban grandes, la mayoría trabajando y se habían ido de la casa, ella y su esposo tuvieron su luna de miel. Con la madurez de los 50 años y la tranquilidad que les daba tener volquetas trabajando para ellos y algunos conductores que les ayudaran con el negocio, pudieron dedicarse tiempo como pareja y disfrutar de lo que habían logrado después de tantos años de trabajo. Pareciera además que este tipo de experiencias son las que más se resaltan a la hora de evaluar los matrimonios, en especial cuando se piensa en los consejos para la juventud.

Sí, yo tuve una buena vida porque después de que él se enfermó para mí fue una luna de miel, cuando él se principio a enfermar del corazón, ya hubo trabajo fuera de Bogotá... viajábamos mucho, el trabajo con una cosa del gobierno que se llamaba caminos vecinales, entonces eso a donde lo mandaran a uno, y era chévere, se ganaba buena platica, se hacía, y él ya mandaba sus volquetas y contrataba otras, y se iba. Eso uno iba por allá al Tolima, iba uno al guamo, a Carmen de Apicalá, todos esos pueblitos uno andaba. Hacia un contrato por 1 años, por 7 meses.”

Y su merced se iba con él.

“Sí, yo me iba con él. Siempre vivíamos aquí, pero había que ir cada 8 días, cada 3 días, y él nunca se iba solo, y ya compro su carrito particular, y ahí tenía un Chevrolet monterrey, automático lo compro y en ese viajábamos, ya después lo vendió y compro uno de esos carritos de trocha, y nos íbamos y nos quedábamos en el pueblito donde tuviera trabajo”. (Fragmento entrevista a Isabel, abril 2015)

Aparte de las explicaciones que le dan al poder del perdón como la razón por la que lograron sacar adelante sus matrimonios, estas mujeres les atribuyen a las enfermedades de los esposos la causa del milagroso cambio de trato de estos hombres hacia ellas. Belén narra los cambios que tuvo su esposo cuando enfermó de una enfermedad crónica, que se complementan con el crecimiento de su hija menor y el nacimiento de sus primeros nietos. Estos eventos marcaron para Belén la etapa del matrimonio más valiosa y pacífica. Es para ella el resultado de su sacrificio como esposa y su fe lo que hizo que su familia y su historia de amor tuvieran un final feliz.

“Dios lo cambió. ¡Dios me lo cambio! Que yo no puedo decir... él dejó de tomar. Llegó a un tiempo, cuando él tenía... a él le empezó una diabetes como a los 45 años. Por el trago. La cerveza y el trago. Él tomaba mucho vino. Entonces le dio una diabetes, pero terrible entonces eso lo hizo también ir dejando el trago. Entonces... pues él manejó su diabetes como... como unos 25 años lo manejó con sus

medicamentos, con su dieta. Ósea, nunca se nos agravaba de una diabetes, ni un... Y ahí empezó a dejar de tomar. Se volvió muy buen esposo, muy pendiente de su casa, de todo. Entonces ya totalmente... hubo una época que ya como a los 50 años el no quiso volver a tomar más licor ni nada.

O sea, los últimos años, mi Dios me lo dejó viviendo muy bien en nuestro hogar.

Él ya también trabajó, compró su carro, ese carro lo vendimos. Duramos con ese carro... un tiempo él trabajó con ese taxi. Duramos un tiempo trabajando, y ya vendió ese taxi, y se compró una volqueta. Pero ya de él. En ese tiempo ya salíamos paseábamos los dos y a veces con los nietos, pero ya era otra vida. Ya esa volqueta era de él. Entonces ya él la trabajaba. Ya no era... no se alquiló nada. Si no era su trabajo de él. Y acabó... terminó sus años con su volqueta porque nos la dejó. No la quiso vender. Nosotros cuando ya supimos de la enfermedad, su cáncer y de todo, entonces le dijimos... no la quiso vender.” (Fragmento entrevista a Belen, 2015)

Al hacer una evaluación sobre su vida matrimonial estas mujeres dejan de un lado las narraciones de maltrato y de infidelidad que vivieron durante su juventud. Para ellas es satisfactorio los últimos años que les dieron sus esposos antes de morir que, de alguna forma a modo de compensación, vivieron con ellas experiencias que ellas anhelaban como paseos en pareja y en familia o pequeños detalles como flores, chocolates, roscones para el desayuno o pollo asado para el almuerzo. En general para ellas, sus esposos fueron personas fundamentales en sus proyectos de vida familiar. El estatus social y el dinero de su esposo le permitieron tener el estilo de vida que ella siempre quiso: casas y carros propios, estudio básico para sus hijos y viajes en familia. Para Aurora, ella logró ser alguien en la vida con su trabajo, su sacrificio y el apoyo de su esposo quien, al finalizar sus años, le dio la vida que ella siempre había soñado. Con seguridad ella y sus vecinas aseguran que tuvieron una mejor vida que sus padres y eso fue gracias al sacrificio de la juventud.

Durante la vejez es cuando ellas al mirar el pasado, logran identificar la forma en que sus vidas han mejorado y como han logrado ser quienes son ahora. Esta satisfacción les permite tener actos de reivindicación con ellas mismas ahora que se sienten libres y han logrado lo que siempre quisieron. Para (Beck & Beck-Gernsheim, 2003) la reivindicación de la vida propia se logra cuando se deja de vivir la vida de los demás, para vivir las expectativas de una vida propia, y es común que esto suceda para la mujer, cuando se separan, o como en el caso de Isabel, Belén y Aurora, cuando quedan viudas. La dominación masculina ha terminado y la autonomía que les da tener sus pensiones, hace que, a pesar de la tristeza de estar solas, exista una sensación de libertad que las lleva a disfrutar su vejez.

La abuela

La abuela de Bertha Jensen murió maldiciendo. Ella había vivido toda su vida en puntas de pie, como pidiendo perdón por molestar, consagrada al servicio de su marido y de su prole de cinco hijos, esposa ejemplar, madre abnegada, silencioso ejemplo de virtud: jamás una queja había salido de sus labios, ni mucho menos una palabrota.

Cuando la enfermedad la derribó, llamó al marido, lo sentó en la cama y empezó. Nadie sospechaba que ella conocía aquel vocabulario de marinero borracho. La agonía fue larga. Durante más de un mes, la abuela vomitó desde la cama un incesante chorro de insultos y blasfemias de los bajos fondos. Hasta la voz le había cambiado. Ella que nunca había fumado ni bebido nada que no fuera agua o leche, puteaba con voz ronquita. Y así puteando murió; y hubo un alivio general en la familia y en el vecindario.

Murió donde había nacido, en el pueblo de Dragor, frente a la mar, en Dinamarca. Se llamaba Inge. Tenía una linda cara de gitana- Le gustaba vestir de rojo y navegar al sol.

Eduardo Galeano: Mujeres, 2015

Sintiendo la vejez

Hace ya un tiempo me senté a hablar por primera vez con mi abuela sobre la vejez. Recordar ese momento me ha llevado a cuestionarme una y otra vez sobre qué escribir en este apartado, y también muchas de las posiciones teóricas que hablan de la vejez como un proceso de deterioro en el ciclo de la vida. Su respuesta a mi pregunta: ¿y a ti como te ha ido con esto de la vejez? fue: - *¿y es que acaso ya estoy vieja?* Para ese momento mi abuela tenía unos 78 años, lo que indica que, dentro de los rangos determinados para la adultez mayor, ella ya había pasado 18 años desde que debería considerarse de la tercera edad, persona mayor, mujer mayor, anciana, abuela, en fin... todas las nominaciones por las que hemos pasado para definir la etapa de los 60 años en adelante y que pareciera llevar a un único destino, el final de la vida.

Pensar en la respuesta de mi abuela, o en Tatis, quien se hace llamar así para no sentir el peso de la vejez que tiene la palabra abuela, me lleva reflexionar sobre las diferentes formas que las personas viven la vejez, y pensar en cómo Aurora Isabel, Georgina y Belén lo hacen en la actualidad. Y es que la definición que me dio mi abuela se asemeja más a las formas en que estas mujeres y muchas adultas mayores construyen el significado de vejez, que a las definiciones psicologistas y funcionalistas del desarrollo humano.

Pensar en estas mujeres es acudir a conceptos antropológicos y sociológicos sobre uno de los fenómenos más temidos por quienes hacemos parte de la cultura occidental, pero además es pensar que es el resultado de la construcción del significado de ser mujer desde las experiencias de sus historias de vida vistas la lectura de su pasado. Este apartado es posiblemente el más romántico de todos los apartados de este documento. Pero me parece fundamental para analizarlo en búsqueda de la explicación final de los significados de ser mujer para las mujeres mayores de los barrios.

Así como el género, la edad se concibe como una categoría que clasifica a la sociedad en grupos con características similares, que van más allá de las meramente físicas y funcionales ubicando a las personas en ciertas posiciones y estatus sociales. (De Lemus & Expósito, 2005). Hablar de cada uno de los ciclos de la vida es obedecer a la construcción del concepto de niñez, adultez, y vejez como la taxonomía que divide nuestras experiencias de vida de acuerdo a la edad y nos ubica en grupos sociales determinados. Estas miradas más de corte social, cuestiona la vejez

vista como el periodo de deterioro y finalización de la vida al igual que los estereotipos contruidos asociados a lo negativo de esta época.

En este sentido, pensar en la vejez se vuelve angustiante para la mayoría de las personas, pues hay una tendencia a valorar la vejez desde lo negativo: La vejez suele pensarse desde limitaciones como el deterioro cognitivo, la viudez, el abandono y la muerte. El temor también se da frente a los cambios en apariencia física que trae esta etapa, y sobretodo el temor a la muerte. Los estereotipos están relacionados con la pérdida de lucidez, habilidades cognitivas y vitalidad, vulnerabilidad, pobreza, depresión, soledad y aislamiento (Carbajo Vélez, 2009) (Ramírez & Cruz, 2010) que convierten a los adultos mayores en población en condiciones de vulnerabilidad y con necesidad de atención desde las políticas de estado y las instituciones que promulgan los derechos humanos.

Entonces, el estudio del envejecimiento desde las ciencias sociales es objeto de interés, a modo de observarlo más que como un proceso de ciclo vital, como un proceso de construcción social que representa imaginarios, inquietudes, pero sobre todo revoluciones demográficas que definen generaciones enteras tanto pasadas, como presentes y futuras. Es visto como un proceso continuo que implica no solo definir a una persona como vieja, sino como una construcción social y biográfica (Osorio, 2006; Kropff, 2010; Feixa, 1996)

Son precisamente los acontecimientos de la vida los que hacen que las vivencias de la vejez sean diferenciadas, y no sean para todos los casos iguales, ni marcadas por los estereotipos contruidos sobre pérdida y deterioro. El significado de la vejez se construye diferente para hombres y para mujeres, así como para personas que tuvieron una vida laboral y productiva, o las personas que tienen dificultades económicas, es diferente dependiendo del nivel social al que pertenecen, de la conformación familiar, el apoyo con el que cuentan, y de los roles sociales que ocupen o mantengan desde la vida adulta. (Giró, 2004)

De esta forma la perspectiva de género propone que el fenómeno del envejecimiento sea estudiado de forma diferencial para hombres y para mujeres, visto como un fenómeno social que cruza diferentes épocas y transformaciones para lograr entender las identidades, costumbres, valores y creencias que esta población tiene en contextos determinados. En el caso de Colombia es importante ubicarnos, como he hecho en este trabajo, desde los años 30 y 40, épocas atravesadas por migración y crecimiento urbano, eventos de violencia y cambios culturales especialmente para las mujeres (Márquez Herrera, 2007).

Hablar sobre la vejez con mujeres mayores de los barrios, luego de haber explorado un poco su historia de vida tiene un efecto que se mantuvo en todas e incluso en mí. Preguntar sobre la etapa en la que se encuentran baja el tono de alegría, fuerza y seguridad con la que contestan el resto de las respuestas, a un tono de nostalgia y de incertidumbre. Pero este tono tiene ciertas variaciones interesantes de satisfacción y de identidad. Para ellas, la vejez no es un tema cotidiano ni que les atormenta con frecuencia, para ellas la vida ha continuado el transcurso que debe seguir y sienten que es la etapa en donde pueden ser lo que ellas siempre han querido. Aceptan la vejez como un proceso natural de la vida, con conscientes de que se encuentran en esta época, pero intentan afrontarla de la manera más natural y menos envejecida posible. Hablan de la vejez cuando alguna de sus amigas ha fallecido, o se encuentra muy enferma. Ante estas circunstancias se percibe un ambiente de respeto y de solidaridad, que refugian en los rituales de velación, entierro y oración que son costumbre en los barrios. Los discursos religiosos son los que de nuevo salen a dar algo de tranquilidad, seguridad y fe ante estos eventos que se asumen naturalmente y en comunidad. A partir de las experiencias que han tenido con familiares, tienen por el momento la posibilidad de planear cómo será el fin de sus días en caso que pierdan su lucidez.

“pues yo que le digo... para mí ha sido todo como lo mismo, si ahora me toca tomar que la pasta de la tensión, de la tiroides, son como 3 pastas al día, pero del resto normal. Yo sigo haciendo lo mismo que hago hace rato. Yo me siento todavía con energía para hacer muchas cosas, y gracias a Dios no me ha dado duro ninguna enfermedad, yo le pido mucho a Dios que me mantenga bien así lo que más se pueda, porque eso si ser un estorbo para mis hijos no, eso si no quiero yo, como me tocó con mi suegra, no no no, que cambiar pañal, que las pastas, yo no quiero llegar a eso, pero ahí sí solo Dios sabe. Yo le he dicho a mis hijos que cuando me pase que me lleven para un lugar de esos, así como Don Tito, que me hagan todo, no quiero ser un estorbo y eso sí que me vayan a visitar, que no me dejen allá botada” (Fragmento entrevista a Isabel,2015)

El nivel de actividad y compromiso que tienen por su vida y por la de los demás, que además es un tema que se repite en las experiencias de estas mujeres, y de la mayoría de las que pertenecen al Grupo Adulto mayor, se explica desde los siguientes elementos que componen la vida cotidiana de las mujeres mayores de los barrios: los roles actuales con el ejercicio de la súper abuela como una extensión de la responsabilidad de ser madres, la posibilidad de reivindicarse con ellas mismas en una noción de libertad y en la búsqueda de ser adulta mayor en el Grupo Adulto Mayor, como la continuidad de su rol como fundadoras de los barrios. Para esto comenzaré explicando un poco

la dinámica de este grupo que es el que me dio el acceso a la población que trabajé en esta investigación y que sigue siendo un referente fundamental.

El grupo Adulto Mayor lo conforman los adultos mayores o la población vieja y algunos discapacitados de los barrios mencionados, más otros aledaños como La Esperanza, Buena Vista, Usaqué y El Sagrado Corazón. El grupo funciona bajo el liderazgo de algunos de los hijos de los fundadores, que han heredado las administraciones de las juntas directivas y de María quien es una funcionaria del Hospital de Usaqué que se integró a la comunidad hace más de 18 años. El grupo surge hace los mismos años, cuando los líderes vieron la necesidad de generar actividades para la población que estaba envejeciendo en unas aparentes condiciones de vulnerabilidad, dadas por los estratos sociales de los barrios y la figura que estos desempeñan en las organizaciones comunitarias. Varios de ellos que habían empezado a perder sus trabajos, se encontraban en las calles o asistían a las citas médicas al hospital y tardaban un buen tiempo en salir del lugar para quemar tiempo y no llegar temprano a sus casas. De esta forma formalizan para todo el sector el Grupo Adulto Mayor que se reúne varios ratos en la semana en el salón comunal del Barrio El Pañuelito, este es el lugar central para que todos lleguen y que cuenta con las instalaciones físicas para que los viejos puedan recibir los acompañamientos que diferentes instituciones les han brindado por varios años.

Ellos tienen unos horarios específicos de acuerdo a las actividades programadas y a las ayudas voluntarias que lleguen al lugar. Cuentan con grupos de oración, de alfabetización, de acompañamiento, actividades deportivas entre otras actividades ocupacionales. Participan instituciones formales como la Alcaldía de Usaqué, Universidades como El Bosque, La Salle, La Javeriana, colegios como el Femenino y el pedagógico. Estas instituciones buscan generar impacto social en comunidades vulnerables cercanas y este grupo recibe cualquier tipo de acción social, desde repartición de mercados, hasta campañas de atención en salud. La asistencia al grupo varía entre los 25 y 30 personas dependiendo de la afinidad que tengan con las personas que van a llevarles talleres y otro tipo de recursos. Generalmente la asistencia es mayor por parte de las mujeres. Con el paso del tiempo la asistencia de los hombres ha aumentado, pero este espacio es comúnmente femenino. Estas mujeres, al igual que Isabel, Belén, Aurora y Georgina se conocen desde muchos años atrás. Fueron vecinas de campamento cuando eran niñas, y crecieron en los barrios apoyándose las unas a las otras con sus hijos y trabajo. Muchas de ellas son familiares,

cuñadas, consuegras, comadres, amigas y también enemigas. En este espacio se evidencian todas las historias, chismes y conflictos alrededor de la construcción de sus casas, las relaciones de familia política, rivalidades de prejuicios por sus casas, sus barrios y cercanías con los líderes.

Al igual que en cualquier comunidad, los adultos mayores viven sus alegrías y sus rivalidades en medio de la consecución de recursos para sus actividades grupales. Organizan bazares y fiestas para recolección de dineros, preparan bailes para agradecer a las instituciones que les colaboran, realizan eventos para celebrar el día de la madre, la navidad, el día del padre y todas las festividades religiosas que organiza la iglesia.



Figura 10. Algunos integrantes del Grupo Adulto Mayor. Foto tomada en el proceso de Investigación de la Universidad el Bosque. Agosto 2015



Figura 11. Celebración día de la madre. Archivo del proyecto mayo 2015

Estaría mintiendo si no admitiera que hay un ambiente constante de deterioro y enfermedad en el grupo. Es cotidiano conversar sobre enfermedades, dolencias y muertes. Con el pasar de los años la dificultad para caminar en muchos de ellos es cada vez más evidente, al igual que el deterioro cognitivo en algunos de ellos. Sin embargo, hay una buena cantidad de hombres y mujeres que ayudan a hacer las onces, a organizar las sillas y las mesas, barren y limpian el salón, generan opiniones, expresan disgustos, bailan y cantan sin ningún impedimento físico. Es decir, con esto no quiero negar la existencia de la vejez desde el deterioro neuropsicológico ni físico, pero intentaré analizar las experiencias de la vejez de una forma diferenciada, subjetiva y con una mirada un poco más social en búsqueda de explicaciones de la construcción de significados. Partiendo de la base que la vejez como fenómeno es atravesada por diferentes categorías analíticas que la diversifican en las experiencias de cada individuo, como el sexo, el apoyo, el nivel social, la presencia del Estado, la estabilidad de ingresos económicos, y lo que cada uno valore como limitante o potenciante en sus vidas.

El Grupo Adulto Mayor hace que la experiencia de la vejez para estas personas, en especial para las mujeres que asisten a las actividades, sea propio alrededor de sus responsabilidades con sus familias, su nivel de involucramiento con el grupo de apoyo, los ingresos económicos que reciben y la visión que proyectan de vulnerabilidad ante la sociedad capitalina. Trataré de profundizar en cada uno de ellos.

Desde el asunto de género y al ser un espacio generalmente femenino, he podido observar ciertas dinámicas de rol enfocadas hacia el cuidado de sus familias, que se repiten en varias de ellas y que no son la excepción de las mujeres de este estudio. En la mayoría de las sesiones que realizamos asisten algunas de las mujeres mayores con sus nietos pequeños, casi siempre ellos con uniforme y las acompañan en los talleres. En algunas ocasiones se retiran antes que termine la actividad con la excusa que tienen que ir a recoger a sus nietos al colegio o llevarlos a las casas de sus padres. Todos los adultos mayores que asisten a este lugar son padres y la gran mayoría son abuelos, hay otros que también son bisabuelos. Por lo tanto, es importante hablar de este rol ya que las concepciones de familia de estas personas han sido un hilo que se mantiene en sus historias de vida y que llega a trascender en las generaciones futuras.

De la súper mamá a la súper abuela

Georgina lleva a su nieta al salón comunal cada vez que su hijo viene a visitarla. Tiene 4 nietos y le ayuda a su hijo que vive en la ciudad con sus dos nietos barones. Isabel tiene 8 nietos y 3 bisnietos, de vez en cuando va a recogerlos porque ella en realidad tiene muchos compromisos con la alcaldía de Usaquén, la Iglesia, sus vecinas y el Grupo Adulto Mayor. Sin embargo, vive con uno de sus nietos que les ha causado problemas a los padres y ella lo quiere apoyar. Aurora es feliz cuando va a quedarse a casa de su hija para pasar tiempo con su nieta mayor. Sus dos nietos que viven en el piso de abajo suben a tomar onces con ella, a comer galletas ducales y a consentirla un rato. También suben a jugar con su perrito que es el que le hace compañía. Belén tiene nietos en la universidad de los que se siente muy orgullosa, hace poco fue bisabuela y está feliz de ver una generación más en su familia. Ella le ayuda a su nuera en el jardín del ICBF que ella misma organizó en el último piso de su casa. Vive rodeada de niños y tiene poco tiempo para ir al Grupo Adulto Mayor, pero tiene a los 66 años trabajo y pensión.

La figura de la súper abuela intenta representar el rol que tienen estas mujeres ahora que sus hijos tienen sus propios hogares. La experticia que les da el ser madres les permite ahora apoyar algunas actividades de la vida cotidiana de sus nietos como recogerlos del colegio, acompañarlos y darles consejos. Pero representa también la figura que son estas mujeres en sus hogares, en donde todo a nivel familiar gira alrededor de ellas. Son las matronas de su familia. Por un lado, son las dueñas de las casas de donde la mayoría de sus hijos viven, son las que organizan las actividades de los fines de semana y son el apoyo y soporte emocional para sus hijos cuando están en dificultades.

En una investigación realizada por (Pulido, Castro Osorio, Peña, & Ariza Ramirez, 2012) sobre la transmisión generacional de prácticas de crianza relacionadas con el castigo familias del barrio el Pañuelito, encontraron que el rol de los abuelos, en especial de las abuelas maternas, es fundamental en la crianza de los nietos, pues ocupan diversos roles, en especial el de soporte familiar y el de cuidadores sustitutos, influyendo directamente en los modelos de educación que implementan las familias. Esto ocurre gracias a que la disponibilidad de tiempo, el nivel de funcionamiento y a la independencia que manejan los abuelos y abuelas, les permite mantener sus funciones de apoyo en la labor de educar.

Este tipo de relaciones con las generaciones futuras se da por la responsabilidad que sienten de que su proyecto de familia permanezca y por la solidaridad con los hijos especialmente cuando las mujeres, (hijas o nueras) trabajan o cuando se encuentran en situaciones de desempleo (Márquez Herrera, 2007). Por esto es común que, en sectores populares como los barrios de la montaña, las familias dirigidas por las madres adultas mayores, convivan núcleos familiares distintos en la casa de la madre propietaria, en la que es una súper mamá y una súper abuela.

“Pues yo si hago de vez en cuando un desayuno y llamo mis hijos o yo les digo camine hacemos el almuerzo todos en la casa. Y ellos se vienen para acá, y así nos la pasamos a veces un domingo... cuando es puente más que todo. Y yo les digo camine... todo eso... tengo unas ganas de mandar a hacer una estufa de carbón arriba, chiquita, pa cocinar todos ahí y hacer un plato de carne asada, hacer un platanito que en el horno queda tan rico. Yo les ayudo es con los niños, usted profe ya vio que ellos suben acá y esta es su casa, mientras ellos trabajan yo estoy con ellos, cuando no tengo nada que hacer porque también ahora que van al colegio pues yo también tengo mis cosas”
(Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

“lo más lindo son mis nietos, usted vio ella como baila y canta, yo la recojo del colegio, pues a veces cuando no puedo pues ellos consiguen quien lo hace, pero por lo general lo hago yo y le ayudo a hacer sus tareas.” (Fragmento entrevista a Georgina)

La libertad en la vejez

La autoridad que les da ser las súper abuelas y la autonomía que les brinda las pensiones que reciben por sus trabajos como empleadas domésticas les permite a estas mujeres tener un estilo de vida como ellas lo planearon en su juventud. Estas mujeres que asisten a un grupo catalogado como comunidad vulnerable por el estrato social al que pertenecen, viven con la pensión suficiente para tener una vejez para ellas “digna” pero sobretodo independiente de sus hijos y de sus esposos, en el caso de Georgina. Para Isabel, Belén y Aurora la viudez les ha dado la posibilidad de hacer cosas que junto a sus esposos no podían hacer. De manejar su tiempo y tomar sus decisiones como ellas quieran sin tener que consultar ni siquiera con sus hijos.

Isabel es la mujer más integrada al Grupo Adulto Mayor, ella casi siempre asiste a las actividades y está muy comprometida con todo lo que se proponga. Es también la que más pelea, si algo no le gusta lo dice sin importar como salió. Ella es viuda hace más de 20 años y se puso al frente de los negocios de su esposo que tenían que ver volquetas y transporte público. Ella es una mujer de negocios. Su carácter muestra las peleas que ha enfrentado para obtener lo que tiene. Le gusta salir a tomar cerveza con sus amigas, es común encontrarla en una de las tiendas un viernes en la tarde. Está inscrita al programa de adulto mayor de del Centro de Desarrollo Comunitario Simón Bolívar Servitá⁹Y habla abiertamente del subsidio¹⁰ que recibe por ser adulta mayor en la alcaldía de Usaquén. Es una de las representantes de la zona de Usaquén y tiene muchas reuniones para de todos los grupos a los que pertenece. Es muy amiga de Luz Dary así que todas las

⁹ El Centro de Desarrollo Comunitario Simón Bolívar Servitá es una de las sedes de la localidad de Usaquén, donde la Secretaría de Integración Social desarrolla las actividades correspondientes al proyecto distrital atención Integral para Personas Mayores. Tiene como objetivo de “disminuir la discriminación y la segregación social socioeconómica” de esta población. www.integracionsocial.gov.co/index.php/vejez. Esta sede es un espacio para la participación y la integración comunitaria liderada por la Alcaldía de Bogotá. Le brinda diferentes espacios de formación básica y artística, deportiva y recreativa a la comunidad. <http://www.bogotasocial.org/las-localidades-hablan/usaquen/1030-centro-servita>

¹⁰ Dentro del proyecto de atención integral para las personas mayores existe un programa que está enfocado en el apoyo económico a personas mayores en situación de vulnerabilidad. Las mujeres mayores de 52 años y los hombres mayores de 57 años, que cuentan con nivel 1 y 2 de Sisben, que viven con su familia y que su ingreso es inferior al de un Salario Mínimo Mensual Vigente, pueden acceder a este beneficio. Existen diferentes valores de dinero que pueden recibir que oscilan entre los 95000 y 240000 pesos, y va a depender del nivel de clasificación al que pertenezcan según las escalas que le son asignadas. Esto se evidencia en la tabla de subsidios publicada en www.integracionsocial.gov.co/index.php/vejez.

actividades que no pasen por aprobación de ella, Isabel no asiste y hace mala campaña para que la gente tampoco lo haga.

“Para mi este momento es estar en la gloria, porque dispongo de mi tiempo, nadie está controlándole a uno su vida, hasta donde yo pueda, tengo un yerno que dice, bueno suegra, tómese su cerveza, gócela, pásela bien hasta que le de licencia. Como yo estoy, estoy divinamente, con nadie peleo.”

¿Su merced ha sentido que le ha cambiado la vida?

“Sí, bastante. Cambian las épocas, a la manera en que la familia va creciendo, porque mis hijas son muy cameladoras, ya tengo tres conductoras elegidas, y a pesar de que trabajan como auxiliares de odontología, ellas manejan carro, cada uno tiene su carro, y trabajan su carro, son escoltas de conductor elegido. Y las nietas van en lo mismo. El chino de amparo tiene 23 años y vive con una china, pero la china muy buena muchacha, también trabaja en una clínica de chapinero y también es conductora elegida. Y el chino también trabaja en eso, y en el día trabaja con un taxi. Y nos tomamos nuestro tiempo de vacaciones y nos vamos todos. Eso nos vamos a honda y ella tomamos, comemos, paseamos. Ahoritica mi yerno cumple 50 años y nos vamos si Dios nos presta la vida. Y ahora en este puente nos vamos a casa de un cuñado que es muerto, yo a la esposa le ayude, porque el también murió muy joven, entonces allá es mi casa también, y ella me dice, cuando quiera venirse esta es su casa. Y allá vamos a ir a hacer el festín, el almuerzo, y entonces como es el único chino, entonces le va a dar parranda vallenata, sí, pero la pura familia. La vejez es bonita que la sepa uno llevar. Tampoco que lo arrumen a uno allá como digo yo, y mis hijas saben que a mí no me gusta eso. Dicen mamá, usted que opina, ¿estará bien? No sé qué si se cuándo. Ellas me tienen en cuenta. A veces yo soy la rebelde, me dicen mamá vamos a comprar unas cosas al éxito, y yo digo yo no voy vayan solas.” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Aurora es una de las mujeres más alegres del Grupo Adulto Mayor. Su cabello rojizo y su loción hacen que sobresalga en cada una de las actividades. Le encanta bailar y cantar, hacer chistes y reclamos si pasa mucho tiempo y no me ha visto. Su risa es muy fuerte y se reconoce cuando camina hacia el salón. Dice que le encanta ponerse anillos, aretes y no dejarse ver las canas. Desde que murió su esposo su vida le cambió en algunas cosas para bien como dice ella, es la que más extraña a su esposo, pero reconoce que ahora no tiene que consultar nada, ni siquiera a sus hijas y eso es sentir libertad. Le encanta que no tiene su vida planeada así que puede irse de viaje unos días y no pasa nada, o hacer actividades con sus amigas del barrio. la soledad la afecta un poco en las noches, pero intenta hacer actividades de oración que la llenen de tranquilidad y de fortaleza.

“Yo aquí hago mi almuerzo, o a veces si no, me voy con mi hermana Lilia que tiene una floristería allá abajo. que vende flores y matas. ella me llama "venga hermana

almorzamos hoy" y un día paga ella el almuerzo y otro día lo pago yo. y así. ella tiene su negocio, ella tampoco tiene marido. ella tiene un señor por allá que viene de vez en cuando, que tiene un hijo de él. pero cuando tiene una reunión ese señor la acompaña y así." (Fragmento entrevista a Aurora, abril 2015)

Belén casi no asiste al grupo. Ella va en ocasiones especiales. Trabaja todavía junto a uno a de sus nueras en el jardín de ICBF como madre comunitaria. Es la encargada de la alimentación de un grupo de 30 niños entre los 2 y los 6 años. En la mañana organiza la casa y en la tarde recibe a los niños y está pendientes de lo que sucede con ellos y con sus nietos que también los cuida allí. Es viuda hace poco así que pasa por su proceso de duelo. Sin embargo, reconoce que ahora puede hablar tranquilamente de su esposo y de todo lo que vivió. En la vejez ella se ha dedicado a reivindicarse con sus sueños y lograr lo que quería que era fundamentalmente estudiar.

"Bueno yo hice...en un tiempo que estudié hice toda mi primaria. Y... o sea, no. Hice mi primaria hasta 3 de primaria estudié. La verdad en esa época pues era un poquito difícil uno estudiar. Entonces.... Eh... yo estudié hasta 3 de primaria, pero ya cuando estuve acá de madre comunitaria yo validé mi bachillerato Y terminé mi bachillerato. También he hecho varios cursos certificados, En bienestar hacemos cursos también de... capacitaciones. En la universidad el bosque vamos nosotros eh, ahorita en julio volvemos a comenzar. Es por semestre. Son cursos de pedagogía... que nos dan." (Fragmento entrevista a Belén, 2015)

Georgina es la más callada de las 4 no comparte mucho con sus compañeros en el grupo, tiene sus útiles para trabajar porque no le gusta usar los que son de todo el mundo. Ella fue muy amiga de Aurora mucho tiempo, pero ella siente que al vivir en Unicerros la gente la dejó de querer. Es reservada con lo que le pasa, y dice que en el grupo se discrimina a los que no vivieron en el Pañuelito. Ella es pensionada de una empresa de fotografías, por eso le gusta tanto tener álbumes y fotos pegadas en sus paredes. Le encanta participar en todas las actividades, no se parcializa y por eso hay algunas compañeras que no la quieren mucho. Intenta participar con todas las instituciones sin ninguna excepción. Para ella la libertad es poder ir cuando quiere a visitar a su familia a Fusagasugá y a sus vecinas del trabajo en Bogotá. Ella es la única casada y para poder tener el nivel de autonomía que maneja, tiene una relación con su esposo basada en la misión funcional de la familia, para ella su esposo existe y está en la casa, pero es el esposo invisible.

El esposo invisible

A diferencia de las otras mujeres Georgina todavía tiene a su esposo vivo. Ella vive con Carlos en su casa en Unicerros. Ella nombra a su esposo dentro del grupo Adulto Mayor y aunque él no asiste, ni le interesa hacerlo, la mayoría de las personas reconocen a Carlos por ser el esposo de Georgina y por el trabajo que realizaba: mecánico. Pero la dinámica familiar en ellos es diferente a lo que uno esperaría encontrar en una mujer de 66 años en la actualidad. La casa de esta familia tiene tres pisos y en el segundo hay 4 habitaciones. Una de ella es arrendada a una mujer joven con un hijo pequeño, la otra es una especie de estudio con una cama para huéspedes y una pared decorada de fotografías que tomó Georgina del pasado y de sus hijos y nietos. Había una habitación cerrada que luego supe que era la de Carlos y luego estaba la habitación de Georgina. Tenía una cama doble por lo que pensé que era la habitación matrimonial, tenía las cortinas color rosa, cubrecama de rosas y por todas partes habían colgados diplomas de cursos que ella había hecho y una que otra manualidad que ella había creado en las actividades del Grupo Adulto Mayor. En voz baja ella me aclaró que este cuarto era solo de ella, que su esposo dormía en la habitación cerrada y que por eso ella no me la podía mostrar.

Cuando bajamos a la sala Carlos ya había llegado. Cuando entró me miró con desconfianza y no me quiso saludar. Luego del debido regaño de Georgina me dio la mano. Me presenté y le expliqué que venía a conversar con ella sobre el grupo de adulto mayor su respuesta fue: *“Es bueno que la acompañe porque ella se aburre sola”*. Intenté conversar algo con él recordándole lo que ellos hacían en las reuniones y su respuesta fue también determinante “el jueves disque está en la casa, será el único día”

Georgina tuvo que explicarme un poco lo que pasaba así que de nuevo en voz baja me dice que a Carlos no le gusta ir al grupo, es muy malgeniado y no le gusta nada. Cuando salimos de la casa Georgina me acompañó hasta la calle principal. En el camino me advierte que por favor no le cuente a nadie que ella me invitó a su casa, se refiere a sus y me pide disculpas por el comportamiento de su esposo. Me cuenta que ella hace 15 años no tiene vida de esposo con él “usted me entiende, ¿no cierto?”. Viven en la misma casa, ella lo mantiene porque él ya está viejo y no trabaja, pero no comparten nada. Me cuenta rápidamente que ha vivido muchas cosas difíciles con él, ha tenido que aguantar humillaciones y peleas “pero ya no más”. No lo echa de la casa

porque entre ambos la construyeron y él no tiene para donde irse, pero para ella es claro que para vivir tranquila es mejor estar sin él.

Este tipo de aclaraciones sumadas a la necesidad que tienen de mostrarle a la familia y a la sociedad que el matrimonio es sagrado y dura para toda la vida, me hace recordar otras historias de las mujeres del barrio e incluso de mi familia. Mujeres que no se separan, pero generan una especie de relación con su esposo que las lleva a reivindicarse con ellas mismas y con su pasado. En sus relaciones actuales el esposo ya no es la persona que las manda, las maltrata, las manipula o las contradice en cada plan que ellas tienen para el futuro. Con la vejez ellas logran invisibilizar a los esposos como figura de pareja y de compañero de vida. Georgina le sirve la comida como siempre lo ha hecho, lava su ropa y atiende las necesidades que él tiene en el hogar. Pero para ella es muy claro que no tienen una relación hace mucho tiempo, lo que implica que no tienen ningún tipo de intimidad ni convivencia de pareja. Ella recibe su pensión por su trabajo de largos años, así que es quien responde económicamente por la casa. Pero esto también le da autonomía en las actividades que ella puede realizar, puede ignorar sus comentarios sarcásticos como el que hizo delante mío, le da derecho a llegar a la hora que quiera o irse de viaje si lo necesita para cuidar a su mamá o a pasar una temporada con sus hermanos. Ella aclara *“como el si se largaba cuando estábamos jóvenes, yo ahora puedo hacerlo, pero yo no hago lo que él, se la pasaba con una vieja y con otra, yo me voy con mi familia y con ustedes, no tengo que estar encerrada todo el día, el verá que hace”*. (diario de campo junio 2015)

El esposo invisible implica vivir junto al hombre con quien se casó, pero no tener una relación pareja con él. Mantener la funcionalidad de la familia en las actividades domésticas y económicas, al igual que ante la familia y la sociedad, pero como una forma de liberación de la dominación del hombre, la mujer toma sus propias decisiones y mantiene la barrera de la separación de puertas hacia adentro y en la intimidad.

Este tipo de expresiones de libertad, autonomía y dominación corresponde a la versión contraria de lo que ocurría con ellas en la juventud cuando eran casadas y estaban formando su hogar. Para estas mujeres la viudez o la aparente separación en el caso de Georgina, marcaron los momentos de libertad de la represión de la dominación del hombre sobre lo que era obligación, el matrimonio tradicional. Disponer de su tiempo, tomar sus propias decisiones, pasar tiempo con sus hijos, hijas nietos y nietas, pertenecer al Grupo Adulto Mayor, ser activas para ellas y para su

familia es la forma en que Georgina, Isabel, Aurora e Isabel se reivindican con ellas mismas, dejando de pensar en los demás, para pensar en la felicidad personal.

“lo mejor de esta época es que yo puedo hacer lo que quiero y nadie me dice nada, no tengo que estar pendiente del uno del otro, yo hago lo que puedo y a todos les colaboro, pero mi vida ahora es otra. Soy feliz de poder salirme a tomar una cerveza y que nadie me diga nada, de ir a todas las cosas del grupo” (Fragmento entrevista a Isabel, junio 2015)

Ser mujer vieja en el barrio

El espacio social de los barrios cobra un significado muy importante para las mujeres mayores de los barrios. Esto lo había vivido en varios de los eventos que organizan el grupo gestor del Adulto Mayor y las diferentes juntas de acción comunal de los barrios. Pero logré comprender la magnitud de esta importancia un viernes que después de las actividades realizadas con el grupo de estudiantes, acepté una invitación a compartir un rato. Esperamos que las estudiantes se fueran para que Isabel y su amiga Grace nos invitara a una de las tiendas de barrio a tomar cerveza. Esta es una práctica de los viernes en la tarde de un grupo de mujeres mayores, no siempre las mismas, pero con seguridad Isabel, Grace, Aurora y otras que son líderes en el Grupo Adulto Mayor. Esta práctica tiene unos rituales de intercambios de invitación que son muy interesantes. Ellas no nos dejaron pagar ni a mi compañera Sandra ni a mí, porque estaban en su territorio, por lo tanto, ellas nos tenían que atender. Ellas conocen bien qué bebida y las tiendas preferidas para cada una.

Una vez nos sentamos a conversar y a tomar cerveza, ellas explicaron la importancia de esta práctica. “Yo ahora bailo y tomo trago, antes con mi marido imposible, eso sí, él todos los días, pero uno de mujer ¡qué tal! Eso es ahora que ya puedo hacer lo que quiero y no tengo presiones de nada” Esta explicación la da Grace agradeciéndonos por acompañarlas. Entre varias conversaciones sobre las familias, sobre lo que nosotras deberíamos hacer para cumplir con las leyes de Dios, los cuestionamientos sobre los hijos y el matrimonio, pude vivir el significado de disfrute que le dan a la vejez y la importancia que le dan al rol que ellas ocupan como mujeres fundadoras de los barrios. Mientras compartimos este rato, pude notar que cada persona que ingresaba a la tienda, de cualquier edad, las reconocía y las saludaba. Ellas siempre tenían algo que preguntar - ¿cómo siguió su mamá? – saludes a su hermanita – acuérdesse de la misa del domingo – vaya póngase un saquito porque hace mucho frio. Estas frases muestran no solo el reconocimiento por parte de los habitantes de los barrios y las relaciones sociales que se tejen entre

ellos, sino el liderazgo que estas mujeres tienen con sus vecinos. Ellas conocen las actividades que se van a hacer en el barrio, son cercanos a las juntas de acción, son amigas de los líderes comunitarios, y con cada cosa en la que se involucran buscan recordarle a la gente que ellas fueron las primeras habitantes del sector.

Los autores (Guajardo & Huneeus, 2003) analizando el contexto chileno resaltan la posibilidad de agencia que tienen los adultos mayores que viven en sectores populares, pues a pesar de su edad, logran mantener son activos a nivel comunitario, toman decisiones y participan activamente de la organización local. Ellos participan en la organización de las sociedades, haciendo parte de la sociedad civil, las juntas de acción comunal, las asociaciones de pensionados, clubes de mayores y grupos que atienden al adulto mayor, como una alternativa para integrarse a la comunidad y sentirse acogidos, respetados y valorados en su dignidad personal. La creación de Grupo Adulto Mayor y la participación de los eventos sociales de los barrios, como la noche de gala y las fiestas religiosas de la comunidad, permiten que su red social sea estable, lo que, para este autor, les ayudaría a evitar la soledad y el aislamiento.

Los adultos mayores que tienen este tipo de responsabilidades en su comunidad, se integran al mundo tanto de lo público como lo privado desde la delimitación de su identidad en los roles que adquieren y en las relaciones que mantienen en su comunidad. Intentan desde lo público fortalecer y mantener los elementos simbólicos que han constituido previamente en su cultura, y a modo de trabajo no remunerado, luchan para que estos elementos no pierdan sentido entre los demás miembros (Guajardo & Huneeus, 2003), que de alguna manera son fundadores de dichas tradiciones simbólicas e identitarias de los barrios de la montaña.

Además de esto, su agencia los lleva a ser estratégicos en términos de la consecución de recursos para su bienestar. Al pertenecer a sectores “marginados” de la ciudad, los adultos mayores son considerados población vulnerable y reciben beneficios gubernamentales y de forma independiente con el Grupo Adulto Mayor o la Iglesia, como mercados, regalos, apoyos de profesionales, descuentos en servicios de odontología, atención psicológica, de manera gratuita. Sin embargo, sus condiciones de vivienda y de atención no son necesariamente las de un grupo marginal. Sus niveles de actividad, de apoyo y en algunos casos los recursos de su pensión, hacen que las condiciones de la vejez para este grupo, sea posiblemente más amable, que para muchos otros con unas condiciones diferentes.

En concordancia con lo encontrado por Delgado, (2003) los viejos de esta comunidad, aceptan su condición de adulto mayor, y consideran que tienen capacidades mentales, anímicas, afectivas y sociales para ser parte de su comunidad de una manera activa y dinámica. A pesar que reconocen los cambios que tienen a nivel físico, están dispuestos a tener una etapa productiva para ellos y para su familia. De alguna manera este grupo de personas logran cuestionar la construcción social que existe sobre los viejos a partir de sus vivencias y sus experiencias cotidianas como grupo social. Ser adultas mayores en el barrio con el nivel de agencia que tienen Isabel, Belén, Aurora, Georgina y la mayoría de las mujeres mayores que pertenecen al Grupo Adulto Mayor, es mantener los roles de liderazgo en sus familias y en su comunidad, que construyeron desde su juventud al tiempo que sus casas. Para Norbert Elias este tipo de procesos hace parte de la construcción de la identidad de los barrios y de sus vidas en sus espacios sociales, que como he podido ver, tienen sus nombres, sus historias y sus voces hasta el final de sus vidas. Esta es una forma de hacerle resistencia a la vejez y mantener sus facultades de control, independencia y agencia por ellos mismos y por la comunidad (Elías, 2009).

Discusión

Este trabajo ha tenido tanta amplitud y detalle en las historias de las mujeres mayores de los barrios, que para cerrar el trabajo es necesario plantear diferentes puntos de discusión más como procesos reflexivos y propuestas para estudiar más adelante, que para puntualizar en unas conclusiones concretas. Hablar desde lo etnográfico, y desde las historias de vida me permitió no solo entrarme en la cotidianidad de las participantes sino en pensar en categorías sociales como la agencia, la vejez, la identidad, la corporalidad, el progreso y la clase social, que desde unas narrativas que evocan diversas realidades, que podrían complejizarse aún más en la temporalidad o las generaciones, en las regiones rurales y urbanas y también en el tiempo. Por eso este pequeño apartado busca generar más preguntas que respuestas a partir de la etnografía presentada.

Trabajar por estos años con estas mujeres me ha permitido valorar y entender los conceptos y evaluaciones que hacen sobre la vida de las personas, sobre la vida de sus hijas e incluso sobre la mía como un mandato, ley o teoría de cómo vivir la vida. Me ha permitido también entender los puntos de encuentro y de desencuentro entre las versiones de sus historias a partir de la conceptualización de la familia, la maternidad, el matrimonio, la comunidad y la vejez. Y desde estas conclusiones, me ha permitido cuestionarme por otras realidades que construyen los espacios de negociación que vivimos las mujeres a diario y cómo estas han estado permeadas por transformaciones de la sociedad y a la vez estas historias han generado las muchas otras transformaciones en espacios micro como la familia, pero también en espacios macro como los comunitarios y los de ciudad.

Los significados de ser mujer en el barrio se construyen a partir de la tensión femenina y masculina por ocupar los espacios públicos que pertenecieron legítimamente a los hombres. La búsqueda del progreso para la mujer y la familia lleva a que estos espacios cada vez, se puedan negociar más para el de las mujeres mayores en los escenarios de construcción, siembra y liderazgo en progreso familiar. Las mujeres fueron proveedoras y organizadoras del hogar, en estos escenarios la dominación patriarcal se negoció al interior del hogar, aunque se mostrara de forma contraria espacios públicos. Es decir, los esposos cedieron ante el apoyo económico de las mujeres y la autonomía del manejo de la economía del hogar, pero ante los vecinos, los grupos de amigos y el trabajo, los hombres mantuvieron su rol de hombres proveedores, muy masculinos y reforzados por los ideales de familia tradicional.

Lo que hace valioso las narrativas de las mujeres en el desarrollo de esta investigación es que, en medio de su búsqueda por salir adelante, salir de la pobreza y ubicarse en un espacio citadino, planearon nuevas formas de interacción con sus esposos, con sus hijos y sus entornos laborales. Sus historias reflejan realidades bogotanas, colombianas e incluso latinoamericanas en contextos de barrios populares y autoconstruidos bajo un panorama investigativo micro sociológico que atraviesa múltiples categorías sociales. Sus trayectorias que han atravesado situaciones de pobreza, marginación y lucha, visibilizan desde las historias de fundación de los barrios la capacidad de agencia que han tenido, como directoras de sus propias vidas ya la vez, como organizadoras fundamentales de su vida en comunidad, roles activos que permanecen incluso en la vejez.

Las mujeres mayores de los barrios han construido sus propias teorías sobre la vida y sobre lo que significa ser mujer a partir de los roles que han ocupado, las negociaciones por su autonomía y las constantes pugnas entre las nociones de la mujer tradicional y la mujer moderna. Hablar entonces de una figura de mujer actual pensando en que las mujeres mayores corresponden solo al pasado y a la tradición, sería invisibilizar las peleas que ellas dieron para darse el lugar que ellas hoy tienen en sus barrios y a la vez, apoyar a sus generaciones a ocupar nuevos espacios incluso mejores que los de ellas. Es en estos escenarios cotidianos, como el hogar, los barrios, las calles, las juntas de acción comunal, los grupos de apoyo, la vecindad, donde ellas construyeron nuevos significados y nuevos conflictos para las mujeres.

Pero es en este punto de conflictos y contradicciones que, para las mujeres mayores de los barrios, ser mujer es una mezcla de elementos de la mujer tradicional como el ser madre, esposa y cuidadora, con elementos de la mujer moderna como ser trabajadora, independiente económica y emocionalmente. Actualmente en la vejez, ellas buscan visibilizarse como mujeres fundadoras dentro de unas historias que son generalmente masculinas como parte de la resistencia a la dominación masculina y resignificación de su posición social, pero a la vez defendiendo y replicando dinámicas de machismo que pareciera ser necesarias para la estabilidad social. Estas definiciones implican ciertas tensiones con las generaciones siguientes como hijas y nietas, y se visibilizan en las exigencias que hacen en ellas a partir de lo que las mujeres lograron o no lograron en sus vidas. El deber ser de las mujeres de sus familias es logra tener una familia al costo que sea,

como ellas lo hicieron, pero enfrentando las tensiones de las mujeres trabajadoras y que progresan en la vida, alrededor de la maternidad, el matrimonio y la vivienda propia.

En este punto quiero plantear nuevas preguntas de investigación que podrían ampliar el panorama de la realidad estudiada. En primer lugar, poder analizar la forma en que estos significados de ser mujer han trascendido, cambiado, permanecido en las hijas o nietas de las mujeres de los barrios. Esto llevaría a identificar y profundizar en esas tensiones que he planteado entre la mujer moderna y la mujer tradicional, valorando que son las mujeres mayores quienes han comenzado dicha confrontación. Y bajo esta lógica, se construyen discursos de modernidad que reafirman el progreso y la independencia como una búsqueda de resolver la vida. Estos discursos modernos que se construyen en lo subjetivo desde la historia de nuestras abuelas, los manuales de autoayuda, las intervenciones psicológicas, los medios de comunicación, que al a vez han logrado permear las representaciones que tenemos los habitantes de la ciudad, sobre el ser mujer y el ser hombre en nuestra sociedad.

Bajo la mirada de mi disciplina de base, la psicología, y el conocimiento en antropología y sociología adquirido me parece de gran impacto analizar los discursos individualizantes que llevan a la autogestión y autocontrol, como resultado de una historia de las generaciones a las que pertenecemos y al contexto social en que los discursos feministas han surgido en espacios privados como el hogar. Las formas en que buscamos la reivindicación con nosotros mismos y con nuestros padres o madres y que han extrapolado en discursos de fortaleza femenina, apoyo fraternal entre mujeres, nuevas formas de maternidad y de feminidad. En el espacio de la investigación realizada, esos discursos se repiten en la cotidianidad desde las mujeres mayores: como ser buena madre, ser buena esposa, ser buena hija, como lograr tener una gran familia, como envejecer adecuadamente y con dignidad. Estos consejos de vida que generan puntos de encuentro y desencuentro con las mujeres adultas y las mujeres jóvenes, gracias a la historia de fundación de los barrios y a la búsqueda permanente y constante de identidad por parte de los mayores hacia sus casas sus casas y sus historias de construcción.

Referencias Bibliográficas

- Arango, L. G. (2011). El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional? En L. G. Arango, *El Trabajo Y La Ética Del Cuidado* (págs. 91-109). Bogotá: La Carreta Editores.
- Arias, P. (2015). Casarse en Totatiche. Arreglos matrimoniales en una parroquia de Jalisco. En M. Estrada Iguíniz, & A. Molina del villar, *Matrimonios, intereses, afectos, conflictos* (págs. 203-231). México D.F.: Casa Chata.
- Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización*. Barcelona: Paidós.
- Beck-Gernsheim, E. (2003). *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Madrid: Paidós.
- Bobillo, F., & Hocsman, S. (2015). Mucho mas que solo aprovisionamiento lícito: actividades en canteras y prácticas sociales en las fuentes de Pampa Oeste, Quebrada Seca y Punta de la Peña (Antofagasta de la Sierra, Catamarca). *Revista del museo de Antropología*, 23-44.
- Bohórquez Alfredo, I. (2008). De arriba para abajo; la disución sobre los cerros orientales de Bogotá, entre lo ambiental y lo urbano. *Cuadernos de vivienda y urbanismo*, 1(1), 124-145.
- Borderías, C. (1991). Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares a través del servicio doméstico. *oistoria, antropología y fuentes orales*, 105-121.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2002). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. México: Taurus.
- Brücher, W., & Mertins, G. (1981). Los barrios de las viviendas de los estratos bajos en el modelo ideal de las grandes ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Bogotá. *Revista Geográfica*(94), 7-40.
- Canabal, B. (1994). La mujer campesina como sujeto social. Formas de investigación y acción. *Revista Mexicana de Sociología*, 56(2), 89-102.
- Carbajo Vélez, M. D. (2009). Mitos y estereotipos sobre la vejez. Propuesta de una concepción realista y tolerante. *Revista de la Facultad de Educación de Albacete*, 87-96.

- Castellanos, G. (1995). ¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura. En L. Arango , M. León, & M. Viveros, *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pág. 59). Universidad Nacional.
- Chacón, F. (2008). Reflexiones sobre la familia a partir de la explicación histórica de la organización social actual. *Palobra*, 200-209.
- De Certau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Lemus, S., & Expósito, F. (2005). Nuevos retos para la psicología social: edadismo y perspectiva de género. *Pensamiento sociológico*, 1(4), 22-51.
- Dueñas, G. (2014). *Del amor y otras pasiones. Élite, política y familia en Bogotá, 1778-1870*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Colección general biblioteca abierta Estudios de Género.
- Elías, N. (2009). *La soledad de los moribundos*. México: FCE.
- Estrada Iguíniz, M., & Molina del Villar, A. (2015). *Matrimonio: Intereses, afectos, conflictos*. México D.F.: Casa de la Chata.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. La edad desde la Antropología. *Biblioteca Virtual de Ciencia Sociales*, 1-23.
- Florián, M. (2013). Cartografías de la intimidad en Colombia de la década de 1960. *Tabula Rasa*(18), 199-210.
- Fox, R. (1985). *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Inglaterra: Alianza.
- Fuller, N. (1995). En torno a la polaridad Marianismo - Machismo. En L. G. Arango, M. Viveros, & M. León, *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 241-264). Bogotá: Ediciones Uniandes; Universidad Nacional de Colombia; Tm Editores.
- García, L. (2013). El barrio popular en Bogotá en las voces de sus protagonistas. Madres comunitarias y jardineras 1980-2011, Usme y Ciudad Bolívar. *Folios*(38), 121-140.
- Giró, J. (2004). El significado de la vejez. En J. Jiró, *Envejecimiento y sociedad. Una perspectiva pluridisciplinar*. (págs. 19-45). Logroño: Servicio de Publicaciones Universidad de la Rioja.

- Gomez, L. E. (s.f.). *Unicerros Un Barrio de Unión y Esfuerzo. Archivo del barrio*.
- Guajardo, G., & Huneus, D. (2003). Las narrativas de la participación social entre los adultos mayores: entre la reciprocidad y desolación. *Notas de Población*, 17-23.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. México: Norma.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1976). *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Hoyos, A. M. (1999). Génesis y dinámica de los barrios de Bogotá 1938-1993. *Memoria y sociedad*, 3(6), 145-154.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Madrid: Clave Intelectual.
- Jaramillo Burgos, A. M. (2007). Obediencias íntimas. En Y. Puyana, & M. H. Ramírez, *Familias, cambios y estrategias* (págs. 330-336). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Alcaldía Mayor de Bogotá y Secretaría de Integración Social.
- Jelin, E. (1993). ¿Cómo construir ciudadanía? una visión desde abajo. *Revista Europea de estudios Latinoamericanos y del Caribe*(55), 21-37.
- Kropff, L. (2010). Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Avá. Revista de Antropología*(16).
- Lamas, M. (1995). Cuerpo e identidad. En L. Arango, M. León, & M. Viveros, *En género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política: el derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- León, M. (1999). Familia nuclear y jefatura del hogar. Acceso de la mujer a la tierra en las reformas agrarias. *Nómadas*(11), 67-77.
- Lomnitz, L. d. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México D.C: Siglo veintiuno editores.

- Mallimaci, F., & Giménez, V. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis de Gialdino, *Estrategias de investigación cualitativa* (págs. 175-209). Barcelona: Gedisa.
- Márquez Herrera, A. M. (2007). Una mirada a las relaciones intergeneracionales en la familia, desde la vejez. En Y. Puyana, & M. Ramírez, *Fanukuasm cambios y estrategias* (págs. 388-401). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Alcaldía Mayor de Bogotá Secretaría de Integración Social.
- Márquez, F. (2009). Historias e identidades barriales del Gran Santiago: 1950-2000. *Avá. Revista de antropología*(15).
- Matínez, C. (2001). *Las migraciones internas en Colombia. Análisis territorial y demográfico según los censos de 1973 y 1993. Tesis Doctoral*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Moore, H. (1991). *Feminismo y Antropología*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Moreno, H. (2000). Trabajo doméstico. *Debate Feminista*, 22, 26-51.
- Muñoz, C., & Pachón, X. (1991). *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Planeta.
- Naranjo Botero, M. E. (2014). Provivienda: protagonista de la colonización popular en Colombia. *Historia y Memoria*, 89-118.
- Nina, E., Grillo, S., & Malaver, C. (2003). Movilidad social y transmisión de la pobreza en Bogotá. *Economía y desarrollo*, 2(2), 120-156.
- Osorio, P. (2006). Abordaje antropológico del envejecimiento y el alargamiento de la vida. En La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales. . *Papeles. Centro de estudios sobre identidad colectiva*.
- Pachón, X. (2007). La familia en Colombia a lo largo del siglo XX. En Y. Puyana, & M. H. Ramírez, *Familia, cambios y estrategias* (págs. 145-159). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Secretaría Distrital de Integración Social; Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Páez, F., & Díaz, N. (2013). Género, generaciones y raíces culturales en acción: mujeres haciendo muñecas. *Cuadernos interculturales*, 11(20), 103-127.

- Palacio Valencia, M. C. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y lo líquido. *Revista latinoamericana de estudios de familia*, 1, 46-60.
- Palacio, M. C. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y lo líquido. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre la Familia*, 1, 46-60.
- Parada, G. (2014). La enseñanza de la historia urbana y barrial. El caso del barrio San José de Bogotá. *Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas*, 12(27), 183-202.
- Pulido, S., Castro Osorio, J., Peña, M., & Ariza Ramirez, D. (2012). Pautas de crianza relacionadas con el castigo y transmisión generacional. *Revista latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(1), 245-259.
- Puyana, Y. (2007). El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo. En Y. Puyana, & Ramirez, María Himelda, *Familias, cambios y estrategias* (págs. 264-277). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Secretaría Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Puyana, Y., & Mosquera, C. (2003). El trabajo doméstico y la proveeduría de Bogotá. Cambios y persistencias. En Y. Puyana, C. Mosquera, A. Micolta, M. C. Maldonado, D. Lamus, X. Useche, . . . M. Jiménez, *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias* (págs. 150-187). Bogotá: Almudena Editores.
- Puyana, Y., & Ramirez, M. H. (2007). *Familias, Cambios y Estrategias*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Secretaría Distrital de Integración Social; Alcaldía de Bogotá.
- Ramírez, N., & Cruz, A. (2010). Escenario conceptual para la formulación de política pública en vejez y envejecimiento. *Tendencias y Retos*, 15, 83-94.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Envión y Universidad Javeriana.
- Rivas, A. M., & Gonzales, H. (2009). *Familias Transnacionales Colombianas. Transformaciones y permanencias en las relaciones familiares y de género*. Madrid: Catarata. Red universitaria de investigación sobre cooperación para el desarrollo de Madrid.

- Rocha Sanchez, T., & Díaz Loving, R. (2005). Cultura de género: la brecha ideológica entre hombres y mujeres. *Anales de Psicología*, 21(1), 42-49.
- Rodríguez, P. (2004). La familia en Colombia. En P. Rodriguez, *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Ruiz, N. (2008). Las particularidades del proceso urbanizador en Colombia. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 12(1), 91-104.
- Sánchez, L. (20 de Noviembre de 2008). Las Delicias del Carmen, detras de la 127 C con 6a, es el barrio de los volqueteros. *El Tiempo*.
- Scott, J. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. En G. Duby , & M. Perrot, *La historia de las mujeres El siglo XIX cuerpo trabajo y modernidad* (págs. 99-130). Madrid: Taurus.
- Tenorio-Tovar, N. (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. *Sociológica*, 27(76), 7-52.
- Torres, M., & Gonzalez , P. (2009). Antecedentes teóricos y empíricos del uso de métodos de planificación familiar. *Revista Facultad Ciencias Económicas Investigación y Reflexión*, 171-182.
- Uribe - Mallarino, C. (2008). Estratificación social en Bogotá: de la política pública a la dinámica de la segregación social. *Universitas Humanística*(65), 139-171.
- Uribe-Alarcón, M. V. (2015). *Hilando fino. Voces Femeninas en La Violencia*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Urrutia , M., & Namen, O. (2011). Historia del crédito hipotecario en Colombia. *Estudios sobre política económica*, 30(67), 280-306.
- Viveros, M., & Zambrano, M. (2011). La diferencia: un concepto problemático para la antropología y el feminismo. En L. G. Arango, & M. Viveros, *El género una categoría útil para las ciencias sociales* (págs. 143-166). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Escuela Estudios de Género.

